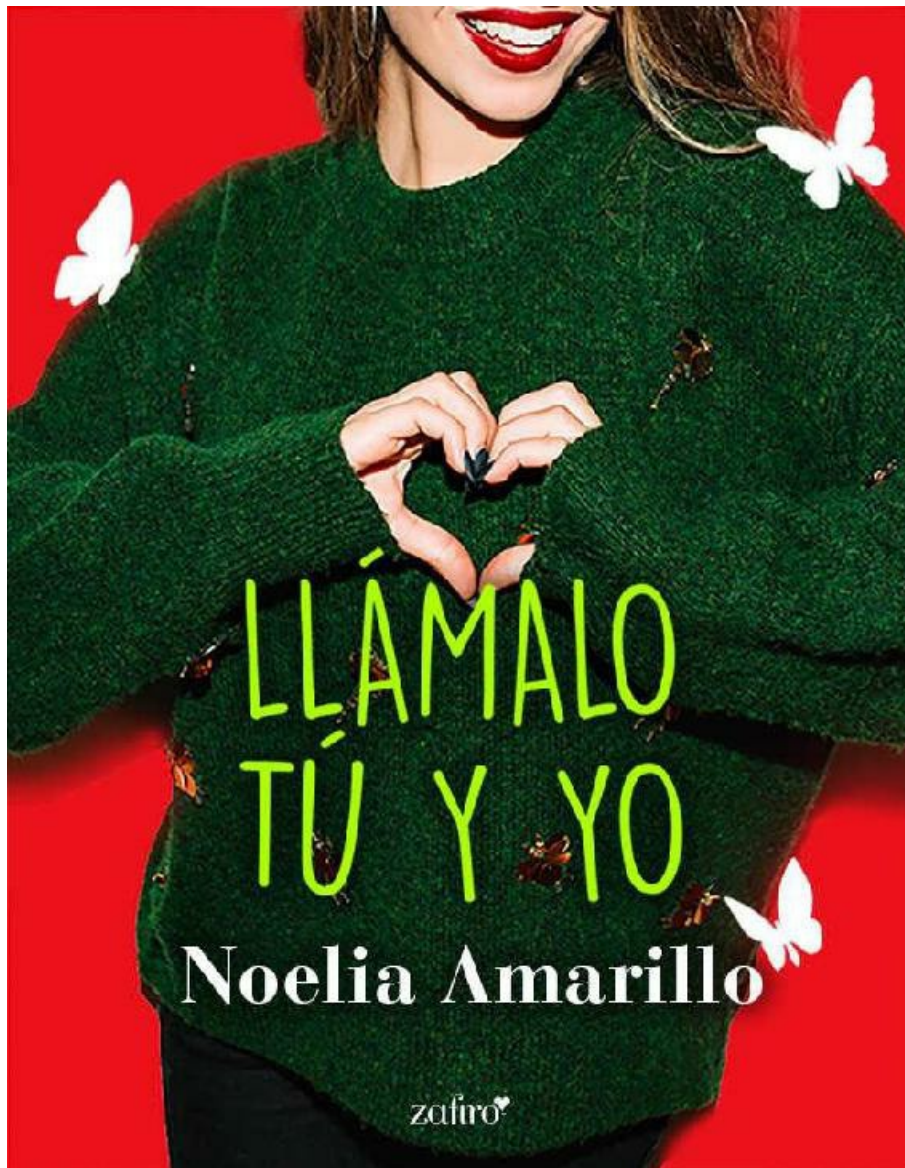
A woman with a bright smile and red lipstick is shown from the chest up, wearing a dark green, textured knit sweater. She is making a heart shape with her hands in front of her chest. The sweater is decorated with several small, realistic-looking bees and three white butterflies. The background is a solid, vibrant red. The text 'LLÁMALO TÚ Y YO' is written in a bright green, stylized font across the middle of the sweater.

LLÁMALO
TÚ Y YO

Noelia Amarillo

zafiro



Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[1. 31 de diciembre de 2020](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24. 1 de enero de 2021](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[Epílogo](#)

[31 de diciembre de 2023](#)

[Nota de la autora](#)

[Títulos que componen la serie «No lo llames»](#)

[Biografía](#)

[Referencias a las canciones](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita

[Planetadelibros.com](#) y descubre una

nueva forma de disfrutar

de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos](#)

[exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones Clubs de lectura con los autores Concursos, sorteos y promociones Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros



Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Es el último día del año y nuestros amigos de la Plaza de la Paja están revolucionados.

Porque van a celebrar, en casa de Gala y Rodrigo, una gran cena a la que están

todos

invitados,

y

claro,

organizarla no es lo que se dice sencillo.

Porque esta cena será la primera reunión cuasi familiar de Uriel tras años huyendo, y la verdad, no le hace mucha gracia.

Porque Cruz va a recibir una llamada

que puede hacer realidad un sueño.

Porque Calix e Iskra no pueden dejar de pensar en una revelación que, de ser positiva, les va a cambiar la vida.

Y mientras todos tienen la cabeza en mil preocupaciones, dos adolescentes enamorados están planeando hacer algo muy

especial

en

esta

primera

Nochevieja que sus padres los dejan salir. Aunque ese algo tan especial se les está complicando bastante. Mucho.

Muchísimo. Tanto que, quizás, les sea imposible llevarlo a cabo.

Menos mal que tienen un Hado Padrino que, tal vez, pueda echarles una

mano. O dos.

LLÁMALO TÚ Y

YO



Noelia Amarillo

1

31 de diciembre de 2020

Cuesta de la Vega, Madrid

7.31 horas

—Vaya manera de empezar el último día del año —resopló Kini al llegar al inicio de la pronunciada cuesta que marcaba el punto medio del recorrido de esa mañana.

Calix miró de refilón a su compañero de *running*, un adolescente larguirucho con el que corría cada mañana desde

hacía un par de años.

—No seas flojeras, Kini. No hay mejor manera de acabar el año que echando una buena carrera —replicó acelerando el trote.

—¡Claro que la hay! Podría estar en la

cama,

durmiendo.

Estoy

de

vacaciones de Navidad; se supone que tengo que hacer el vago —masculló el muchacho tras él.

Y Calix sonrió, porque, a pesar de lo mucho que se quejaba, había sido el primero en bajar a la plaza esa mañana.

Apretó el ritmo y no le hizo falta mirar atrás para saber que Kini lo seguía de

cerca. Los días en que podía dejarlo a la zaga corriendo habían quedado muy lejos. Ahora el chico era más que capaz de mantener su paso. O incluso de superarlo. Aunque sólo durante breves minutos, por supuesto. O eso quería creer Calix.

Cualquiera que los viera correr a esas horas tan tempranas pensaría que formaban una extraña

pareja, al fin y al cabo, Calix ya había cumplido los treinta y a Kini todavía le faltaba un año para la mayoría de edad. Pero esa diferencia de edad, ellos no la notaban, más allá de que Calix se sentía en cierto

modo responsable del chico, algo así como si fuera su hermano mayor, uno que le cubría las espaldas cuando era necesario y que le daba collejas cuando no entraba en razón, mientras que Kini admiraba y confiaba tanto en Calix que lo había convertido en su mentor y su cómplice. Uno que lo dejaba a su aire, que no le echaba la bronca muy a menudo y al que contaba todos sus secretos.

O casi todos.

Porque había algunas cosas que, como buen adolescente, se callaba.

Y Calix, como buen hermano mayor

putativo, que además no tenía ni un pelo de tonto, se daba perfecta cuenta de que algo le pasaba a su protegido. Es más, no sólo se daba cuenta, también intuía cuál era el motivo de que estuviera tan irritable los últimos días.

—¿Al final habéis convencido a Salvador y a Gala para que os dejen salir esta noche? —le preguntó Calix refiriéndose al abuelo de Kini, con quien éste vivía, y a la madre de Jimena, la novia del chaval y también una de las mejores amigas de Calix, pese a su juventud.

—Sí. Pero nos ha costado Dios y

ayuda. Casi he tenido que arrodillarme y suplicarle a mi abuelo, amén de prometerle que me iba a comportar como un adulto responsable, sea eso lo que sea. Pero en cuanto él me ha dejado, Gala ha dejado también a Jime. Aunque antes habló conmigo... —musitó Kini apretando los labios molesto.

—¿Habló contigo? ¿A qué te refieres con eso? —inquirió Calix confundido.

Cuando Jimena no estaba en casa de Kini, era Kini quien estaba en casa de Jimena, lo que significaba que Gala hablaba con él casi a diario, por lo que no entendía que incidiera en eso, y mucho menos su gesto disgustado.

—Pues eso, a que habló conmigo, en plan serio... —jadeó sin resuello enfilando el último tramo de la cuesta, y también el más empinado.

Calix lo siguió en silencio, había subidas que era imposible afrontar charlando. Dejaron atrás la muralla árabe y la catedral de la Almudena y haciendo un último esfuerzo llegaron hasta el viaducto, imponente con sus veintitrés metros de altura. Lo cruzaron pasando bajo uno de sus arcos y aminoraron la velocidad de la carrera a la vez que se dirigían a la elegante

escalinata que descendía hasta la calle Segovia.

—¿En plan serio? —resolló Calix, retomando la conversación ahora que el esfuerzo era moderado y podía volver a hablar.

—Sí. Ya sabes... Dijo que...

Kini tomó una gran bocanada de aire y lo soltó lentamente antes de bajar la escalera que acababa en el antiguo barranco por el que pasaba el arroyo San Pedro y que ahora era una de las entradas más transitadas de Madrid.

—Me dijo que confiaba en mí —

prosiguió una vez hubo recuperado la

respiración—, que sabía que yo era un buen chico y que estaba segura de que me comportaría como un caballero y cuidaría de Jimena. También me recordó que no bebiéramos nada que nos sirvieran abierto, que no debíamos abusar del alcohol, o mejor todavía, no beberlo, y que tampoco debíamos tomar drogas, y que si veíamos alguna pelea teníamos que alejarnos rápidamente.

—Todo muy coherente —señaló

Calix—. Son muy buenos consejos y deberías hacerles caso.

—Sí, en fin... No me atrevería a no hacérselo —masculló Kini, y Calix lo

miró arqueando una ceja—. Porque, cuando ya creía que había terminado de darme la charla, me puso las manos en los hombros, me miró muy seria y... —

Sacudió la cabeza.

Calix esperó a que continuara, pero Kini mantuvo un obstinado silencio mientras bajaba el último escalón y se paraba frente al paso de cebra que cruzaba la transitada calle.

—¿Vas a decirme qué pasó después o tengo que averiguarlo? —le reclamó tras cruzar al otro lado y dirigirse hacia la plaza de la Paja, que era donde ambos vivían.

—Me dijo que si le pasaba algo a su hija me iba a castrar.

—Oh..., vaya. Eso es... muy propio de Gala.

—Con un cuchillo de sierra poco afilado.

—Eso tiene que doler...

—Y que luego me cauterizaría la herida con un soplete.

—Joder, desde luego esta vez ha sido más sanguinaria de lo habitual. Pero no te preocupes, Gala ladra mucho, pero muerde poco. Además, es una amenaza tonta, ella sabe de sobra que se puede confiar en ti, que eres responsable y que

cuidarás de Jimena aunque ella no quiera —replicó burlón, pues, aunque adoraba a la cría, era consciente de que tenía un carácter endemoniado que sólo Kini sabía manejar—. En definitiva, sabe que su hija está en las mejores manos —dijo palmeándole la espalda.

Y Kini, en lugar de asentir y sonreír complacido, bajó la mirada al suelo, retraído. Como si se sintiera mal con esas afirmaciones o, peor aún, como si fuera a hacer algo que diera al traste con la confianza depositada en él.

Lo que, por supuesto, hizo sonar mil alarmas en la cabeza de Calix.

—Y ¿qué es lo que tenéis pensado hacer esta noche? —indagó con tono casual.

—Vamos a una fiesta en una discoteca.

—¿Os van a dejar entrar siendo menores?

—Sí. Vamos a una *light*, de esas que son para críos.

—De las que no sirven alcohol —

apuntó Calix. Y Kini asintió—. No habréis pensado en iros de botellón y tomároslo fuera de la discoteca,

¿verdad? —inquirió suspicaz.

—¡No! Yo paso de eso. Vamos a

bailar. Sólo a bailar. Y no tenemos pensado hacer absolutamente nada más.

Ni de coña —afirmó con, tal vez, demasiada rotundidad. Lo que hizo que las alarmas que retumbaban en la cabeza de Calix alcanzaran un volumen épico.

—Ah, bien. Eso es una gran idea...

¿Y qué discoteca es?

—No lo sé.

Calix lo miró sorprendido.

—O, bueno, sí. Sí que lo sé —se contradujo Kini al ver su gesto—, pero no recuerdo el nombre.

—Tomó nervioso la costanilla de San Andrés y emprendió la subida que los llevaría a

la plaza de la Paja.

—Vale, sólo era curiosidad —aceptó Calix alzando las manos en son de paz, aunque, por descontado que no iba a rendirse—. ¿Y dónde está?

—¿La discoteca?

—Sí.

—Oh... En Madrid, por supuesto. —

Puso los ojos en blanco como si ésa fuera una pregunta estúpida.

—En Madrid estamos, y te recuerdo que es una ciudad grande. Me refiero a en qué calle está...

—Ah, ya... No lo sé, no me acuerdo.

—Sí que tienes mala memoria hoy.

—No es eso, es que... Anuja y Malena la han buscado y son ellas quienes tienen todos los datos

—farfulló malhumorado, refiriéndose a las amigas de Jimena.

—¿Y no deberías saberlo? Lo digo porque, si os pilla lejos, necesitaréis que alguien vaya a buscaros si venís tarde y no hay transporte público, por ejemplo —dijo obviando a propósito que existía algo llamado taxi que venía muy bien para esos menesteres—.

Además, seguro que Gala quiere saberlo...

—Ya se lo habrá dicho Jimena —

replicó Kini encogiéndose de hombros, aunque más que un gesto de desidia pareció que se encogía para hacerse más pequeño y menos visible, si es que un muchacho de más de metro ochenta podía conseguir eso.

—Seguramente,

pero

también

deberías saberlo tú. Imagino que tu abuelo te lo habrá preguntado...

—Pues no —contestó a la defensiva entrando en la plaza.

—Pues lo hará, tenlo por seguro.

Querrá saber cómo vas a ir y... —Se calló al percatarse del gesto de espanto del muchacho—.
¿Pasa algo?

—No, qué va —replicó Kini sintiéndose acorralado. Joder, ¿cómo no lo había pensado? Tenía que averiguar cuanto antes dónde le había dicho Jimena a su madre que estaba la discoteca para decirle lo mismo a su abuelo y que no los pillaran.

Miró hacia la ventana del primero exterior izquierda del número 3 de la plaza y, tal y como esperaba, las persianas estaban subidas, lo que significaba que su novia estaría allí, oculta tras las cortinas, mirándolo.

Sonrió encantado. En cuanto entrara en casa despistaría a su abuelo y la
whatsappearía para preguntarle la dirección.

Enfiló contento hacia el banco que estaba frente al portal y, apoyando una mano en el respaldo para guardar el equilibrio, dobló la rodilla derecha y sujetó con la mano libre la puntera de la deportiva, de manera que el talón le quedara pegado al glúteo para estirar el cuádriceps de esa pierna. Mantuvo la cadera adelantada mientras sostenía la postura y no pudo evitar echar una mirada rápida a la ventana, seguro de que Jimena estaría disfrutando del espectáculo. No había nada que le

gustara más a su novia que verlo estirar, ella misma se lo había dicho. Y él, que no era tonto, sabía por qué le gustaba mirarlo. Porque, con las mallas y la ceñida camiseta técnica, se le marcaban los músculos. Y, joroba, le había costado mucho trabajo conseguirlos, así que se esforzaba en adoptar posturitas que, además de para estirar, le servían para lucir el tipo.

Calix contuvo una risita al ver que su compañero se colocaba de manera que las

ventanas

tuvieran

una

buena

panorámica de su cuerpo. Kini acabó la primera postura y pasó a la segunda,

adelantando la pierna izquierda y retrasando la derecha para mantenerse así unos segundos, los glúteos y los abductores de los muslos tensos por el esfuerzo y, por supuesto, bien marcados bajo las mallas. Y todo para nada, porque dudaba mucho que Jimena estuviera despierta, y espiándolo, a esas horas. Oh, por supuesto, ella lo miraba los días que había instituto, porque tenía que levantarse pronto sí o sí, pero ahora no había instituto y era 31 de diciembre, lo que significaba que esa noche iban a trasnochar. Por lo que Jimena, como cualquier adolescente, estaría dormida en su camita soñando con los angelitos.

O con Kini, que sería lo más probable, pensó malicioso.

—No te esfuerces tanto, pavo real, no creo que hoy esté mirando —dijo ladino al ver que el muchacho adelantaba la cadera de tal forma que su entrepierna, ceñida por las ajustadas mallas, quedaba más que visible.

—No lo hago por eso —masculló Kini bajando la mirada al suelo y estirando con menos énfasis.

—Ya, seguro —se burló Calix subiendo la mirada al primero. Y se sorprendió al ver moverse las cortinas.

Vaya, por lo visto Jimena sí que se había despertado para echarle una ojeada a su novio—.

¿Cuánto tiempo lleváis

juntos?

—inquirió

con

curiosidad.

—El día 13 hicimos dos años. —Y la sonrisa que curvaba los labios de Kini era buena muestra de lo feliz que eso lo hacía.

—Guau, dos años ya... Imagino que lo celebraríais por todo lo alto —

bromeó.

—No. Estábamos con exámenes y no pudimos hacer nada especial.

—Qué putada.

—Sí, pero no pasa nada, vamos a celebrarlo hoy —afirmó irradiando ilusión y excitación.

—¿Y qué vais a hacer?

—Vamos

a...

—Se

calló

sonrojándose—. Ir a la discoteca.

—Eso no suena muy romántico. —

Calix lo miró suspicaz.

Kini había estado a punto de decir otra cosa. Y se había puesto como un tomate sólo de pensarla. Las alarmas que habían comenzado a apagarse en su cabeza aumentaron de potencia hasta convertirse en las sirenas que avisaban de un holocausto nuclear.

—¿Y qué? Es lo que nos apetece hacer. No tenemos por qué hacer nada romántico. Además, ir a una discoteca sí es romántico. Podemos bailar, y eso es muy romántico —replicó el muchacho a la defensiva, sin querer mirarlo a los ojos.

Y Calix lo supo.

—No vais a ir a ninguna discoteca,

¿verdad?

Kini se puso aún más rojo, si es que eso era posible.

—Claro que sí, vamos a ir a una fiesta en una discoteca con todos los del barrio y algunos del *insti* —afirmó

mirando al suelo.

—Vale, está bien, te creo —claudicó Calix—. Oye..., Jimena y tú... —Se calló sin saber bien cómo continuar, aunque decidió que lo más sencillo era no andarse con rodeos—. ¿Tenéis relaciones?

—No sé a qué te refieres —farfulló Kini dejando de estirar de repente. Y, por su gesto espantado, estaba claro que sí sabía a qué se refería—. Es tarde, deberíamos ir a casa, no...

—Me refiero a relaciones sexuales

—especificó Calix, cortándolo.

—Aún no. Es decir, no. No las

tenemos —se corrigió al instante.

—Eso está bien, sois muy jóvenes y no debéis tener prisa por hacerlo... —

Calix fingió no haberse dado cuenta de lo que significaba ese «aún no». Joder, él no quería saber nada de eso. Jimena era como su hermana y Kini también, y no quería ni pensar en que pudieran hacer..., en fin, eso. Pero el muchacho no tenía amigos íntimos a los que preguntar si le surgían dudas y no creía que se atreviera a hablar del tema con su abuelo.

—No somos tan jóvenes, yo ya tengo diecisiete largos y Jime los cumplirá

dentro de pocos meses —rechazó Kini.

—Eso lo cambia todo, desde luego sois unos viejos —resopló burlón.

—¿Qué edad tenías la primera vez que lo hiciste? —contraatacó el muchacho.

—Catorce.

—Ya son tres menos que yo.

— *Sip*. Pero yo siempre he sido muy precoz en el sexo.

—Por lo visto, todo el mundo es muy precoz. Todos menos yo —masculló Kini enfilando hacia el portal, aunque no en voz tan baja como para que Calix no alcanzara a oírlo.

—Que tus amigos te digan que lo han hecho no significa que lo hayan hecho de verdad —señaló siguiéndolo—. Los chicos

a

tu

edad

son

bastante

mentirosos.

Kini

se

volvió

para

mirarlo

incrédulo.

—Sí, bueno, la verdad es que me da lo mismo. —Se encogió de hombros, como si le importara un pimiento ser el único chico virgen de diecisiete años de todo el puñetero mundo mundial. Y

también de parte de la galaxia. Y del universo.

Y Calix se vio a sí mismo con

catorce años, dispuesto a comerse el mundo. Sólo que por ese entonces él no estaba enamorado, no tenía una chica fija y hacía demasiadas locuras. Locuras que podrían haberle salido bien caras.

Apresuró el paso hasta alcanzar al joven.

—Kini —lo llamó antes de que abriera el portal. Se cercioró de que las ventanas del bajo, en el que el adolescente vivía con su abuelo, estaban cerradas, y le susurró—: No digo que Jime y tú vayáis a hacer nada aprovechando que es la primera Nochevieja que os dejan salir, pero si lo

hicierais..., usad preservativos. Sois muy jóvenes para complicaros la vida con un bebé.

—Claro, ya los tengo comprados —

resopló el chico, enrojeciendo hasta la ignición al darse cuenta de lo que acababa de decir—. O sea, no es que hayamos pensado hacer nada, ni nada por el estilo. Qué va. En absoluto. Es sólo

porque... Bueno, me los dieron en el instituto y siempre los llevo conmigo

—farfulló angustiado, dándose cuenta en el acto de su error, pues antes había dicho que los había comprado—. Quiero decir que...

—Me ha quedado claro —lo cortó Calix, tan incómodo como él.

—Genial.

—Sí. Estupendo. Siempre hay que estar prevenido.

—Sí. Aunque no se piense hacer nada de nada.

—Por supuesto.

Kini sacó las llaves del bolsillo, pero no llegó a meterlas en la cerradura; en lugar de eso, miró a Calix nervioso.

—Oye... —empezó a decir en voz tan baja que él tuvo que acercarse para oírlo—, y..., esto..., ¿sabes si...?

Bueno... —Sacudió la cabeza, enfadado

por su indecisión. ¡Joder, era su mejor amigo, no podía cortarse con él!—.

¿Hay algún truco?

—¿Algún truco para qué? —inquirió Calix perplejo.

—No sé... Para hacerlo bien... Ya sabes... —balbució mirando al suelo.

—¿Para hacer bien el amor? —

especificó Calix tan azorado como Kini.

Éste asintió con un gesto—. El mejor truco es no apresurarse ni anticiparse, darse tiempo y tener muy claro lo que se va a hacer y el paso que se va a dar. Y

esperar un par de años más.

—Joder, ya hablas como mi abuelo.

—Se dio media vuelta malhumorado y metió la llave en la cerradura.

Y Calix quiso golpearse la cabeza contra la pared, porque el muchacho tenía razón. Le había pedido consejo y él le había contestado con una frase manida que no servía para nada. ¡Si incluso se había recordado a su padre cuando le daba la chapa siendo un chaval!

—Pero lo más importante —continuó captando la atención de Kini, quien se giró interesado— es

conocer muy bien a la pareja. Saber cuál es su ritmo y cómo le gusta que la toquen. No podéis lanzaros a ciegas... Me refiero a que es una gilipollez hacer el amor si antes no habéis jugado entre vosotros para conocer vuestra sexualidad —dijo nervioso. Tal vez no debería ser tan explícito. Pero eran amigos, se merecía que le hablase como a un hombre, no como a un crío—. Tenéis que conocer bien vuestros cuerpos, y lo que os gusta a cada uno, antes de ir a por nada más.

Kini se puso rojo como un tomate.

Y en ese momento Calix cayó en la cuenta de que llevaban más de dos años saliendo y que era más que probable que hubieran experimentado, y bastante, con

sus cuerpos. ¡Santo Dios! Él no quería tener esa conversación. Pero alguien debía responder a sus dudas, y estaba seguro de que Kini no iba a preguntarle a su abuelo. Y menos aún a sus padres, pues éstos estaban fuera del país y llevaba más de dos años sin verlos.

Aunque lo más grave era que en ese tiempo había hablado con ellos media docena de veces, tal vez menos. Ellos nunca llamaban, y Kini había acabado por

cansarse

de

llamarlos

para

recordarles que seguía vivo, más aún cuando siempre estaban demasiado ocupados como para hablar más que

unos pocos minutos. Así que se limitaban a mandarse esporádicos y educados whatsapps en los que unos y otros se aseguraban de que seguían vivitos y coleando y poco más.

No podía decirse que fueran unos padres atentos y cariñosos. De hecho, si seguían hablando muy de vez en cuando era porque Salvador se empeñaba en mantener el contacto, no porque ellos pusieran nada de su parte.

—Y, sobre todo, debes tener mucha paciencia —continuó Calix—. El sexo es una carrera de fondo, no de velocidad.

Kini asintió y, armándose de valor, expuso lo que más le preocupaba.

—Pero a las chicas les duele la primera vez, ¿no?

—Todas las mujeres son distintas...

—Pero les suele doler.

Calix asintió con un gesto.

—¿Y cómo hago para que no le duela? No tengo ni idea de cómo hacer nada...

—Imagino que habréis... explorado vuestros cuerpos —inquirió Calix en voz muy

baja,

arrepintiéndose

profundamente de haber sacado el tema.

Eso ya sobrepasaba sus funciones de

hermano mayor putativo. Aunque no sus funciones de amigo, y ese chaval era, al igual que su novia, uno de sus mejores amigos.

—Un poco —musitó Kini casi sin voz, su rostro adquiriendo un tono borgoña intenso que comenzaba a ser preocupante.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer entonces, ser muy cariñoso, tener mucho cuidado, estar muy atento y excitarla mucho para que esté dilatada y lubricada —dijo de corrido antes de esquivarlo y abrir el portal, dando por zanjada la conversación. Joder, Jimena

era como su hermana. No quería saber cuándo iba a perder la virginidad ni nada por el estilo.

Atravesaron el portal y, antes de que Kini sacara la llave para entrar en su casa, lo retuvo agarrándolo del brazo. El chaval se volvió con una mirada intrigada.

—¿Cómo vais a montároslo? ¿Os vais a casa de algún amigo que tenga a sus padres fuera? —inquirió, pues había caído en la cuenta de que, si querían hacerlo en condiciones, lo iban a tener complicado, pues al ser menores de edad no podrían tomar una habitación de

hotel sin una autorización de sus padres, y dudaba que Gala o Salvador se prestaran a ello.

Kini sintió que su cara volvía a estallar en llamas.

—No vamos a hacer nada —farfulló.

—No me jodas, Kini, que nos conocemos —masculló Calix.

El muchacho se encogió de hombros antes de repetir mirando al suelo:

—No vamos a hacer nada.

—Vale, pero si lo hicierais, ¿dónde lo haríais?

—No sé, en alguna pensión —dijo frunciendo el ceño, como si le

disgustara, Y Calix supo que eso era exactamente lo que iban a hacer. Ir a una pensión de mala muerte en la que no les pidieran ninguna documentación y, por tanto, tampoco les ofrecieran ninguna garantía de que no iba a haber problemas—. Pero no es el caso. Nos vamos a una discoteca con los amigos, puedes preguntarle a Anuja, Xiao o Malena.

Calix puso los ojos en blanco. Ésas eran las mejores amigas de Jimena, lo más seguro es que estuvieran en el ajo y dispuestas a cubrirlos.

—No fastidies, Kini, que no me

chupo el dedo. Mira, puedes hacer lo que te dé la gana, yo no voy a meterme ni se lo voy a contar a nadie, pero... Va a ser vuestra primera vez —dijo cogiendo el toro por los cuernos—, no querrás hacerlo en un sitio cutre y asqueroso. Es un recuerdo que vais a tener para siempre, no lo hagáis en un sitio del que luego os vayáis a arrepentir toda la vida —le pidió mirándolo a los ojos.

Y Kini sólo pudo bajar la cabeza pesaroso, porque pensaba exactamente igual que Calix.

—Nos vemos en la cena. Si necesitas

cualquier cosa, habla conmigo. Sabes que puedes hacerlo, que siempre podrás contar conmigo

—dijo

Calix

revolviéndole el pelo antes de enfilear la escalera.

2

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 7.51 horas

Jimena sostuvo las cortinas entreabiertas mientras observaba a los dos hombres que hacían estiramientos en la plaza.

Suspiró. Tres años atrás ese suspiro habría sido en honor a Calix, quien, con su cuerpo de dios griego, su pelo largo y rubio y sus ojos verdes manzana era un verdadero bombón. Pero hoy, ese

suspiro que le salía de lo más profundo de los pulmones y ascendía por su garganta tras haberse dado una vuelta por su alocado corazón pertenecía única y exclusivamente al joven que estaba con él. Kini.

Sus amigas decían que era guapo, pero no tanto como Calix o Uriel, el compañero de trabajo de éste. Y ella las compadecía por estar tan ciegas. Porque Kini era el tío más guapo del mundo mundial. Y le daba lo mismo que estuviera demasiado delgado para su altura, ella sabía que tenía músculos duros como el acero. Los había tocado y

saboreado, y eran deliciosos. Y tampoco le importaba un pimiento si tenía los ojos marrones y un poco saltones, porque esos ojos sólo la miraban a ella.

O si su pelo era castaño, liso y tieso, porque ese pelo le hacía cosquillas en la piel cuando la besaba en sus lugares secretos. O si tenía los dientes un poco separados y los dedos largos y delgados, porque esos dedos hacían magia y esos dientes siempre aparecían cuando estaba con ella, porque no podía dejar de sonreír. Ni ella tampoco. Era el chico más listo, cariñoso, delicioso y singular que había conocido nunca. Y

era su novio.

El mejor novio del mundo mundial.

Y lo quería muchísimo. Tanto como él a ella.

Observó ensimismada a Kini y a Calix mientras estiraban junto al banco, aunque en realidad a quien veía era a Kini, porque Calix era poco más que una mancha borrosa a su lado. Frunció el ceño preocupada cuando vio que la cara de su novio se teñía de rojo. ¿De qué estarían hablando? Esperaba que no fuera de la *fiesta* de esa noche. Kini era un mal mentiroso, y a Calix se le daba de maravilla interrogarlo y sonsacarle lo

que nadie debía saber.

Y, por lo que parecía, en ese momento le estaba haciendo un tercer grado.

Y Kini debía de ser consciente de ello, porque de pronto dejó de estirar y se marchó apresurado al portal.

Jimena se inclinó contra la ventana y pegó la frente al helado cristal para intentar verlos, pero no pudo, así que regresó a la cama. Poco después el móvil vibró avisándola de que acababa de llegarle un whatsapp. Lo abrió, era de Kini. Necesitaba saber dónde estaba la discoteca para dar la misma versión

que ella le había dado a su madre si su abuelo le preguntaba. Se lo dijo y volvió a recostar la cabeza en la almohada. Al fin y al cabo, eran las ocho de la mañana y debería estar dormida. Sin embargo, sabía que no sería capaz de conciliar el sueño. De hecho, llevaba desde que habían tomado la Gran Decisión sin poder dormir bien. Y de eso hacía casi una semana. Desde entonces estaba nerviosa.

Y

también

demasiado

excitada. Y alterada. Y preocupada. Y

ansiosa. Y entusiasmada como para poder dormir de un tirón.

Pero la espera había llegado a su fin.

Esa

noche,

finalmente,

no

se

quedarían a medias y llegarían hasta el final.

¡Y ya era hora! Estaba hasta las mismísimas narices de esconderse en el jardín del Príncipe de Anglona o en el Huerto de las Monjas para poder besuquearse medio helada con Kini, porque, joder, estaban en invierno, ¡y hacía un frío que pelaba! Pero era eso o enrollarse en su cuarto o en el de Kini

—algo que, por cierto, también hacían

—, acojonados por si a su madre o al abuelo de él se les ocurría entrar y los pillaban *in fraganti*. Y, la verdad, cada

vez llegaban más lejos, por lo que «*in fraganti*» podía ser muy explícito. Y no quería ni pensar en cómo se pondrían su madre, Rodrigo —el marido de su madre— y Salvador si los pillaban pasando a mayores. ¡Pero es que necesitaban pasar a mayores! ¡Llevaban dos años juntos y necesitaban más!

Todos sus amigos ya lo habían hecho, y, joroba, ¡ellos eran la única pareja de todo el mundo mundial que llevaba tanto tiempo saliendo sin hacerlo!

Y eso se iba a acabar esa noche.

Iba a ser una noche superromántica, pensó, un enorme suspiro escapando de

sus labios entreabiertos.

Sería mágica. La mejor de su vida.

«O a lo mejor no», musitó en su cabeza una vocecita estúpida y de lo más inoportuna. A lo mejor la primera vez dolía tanto como decía Malena. Pero, claro, Malena lo había hecho con un chico del que no estaba enamorada, sólo porque, según ella, el tío estaba muy bueno y había que darle gusto al cuerpo, lo cual a Jimena le parecía una gilipollez de las que hacían historia.

Pero ella sí que estaba enamorada, hasta las trancas además, de Kini. Y eso tenía que contar, ¿verdad? Es decir, no

podía ser lo mismo echar un polvo para pasar el rato que hacer el amor con el chico al que

querías más que a nada en el mundo.

Además, Kini era un cielo. Él sabía muy bien cómo llevarla a la estratosfera.

Y ella sabía cómo llevarlo a él a las nubes. Pero no sabían ir más allá, pensó inquieta. Porque ninguno de los dos lo había hecho nunca. Y eso, aunque molaba mucho y era muy romántico y tal, también era una putada, porque, a ver, se sabían la teoría, pero no tenían ni idea de cómo iba la práctica. Y eso la preocupaba. Pero sólo un poco de nada.

Pero de nada, nada. Bueno, a lo mejor un poquito más que un poco de nada.

Porque, a ver, ¡era su primera vez!, aulló en su cabeza entre la exaltación más absoluta y el terror ciego.

Se giró sobre la cama colocándose boca arriba y comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro a la vez que pateaba contra el colchón como si estuviera poseída. Y tal vez así era. Por el diablo de la expectación y la impaciencia.

Se levantó de un salto y, tras echar una mirada rápida a la puerta para comprobar que seguía cerrada, abrió el

cajón de la mesilla. Buscó debajo de las braguitas viejas que usaba cuando tenía el período y sacó un paquete de medias color carne, en el que había por lo menos una docena de pantis enrollados unos sobre otros. Desembrolló el paquete hasta dar con el primero de todos, y de su interior sacó los preservativos que había comprado la mañana anterior. Kini le había dicho que él los había comprado, pero su madre siempre le decía que no debía depender de los hombres para nada, y menos aún para su seguridad sexual, y pensaba hacerle caso. Y, además, quién sabía. Lo

mismo lo hacían varias veces y se quedaban cortos con los de Kini.

Al fin y al cabo, soñar era gratis.

Y Kini estaba en plena forma. Y por experiencia sabía que no le costaba nada excitarse, más bien al contrario, siempre iba medio empitonado. Sólo tenía que tocarlo un poco para que se pusiera

«nervioso», como él decía. Sonrió ufana. Le gustaba tener ese poder sobre él. Aunque lo cierto era que él también lo tenía sobre ella, porque cada vez que la besaba se incendiaba por dentro, y si la tocaba ya era... Uf.

Su cara se iluminó con una sonrisa

soñadora al recordar los besos que se habían dado la tarde anterior. Se perdió en ardientes pensamientos hasta que oyó un quedo murmullo. Se apresuró a esconder de nuevo los preservativos y volvió a meterse en la cama, bajo las sábanas y las mantas, consciente de que su madre y Rodrigo se estaban despertando. O, mejor dicho, ya estaban bien despiertos.

Bufó poniendo los ojos en blanco con el gesto de intensa exasperación que sólo una adolescente sabe hacer.

¡Desde luego, ya podían ser más silenciosos!,

o,

mejor

aún,

¡no

besuquearse tan de buena mañana! Al fin y al cabo, eran unos viejos, su madre rondaba los cuarenta y Rodrigo tenía diez años más. Con esa edad debería tener problemas de erección y todo eso.

O no.

Sonrió maliciosa.

La verdad era que le gustaba ver cómo se hacían carantoñas cuando pensaban que no miraba. Y oírlos cuchichear y besarse como si fueran dos adolescentes enamorados. Y es que lo eran. Estaban enamorados al mil por mil.

Y, además, era divertidísimo sacarle

los colores a Rodrigo durante el desayuno. Era tan, tan fácil hacer que esa piel pálida se tornara sonrosada que, en fin, no podía evitarlo. Además, era monísimo cuando trataba de hacerse el duro y la miraba enfurruñado mientras sus mejillas adquirían ese tono rosa subido.

3

Primero

interior

derecha,

plaza de la Paja, 3, Madrid 7.59 horas

Nada más entrar en casa, Calix enfiló directo a su dormitorio. Tal vez debería haber pasado por el baño para darse una ducha, pero antes de eso era imperativo darle un beso a su mujer. De hecho, lo necesitaba tanto como respirar. Hacía más de una hora que no la veía y echaba muchísimo de menos sus sonrisas

brillantes y sus ojos brujos.

Él sabía que se estaba comportando como un tontorrón enamorado que no podía vivir sin su chica, pero no podía evitarlo. Cuando se casaron pensó que la tontería se le pasaría con el tiempo, que no la echaría tanto de menos cuando se quedara solo ni que necesitaría sentirla

cerca

para

ser

total

y

completamente feliz. Pensó que ese amor rotundo, exaltado e incalculable que sentía se iría abotargando y acabaría convirtiéndose en un amor relajado entre dos personas que se querían mucho.

Pero no. Habían pasado casi dos años

desde la boda y seguía sin saciarse de su esposa. Seguía bebiéndose sus besos y respirando

por

sus

sonrisas.

Perdiéndose en sus ojos y ardiendo por sus caricias. Y, la verdad, no tenía visos de cambiar. Y a él le parecía estupendo.

Aunque tal vez a ella no, porque llevaba corriendo casi una hora y estaba un pelín sudado.

Y olía a tigre.

Así que no se le ocurrió nada mejor que entrar sigiloso en el dormitorio, acercarse a la cama en completo silencio e, inclinándose hacia su mujer, soltar un grave gruñido.

Como un tigre.

—¡No me comas! —exclamó Iskra entre carcajadas, lo que demostraba que él no era tan sigiloso como pensaba y que lo había oído entrar, porque lo que se dice asustarse, no se había asustado.

En absoluto—. Por favor, no me comas, no soportaría acabar mis días en el vientre de una tortuga prehistórica —

gritó fingiéndose aterrorizada.

Calix

se

apartó

observándola

perplejo.

—¿Perdona?

¿Me

acabas

de

comparar con una tortuga? —gimió estupefacto. Conocía a su mujer, sabía

que podía esperar cualquier cosa de ella, pero eso... No. Eso nunca—. Las tortugas no rugen —
señaló ofendido.

Una tortuga. ¿En serio? ¿Podía haber un animal menos excitante que éste?

—¡Claro que sí!

—Por supuesto que no.

—Claro

que

sí.

Las

tortugas

prehistóricas rugen y se comen a los hombres.

—¿Ah, sí? —Se cruzó de brazos esperando una explicación.

—Sí. En *Hace un millón de años*, Raquel Welch se enfrenta con una descomunal para salvarle la
vida a John

Richardson, y no te puedes imaginar cómo rugía la tortuga, era algo tremendo.

—Una tortuga gigante...

—Sí. Es una película un poco fantasiosa.

—Sólo un poco —convino Calix mordaz al recordar la película de la que hablaba y su argumento.
O su falta de él, en todo caso. Y si el filme no era de hace un millón de años, desde luego sí era de
mediados del siglo pasado.

—Oh, está bien, es muy fantasiosa, pero es un hito en la historia del cine. En ella sale el que se dice que es el primer

bikini de la humanidad. Fíjate si causó sensación Raquel Welch con ese diminuto bikini de piel que, aunque sólo tenía tres frases, se convirtió en una estrella mundial —explicó con la mirada iluminada, como siempre que hablaba de sus adoradas películas clásicas, aunque Calix no sabía si catalogar ésa como tal—. ¿Recuerdas la película *Cadena perpetua*? Pues el póster que Morgan Freeman le consiguió a Tim Robbins para su celda es el de Raquel Welch en esa película. Tal fue su impacto que se convirtió en la protagonista de los sueños húmedos de

millones de hombres, imagínate que...

—Francamente, querida, eso no me importa —la cortó Calix con la famosa frase de *Lo que el viento se llevó* a la vez que se acercaba depredador a ella

—. Sólo hay una mujer que despierte en mí sueños húmedos, y es la misma que me arrastra al deseo más ardiente...

—¿Y no podría arrastrarte después de la ducha? Francamente, querido, apestas... —Iskra enarcó una negrísima ceja al más puro estilo Rhett Butler.

Y él estalló en carcajadas.

—Está bien —claudicó, aunque antes le robó un beso de tornillo.

Uno que duró un buen rato, y acabó cuando ella lo amenazó entre risas con contener la respiración hasta la muerte sólo para no olerlo. Eso desde luego lo hizo reaccionar. Así que, tras robarle otro beso más, éste mucho más breve, se apartó de un salto y se dirigió al baño.

* * *

—Tengo unas ganas terribles de que llegue la cena de esta noche —gritó desde la cocina al oír a Calix trastear en el dormitorio después de salir de la ducha—, estoy como loca por ver a

Avril y a Kayla —dijo refiriéndose a la pareja de Uriel, su amigo y compañero de trabajo, y a la hija de ésta.

—Aún no me creo que hayas

convencido a Uriel de venir a la cena.

De hecho, hasta que los vea en casa de Rodrigo no me lo creeré —señaló Calix entrando en la cocina.

Aún tenía el pelo mojado tras la reciente ducha y se había puesto un traje azul índigo con camisa celeste para ir al trabajo. Y estaba para comérselo. Algo que Iskra se apresuró a hacer al darle un beso que hizo que él se planteara echársela al hombro cual hombre

prehistórico y llevarla de nuevo a la cama. Con tortuga o sin ella.

—Por supuesto que vendrán —señaló la joven apartándose y dejándole los brazos insoportablemente vacíos.

Calix fue tras ella y la estrechó contra sí, su gran trasero acunándole la erección que acababa de despertar en él.

—¿Por qué estás tan segura? —

inquirió mordisqueándole la nuca.

—Porque

Uriel

está

total

y

absolutamente enamorado de Avril y encandilado por Kayla, y ellas quieren venir a cenar con nosotros, así que él no dudará

en

complacerlas

—señaló

maliciosa.

—Quién iba a pensar que se enamoraría como lo ha hecho... —

murmuró Calix, quien no podía dejar de asombrarse por el cambio operado en su amigo.

—El tiempo pasa y las personas cambian y encuentran su lugar en el mundo

—replicó

Iskra,

dejándose

acunar por los fuertes brazos de su marido.

Se quedaron unos segundos en silencio antes de que Calix se decidiera a contarle lo que le daba vueltas en la cabeza.

—He estado hablando con Kini —

comenzó, y luego le resumió parte de la conversación y sus suposiciones; al fin y al cabo, conocía a su mujer y sabía que, a pesar de lo mucho que hablaba, sabía guardar un secreto mejor que nadie. Y

ése lo era. Y no soportaba guardárselo sólo para él, necesitaba tener su visión del asunto.

—¿En serio crees que Kini y Jimena se están planteando perder la virginidad esta noche? —jadeó asombrada.

—No sé ni qué creer... Pero tengo mis sospechas.

—¿Has intentado convencerlo de que esperen un poco más?

—Llevan saliendo dos años.

—Pero son tan jóvenes...

—Y

tienen

las

hormonas

tan

revolucionadas... —resopló mordaz.

—Deberías tratar de...

—Kini no me va a hacer caso, y si le digo algo a Jimena es capaz de acostarse con él sin tener ganas sólo por llevarme la contraria, ya sabes cómo es.

E Iskra no tuvo más remedio que asentir. Esa adolescente era una rebelde sin causa, siempre iba a la contra de todo lo que le ordenaran. O dijeran. O

aconsejaran.

—Prefiero no sermonearla, tal vez así confíe en mí para hablar del tema y me cuente si le preocupa algo o si le surge algún problema —prosiguió Calix con toda sensatez.

Iskra sonrió y se puso de puntillas para darle un cariñoso beso en los labios.

—Vas a ser un padre maravilloso...

—Yo no lo tengo tan claro —replicó él con la cabeza puesta en la joven pareja y en la pensión a

la que tal vez irían, y que seguro que sería un antro de mala muerte, aunque eso, por supuesto, no pensaba contárselo a Iskra. Con que

él estuviera disgustado era suficiente, no tenía sentido preocuparla a ella también.

Pusieron la mesa y desayunaron en cómoda

camaradería

y,

después,

mientras Calix recogía y fregaba los platos, Iskra sacó de la nevera los canapés que habían preparado el día anterior para tomarlos de aperitivo especial

en

el

trabajo

por

ser

Nochevieja.

Estaba comenzando a envolverlos cuando le llegó un olor espantoso que le revolvió el estómago.

—¿De qué has hecho éstos? —gimió tapándose la boca para contener una arcada a la vez que se alejaba de la bandeja.

—De maíz con atún y salsa rosa —

señaló Calix preocupado al verla empalidecer—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, es sólo que...

Pero no pudo llegar a explicárselo, porque tuvo que salir corriendo al baño.

Calix la siguió de cerca y llegó a tiempo de sujetarle la cabeza y apartarle el pelo mientras vomitaba cada bocado que había desayunado.

—¿Qué te pasa? —inquirió alarmado

—. ¿Has comido algo que te ha sentado mal?

—No creo...

—Seguro que ha sido la mermelada esa de naranja, a nadie le puede sentar bien algo tan amargo.

—Me parece que no ha sido eso.

—¿Entonces?

—Tengo un retraso.

—¿Un retraso de qué? —inquirió sin comprender.

—¿Te acuerdas hace un mes y medio, cuando vimos aquella película y acabamos haciendo el amor en el sillón y se nos olvidó usar un preservativo...?

—Sí.

—Pues un retraso de esos...

—Ah. O sea..., un Retraso. Con mayúsculas.

—Sí, con muchas mayúsculas. Pero no estoy segura.

—No estás segura —repitió como un lorito, tan aturdido estaba.

—No. Había pensado en comprar hoy una prueba de embarazo en la farmacia y hacérmela cuando volvamos de trabajar.

—Sí, sería lo mejor —aceptó aún perplejo.

—Sí. Bueno, ya estoy bien, gracias por estar conmigo —señaló Iskra levantándose y yendo al lavabo para lavarse los dientes.

—Genial —musitó Calix sentándose en el suelo con la espalda apoyada en la bañera. Estuvo al menos tres minutos en silencio y luego soltó un contundente—: Joder.

—Calix... —Lo miró preocupada

tras enjuagarse la boca—. Tal vez no es lo que habíamos planeado, pero...

No le dio tiempo a decir más, porque él por fin reaccionó, la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio como el hombre prehistórico en el que se había convertido. Y no le hizo falta ningún bikini de piel ni ninguna tortuga gigante y rugidora para que se despertaran en él

todos sus sueños, y no sólo los húmedos, sino otros mucho más... maravillosos. Y

apoteósicos. E ilusionantes.

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 8.07 horas

Rodrigo reprimió un gemido cuando su mujer por fin decidió dejar de atormentarlo y se montó sobre él, acogiéndolo en su interior. La aferró por la cintura mientras ella comenzaba a mecerse y luchó por mantener los ojos abiertos cuando el placer amenazó con desbordarse.

Gala se apretó contra su marido e hizo un movimiento circular, frotando su sexo contra el pubis masculino. Estrellas de colores brillaron tras sus párpados cerrados cuando él alzó las caderas, hundiéndose tan profundamente en ella que sintió que eran un solo ser. Se estiró sobre su torso como una gatita melosa, dejando en manos de su esposo todo el trabajo mientras ella disfrutaba del sabor adictivo de su piel.

Y Rodrigo, por supuesto, no la decepcionó.

Apretó

los

dientes,

obligándose a aguantar un poco más y, anclando los dedos a su cintura,

continuó alzando las caderas en rítmicas sacudidas mientras Gala saboreaba golosa su pálida piel. Lamió sus rosadas tetillas

para

luego

succionarlas,

disfrutando del gemido que le arrancó al hombre que se movía bajo ella, provocándole un placer exquisito.

Ascendió hasta su garganta, esa parte de él que la había vuelto loca en su primera cita y que siempre deseaba probar, a pesar de que había aprehendido su sabor hacía tiempo. Se relamió antes de hundir la lengua en la erótica cuenca y dar una lenta pasada que la dejó con ganas de más. Y, por supuesto, tuvo más. Le

acarició con la nariz el cuello, embebiéndose en su olor, y atrapó entre los dientes el tendón que lo unía al hombro para paladear el ligero sabor a sal de su piel de porcelana. Apretó los dientes a la vez que contraía los músculos de su vagina para ceñirlo con fuerza, arrancándole un ronco jadeo.

—No deberías torturarme así —

murmuró Rodrigo con voz gutural—.

Debes tener en cuenta que ya no soy un hombre joven y tanta excitación puede provocarme un fallo cardíaco —señaló con semblante serio y voz severa.

Y Gala, que lo conocía bien, no pudo

evitar reírse ante su broma.

—Tienes razón —replicó, su mirada fija en los ojos violetas enmarcados por nevadas pestañas del albino—. Tal vez deberíamos dejarlo para más tarde. O, mejor aún, para otro día. Es más, deberíamos ceñirnos a hacerlo sólo los sábados. —Comenzó a levantarse—. Ya sabes..., sábado, sabadete...

No llegó a acabar la frase, pues de repente el mundo giró sobre su eje y ella se encontró tumbada en la cama con su pálido marido sobre ella.

—¿Acaso tienes planeado matarme de frustración? —inquirió Rodrigo,

penetrándola con una embestida firme que le arrancó un quedo jadeo—. A este juego podemos jugar los dos —le susurró al oído a la vez que salía de ella hasta dejar sólo la punta en su interior.

—No te atreverás...

—Por supuesto que no, sólo quería hacerte sufrir un poco —replicó él hundiéndose de nuevo hasta el fondo—, pero me he dado cuenta de que, haciéndote sufrir, soy yo quien más sufre, lo que le quita todo sentido a mi castigo.

—Pobrecito... No sabes cuánto lo lamento.

—Me hago una idea —musitó él entrando y saliendo con dolorosa lentitud de ella—. Pero no te preocupes, estoy seguro de que se me ocurrirá algo con lo que torturarte.

—Lo estoy deseando..., amor mío.

Y ante esa respuesta Rodrigo sólo pudo rendirse. Porque esa mujer había llegado a su vida para llenarla de felicidad y convertirlo en esclavo de sus sonrisas y prisionero de sus miradas; en adicto a sus caricias y cautivo de sus labios. La amaba como sólo un hombre que ha vivido sumergido en la soledad más absoluta puede amar a quien le ha

devuelto la vida y la ilusión.

Acopló su boca a la de ella mientras le hacía el amor, acercándolos al punto de no retorno. Gala le rodeó las caderas con las piernas, meciéndose con él, hasta que, sin poder evitarlo, escapó de su beso y, tensando cada músculo de su cuerpo, exhaló un ronco gemido que los lanzó a un éxtasis compartido que a punto estuvo de acabar con Rodrigo.

—Deberíamos

insonorizar

el

dormitorio —comentó minutos más tarde el

albino,

apartándose

para

no

aplastarla. Y ella no dudó un instante en montarse de nuevo sobre él.

—¿Por

qué?

—inquirió

Gala

estirándose perezosa sobre el pecho alabastrado de él.

—Porque eres muy ruidosa y tu hija es fiel heredera del carácter de su madre.

Ella lo miró sin entender.

—Has vuelto a gritar —explicó él.

—Yo no diría tanto, sólo he gemido un poco.

—Aún me retumban los oídos.

—¿Y? No hay nada malo en que disfrute contigo.

—Para ti no.

—¿Y

para

ti

sí?

—inquirió

arqueando una ceja, lo que lo avisaba de que estaba entrando en zona peligrosa.

—Soy yo quien sufre los ataques verbales de Jimena cuando tú no eres discreta —señaló, su cara de rayos de luna sonrosándose ligeramente.

—No digas tonterías. Jimena jamás te diría nada, te adora.

—La semana pasada me amenazó con teñirme el pelo de morado cuando estuviera

durmiendo

la

siesta

si

volvíamos a despertarla antes de hora...

—No lo dices en serio.

—Por supuesto que no, sólo bromeo.

—Salió de la cama y revisó el armario

en busca del traje que se pondría esa mañana. Era tarde y tenía que prepararse para ir a trabajar —. No obstante, cuando entre en el baño comprobaré que no hay ningún tinte sospechoso en el armario —señaló muy serio antes de abandonar la habitación.

—¡Rodrigo!

5

Descansillo del primer piso, plaza de la Paja, 3, Madrid 8.57 horas

—Claro. Por supuesto. No sabe cuánto le agradezco que haya pensado en nosotros. Por descontado que estaremos aquí —dijo Cruz con su tono más servil a su interlocutor telefónico—. Muchas, muchísimas gracias por todo. Es usted una bellísima persona.

Colgó el teléfono y se lo quedó

mirando durante unos segundos como si fuera un arma de destrucción masiva.

Luego descolgó de nuevo el auricular y llamó a su marido.

—Bruno. Ella ha llamado. Viene a las doce —dijo nervioso cuando éste contestó a la llamada—. Sí. Ella. Esa misma. Ven pronto, no sabes cuánto te necesito —le susurró antes de colgar.

Se levantó del sillón en el que se había derrumbado al conocer la identidad de la mujer con la que acababa de hablar y, girando despacio sobre sus talones, observó con ojo crítico el salón de su casa.

Aguantó un minuto completo antes de llevarse la mano a la boca, dejar escapar un angustiado alarido y echar a correr hacia la puerta de la calle. Trató de abrirla antes de acordarse de que había cerrado con llave y que, por tanto, precisaba de ésta para poder salir. La buscó frenético antes de recordar que siempre, absolutamente siempre, la dejaba en el cajón del taquillón. La

cogió nervioso y cuando, tras tres intentos, consiguió insertar la llave en la cerradura, las lágrimas rodaban libres por sus mejillas y no conseguía reprimir los sollozos que escapaban de sus labios.

Abrió por fin la puerta y al salir se encontró con sus vecinos, Calix e Iskra, saliendo de casa tan nerviosos como él.

Por lo visto, no estaba siendo tan silencioso como debería. Aunque en realidad él jamás lo era.

—¿Qué te pasa, Cruz? —le preguntó Iskra preocupada, pues lo había oído llorar—. ¿Qué ha sucedido?

—¡Algo

horripilante!

—gritó

desquiciado—. ¡Y también *fantabuloso*!

—Entonces ¿es bueno o malo? —

inquirió Calix aturdido.

—¡Necesito a Gala, a Vicenta y a

Eva! —aulló Cruz echando a correr por el estrecho pasillo que separaba el descansillo del primero interior del del primero exterior. Ellas eran sus mejores y más antiguas amigas, y también mujeres de recursos. Seguro que sabrían qué hacer.

—¡Sube a buscar a Eva y a Vicenta, yo voy con Cruz! —le ordenó Iskra a Calix.

Y éste enfiló decidido la escalera mientras ella seguía a su nervioso amigo.

Un minuto después, Cruz entraba en el descansillo exterior sollozando sin

remedio y Gala abría la puerta alertada por los hipidos que retumbaban en el rellano antes de que a él le diera tiempo a llamar al timbre.

Cruz entró desesperado en la casa de su amiga y se lanzó sollozante a sus brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó

preocupada.

—¡Ella ha llamado! —exclamó

lloroso.

—¿Ella? —Rodrigo, que estaba en el pasillo tras su mujer, miró confuso a Iskra.

Ésta negó con la cabeza, indicándole

que no sabía qué había pasado.

—¿Quién es ella? —Gala abrazó con el cariño comprensivo y paciente que sólo una amiga que es más que una hermana puede dar.

—La trabajadora social.

—¿Os ha negado la adopción? —

inquirió preocupado Rodrigo.

Cruz y su marido llevaban dos años y medio casados y más de seis viviendo juntos y deseaban más que nada en el mundo tener un hijo, por lo que hacía unos meses habían iniciado el proceso de adopción. Y había resultado ser mucho más complicado de lo que nadie,

ni el matrimonio ni sus amigos, había imaginado nunca. Tramitar la apertura del expediente había sido una lucha titánica, pues siempre había un papel que fallaba, un certificado que faltaba o simplemente un funcionario que no se molestaba en leer y menos aún en empatizar. Pero iban avanzando poco a poco y el siguiente paso era demostrarle su idoneidad como padres a la trabajadora social enviada por la Comunidad de Madrid, que era en lo que estaban ahora.

—¡No! ¡¿Cómo nos la va a negar, si aún no ha visitado nuestra casa?! —

exclamó Cruz histérico—. Pero lo hará.

En cuanto venga y vea la pocilga en que vivimos, nos la negará. Dirá que el piso es pequeño, que es muy viejo y que está muy sucio y no nos dejará seguir adelante, y yo me moriré del disgusto.

Y, si me muero, ¿qué será de mi pobre Bruno? —Escondió la cabeza contra el hombro de Gala, llorando desconsolado.

Y ése fue el momento en que Eva y Vicenta tocaron al timbre y entraron en la casa seguidas de Adán y de Calix.

—¿Qué ha pasado? ¿A quién hay que matar? ¡Adán, ve a por la pistola! —

gritó Eva por encima de su hombro a la

vez que se unía al abrazo de Gala y Cruz.

—Claro que sí, cariño, ahora mismo subo a por ella —replicó sarcástico su marido, que, por cierto, era policía. De ahí que tuviera un arma. La cual, por supuesto, estaba a buen recaudo en casa.

—¿No la llevas encima? Y yo que pensaba que eso que se te marcaba en el pantalón era la pipa —

señaló Vicenta ladina, señalando la entropierna del policía.

Lo que hizo que Cruz apartara la cabeza del hombro de Gala para echar un vistazo.

—Eso no es una pistola, Vicenta —

hipó lloroso—, ¡es un pistolón!

—Estábamos jugando a policías y ladrones y nos habéis interrumpido —

explicó Eva, consiguiendo que Adán, un aguerrido policía, se sonrojara.

—¿Quién era el ladrón? —inquirió Cruz interesado.

—No creo que eso sea importante —

señaló Adán bastante incómodo, porque, sí, todavía estaba algo erecto, pero tampoco era como si llevara unos pantalones transparentes y se le viera todo. Sólo estaba un poco más hinchado de lo habitual, pero Eva y su panda de

amigas sádicas siempre aprovechaban la más mínima oportunidad para hacerlo rabiar.

—Adán —especificó Eva casi a la vez, haciendo que su marido la mirara con unos ojos como platos—; lo tenía atado a la cama y estaba a punto de cachearlo...

—Ay, mi niño, qué pena penita pena que te han dejado a medias... —señaló Vicenta.

—Pobre, tiene que doler estar así de empalmado —indicó Gala con mirada astuta—, yo creo que lo mejor es la amputación.

Así

evitarías

estos

problemas.

—¡No fastidies, Gala! Si lo castras,

¿con quién voy a jugar yo? —se quejó Eva arrancándole una sonrisita a Cruz, que era, básicamente, lo que se habían propuesto

con

esa

irreverente

conversación.

—Anda que no hay juguetes con los que pasarlo bien. Sin ir más lejos, ayer mismo estrené mi regalo de Papá Noel, el succionador Satisfyer Pro 2, y uff, es bárbaro, un orgasmo en menos que canta un gallo, y el segundo...

—Suficiente información, Vicenta —

detuvo Rodrigo a la octogenaria de pelo

azul.

—Lo siento tanto por vosotros, querido... —señaló ella mirándolo con pena.

—¿Qué sientes? —inquirió el albino arrepintiéndose de haber metido baza.

De hecho, había sido una estupidez, porque había llamado la atención sobre él, algo que nunca era conveniente con esas mujeres de ideas descabelladas y lenguas sin filtro.

—Que estéis al borde de la extinción.

Con este nuevo succionador, eso que os cuelga entre las piernas ya no es necesario para...

—Me largo. En serio, hay cosas que no

necesito

oír

—señaló

Adán

malhumorado. Le habían cortado el polvo para nada, aunque al ver la cara surcada de lágrimas y los ojos hinchados de Cruz se dio cuenta de que las bromas que le habían gastado las mujeres no iban destinadas a reírse de él, sino a despistar un poco a Cruz de su drama—. ¿Qué ha pasado? —le preguntó con su voz de policía, esa a la que ningún delincuente, excepto su mujer y sus amigas, era capaz de resistirse.

—Me ha llamado la trabajadora social —dijo Cruz un poco más

tranquilo. Se limpió los ojos con el dorso de la mano, aunque las lágrimas no tardaron en volver a brotar.

—¿Y?

—inquirió

Calix

sin

comprender, pues debería estar feliz—.

Eso está bien, ¿no? Quiero decir, lleváis semanas esperando su llamada...

—¡Meses! ¡Llevamos meses! —gritó Cruz—. ¡Y ha tenido que llamar hoy!

—Pero eso es bueno...

—¡No! ¡Porque quiere venir hoy a casa! Y la tengo hecha una mierda, y Bruno no está porque ha tenido que ir a hacer una estúpida entrevista en Salamanca y no va a llegar hasta las

doce, que es cuando vendrá la trabajadora, y ella va a ver que soy un desastre como ama de casa y como padre y no me va a considerar apta para adoptar y no lo voy a poder soportar —

estalló Cruz, usando, como siempre hacía, el género femenino para referirse a sí mismo.

—¿No debería haberte avisado con más antelación? —requirió Rodrigo perplejo.

—¡Sí! Pero una de las visitas que tenía programadas hoy se le ha caído, y como va a estar por la zona me ha propuesto hacernos la entrevista en el

hueco que le ha quedado libre. Y cuando le he preguntado si no podía ser otro día me ha dicho que no tenía hueco hasta marzo.

¡Marzo!

¡Y

estamos

en

diciembre! No puedo esperar tanto; me moriré si lo hago. Así que he aceptado.

Y por culpa de mi impaciencia me voy a quedar sin mi hijo, porque tengo la casa hecha un asco, y Bruno no está porque...

—comenzó de nuevo la letanía, por lo que Gala se apresuró a interrumpirlo.

—La casa se puede limpiar —dijo rotunda. Conocía a su amigo y sabía que ni de lejos tendría el piso tan mal como decía. De hecho, estaba segura de que lo

único que le hacía falta a Cruz era tranquilizarse y estar con personas que lo apoyaban y lo querían. Es decir, con ellas.

—¿Tú crees? —susurró el hombre conteniendo un sollozo.

—Por supuesto. Entre tú y yo la dejaremos niquelada.

—Pero tenemos que ir a comprar lo que

nos

falta

de

la

cena

de

Nochevieja... —señaló sorbiendo por la nariz.

—Iré yo —se ofreció Eva—. No hace falta que vayamos todos para comprar un poco de marisco.

—No te olvides del cordero —

señaló Adán.

—Ni del turrón —intervino Rodrigo.

—Y algo verde, para bajar tanta grasa. Y las nueces y la granada para la ensalada —añadió Calix.

—Y

las

uvas,

ésas

son

importantísimas —le recordó Iskra, sólo por si acaso con tantas cosas se le olvidaba lo principal.

—¿No tenéis que ir a trabajar hoy?

—inquirió Eva mirándolos amenazante.

A lo que los cuatro se apresuraron a asentir. Calix, Iskra y Adán regresaron a sus casas para coger los abrigos,

mientras que Rodrigo, que ya estaba en su casa, se acercó al dormitorio a por su gabardina.

—Estás

perdiendo

facultades,

Rodriguín

—lo

interceptó

Jimena

cuando salió al pasillo, sus labios curvados en una sonrisita maligna de lo más amedrentadora.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo saber en qué las estoy perdiendo? —le requirió él muy tieso.

Adoraba a esa cría, de verdad de la buena, pero cuando se le acercaba con esa cara de niña buena que jamás ha roto un plato y lo llamaba por ese estúpido

diminutivo que él odiaba con toda su alma no podía evitar ponerse a la defensiva.

—Hoy no me has despertado... —En

realidad, se había despertado ella solita para mirar a Kini, como siempre, pero eso no tenía por qué saberlo su padrastro.

—Tal vez tu amenaza de teñirme el pelo

de

morado

ha

calado

profundamente en mí —señaló, pues era verdad que lo había amenazado con eso.

—O tal vez estás, como he dicho antes, perdiendo facultades y no eres capaz de hacer gritar a mi madre —le

dijo con una sonrisa malvada.

Y, sí, desde luego que ésa no era una conversación que debiera mantener con el marido de su madre, pero Jimena, al igual que Gala, aunque por distintos motivos, disfrutaba muchísimo haciendo que la piel de Rodrigo se sonrojara.

Era tan mono.

Rodrigo miró exasperado a la adolescente, su cara rígida en un gesto de irritación.

—Y, tal vez —susurró inclinándose hacia ella—, tú deberías ir al otorrino para que curase tu sordera selectiva.

Jimena arqueó una ceja y abrió la

boca para replicar, pero él continuó hablando a la vez que se erguía de nuevo, adoptando un tono de voz bastante alto y desde luego nada discreto.

—Por cierto, espero que la vista de la plaza esta mañana haya sido de tu agrado. Le quedan muy bien a Kini esos pantalones tan ajustados que usa para correr, imagino que es por eso por lo que estos días estás madrugando a pesar de no tener que asistir al instituto.

Jimena sintió que le ardía la cara y miró nerviosa la puerta del salón, donde su madre trazaba su plan de ataque con

sus amigas.

—No sé de qué me hablas —susurró.

—Te hablo de que ayer bajé la persiana de tu habitación y hoy la has subido a las siete y media de la mañana, despertándome... Igual que has hecho todos los días de esta semana... —

señaló antes de sacudir la cabeza a modo de despedida y enfilarse hacia la puerta.

—Te dije que no era buena idea molestar a Rodrigo —oyó la voz burlona de su hermana pequeña salir del cuarto contiguo al suyo.

—Cállate, idiota —masculló Jimena

yendo hacia el salón.

—No me da la gana, *retromóguer*

—la siguió Gadea, quien se estaba divirtiendo

demasiado

como

para

dejarlo estar.

—Si no te callas, le diré a mamá que copias los deberes de Neeja —dijo refiriéndose a la mejor amiga de Gadea.

—Y yo le diré que te morreas con Kini en tu cuarto cuando ella está haciendo la cena.

—No serás capaz —jadeó Jimena.

—Ponme a prueba —la desafió Gadea, esquivándola para entrar en el salón.

—Te voy a matar, capulla —siseó su hermana siguiéndola.

—Jimena, ¿puedes subir a casa de Eva a cuidar de Diego? —le preguntó su madre en el mismo momento en que entró en el salón, sorprendiéndola y haciendo que se parase en seco olvidando sus ansias homicidas.

Porque Gala, jamás de los jamases, dejaba sin regañar a sus hijas si las oía insultarse. Era algo así como una tradición familiar. Ellas se insultaban y su madre se cabreaba.

—Claro, me visto y subo. ¿Ha pasado algo? —preguntó perpleja. Se

suponía que Eva iba a quedarse en casa con su hijo, Diego, para preparar parte de la cena de esa noche.

—No, cariño, está todo bien. Es sólo que Adán tiene que trabajar esta mañana y yo voy a ayudar a Cruz a limpiar su casa, por tanto, no puedo ir a comprar, y va a ir Eva, mientras que Vicenta y Dolores —que era la abuela de Adán—

se ocupan de preparar los entrantes y el postre para la cena, y, claro, si Diego está correteando por toda la casa no las va a dejar. Así que te toca hacer de canguro.

—Claro, sin problemas —aceptó

Jimena. Diego, el hijo de Adán y Eva, que gracias a Dios no se llamaba Abel ni Caín, a pesar de que Eva había insistido en ello, tenía dos años y era un Trasto. Con mayúsculas. Había sacado el carácter inquieto y travieso de su madre y era imparable. Tanto, que Jimena, Gadea y Kini, a quienes les tocaba cuidarlo a menudo, le habían puesto el apodo de *Atila*, porque por donde Diego pasaba no volvía a crecer la hierba—. ¿Puede subir Kini conmigo?

Gala miró a su hija con los ojos entornados antes de asentir.

—Gadea estará con vosotros para
ayudaros —ordenó.

—¡No! —jadeó la niña observando a su madre y a su hermana mayor.

Por nada del mundo quería hacer de carabina de Kini y Jimena. Era superincómodo,

porque

esos

dos

aprovechaban cualquier oportunidad que tenían para darse el lote. Y si ella estaba les cortarían el rollo. Y, joroba, puede que le gustara hacer rabiar a su hermana, pero también la quería un montón, igual que a Kini, y no quería fastidiarles la mañana.

—¡Sí! —exclamó Jimena mirándola suplicante.

Gadea

parpadeó

perpleja.

¿Su

hermana quería que los acompañara como una carabina? ¡Ver para creer!

—Pues vale, iré —aceptó Gadea sin verlo muy claro. Allí había gato encerrado.

6

Bajo exterior derecha, plaza de la Paja, 3, Madrid

9.22 horas

—He estado hablando con el jefe de estudios y con mi tutor —le comentó Kini a su abuelo mientras preparaba una olla con agua fría y sal gorda.

Gala los había invitado a cenar esa noche en su casa, con su familia y algunos vecinos, y Salvador, hombre de buenas costumbres y mejores modales,

no iba a ir con las manos vacías, ergo estaban preparando el plato madrileño favorito del anciano.

—Creo que lo tengo claro —

prosiguió el muchacho—. Voy a meterme en Biotecnología y, cuando me saque la carrera, haré el curso de Entomología Aplicada de la UNED. Y, a partir de ahí, ya veré cómo sigo. Pero me gustaría enfocarme a la entomología forense, me mola eso de pillar a los malos gracias a los bichos —dijo curvando los labios en una sonrisa soñadora—. Joder, abuelo, ¿de verdad tenemos que llevar caracoles esta

noche? —Miró disgustado los caracoles que había echado en la olla y que removía con las manos para limpiarlos y hacer que soltaran toda su baba.

—Esa boca, Joaquín —lo regañó el anciano en un acto reflejo, y el muchacho se apresuró a murmurar una disculpa mecánica—. No entiendo cómo te pueden dar asco unos simples caracoles cuando te pasas la vida recolectando insectos y estudiándolos.

—Pero los insectos no me los como.

Y, además, no sueltan mocos... —

masculló

sacando

las

manos

impregnadas de babas de caracol.

—Son muy buenos para la piel, así que te vendrán estupendamente para esas manos tan ásperas que tienes. —Señaló las manos de su nieto, que, debido a su afición a pasarse los días recolectando insectos, estaban casi siempre reseca y llenas de cortes y heriditas.

—Es por la alantoína y el colágeno

—explicó Kini cogiendo uno de los caracoles de la olla para observarlo más de cerca—.

Seguramente

estarán

estresados...

—¿Perdona? —Salvador dejó de picar la cebolla y se volvió hacia su nieto confundido. ¿A quién se refería

con eso?

—Los caracoles. Los hemos sacado de su hábitat para meterlos en agua helada, seguramente estarán estresados.

Y, si lo están, secretarán más proteínas y polisacáridos para reparar su piel y protegerse de las agresiones externas.

Y... —Se quedó pensativo un instante y luego salió apresurado de la cocina con el caracol en la mano—. ¡Ahora vengo!

—¿Cómo que ahora vienes?! No puedes dejar de remover los caracoles

—le recriminó su abuelo siguiéndolo.

—Será sólo un segundo —respondió Kini avanzando despistado por el

pasillo.

Y Salvador, alias *el Ogro*, no tuvo más remedio que hinchar el pecho orgulloso al entrar en el cuarto de estar

—que su nieto había reconvertido en laboratorio en el último año— y ver cómo el muchacho recogía con sumo cuidado la baba secretada por el caracol al borde de un ataque de nervios para ponerla sobre un cristal portaobjetos, cubrirla con otro y meterla bajo la lente del microscopio para observarla con atención.

Nadie diría que ese muchacho curioso y ávido por aprender era el

mismo

adolescente

arisco

y,

supuestamente, pésimo estudiante que se había mudado a su casa hacía más de tres años. Con tesón y no poco esfuerzo, había conseguido comprender y afrontar su marcada dislexia y el mal estudiante se había convertido en un alumno aventajado con un propósito claro: convertirse en un gran entomólogo. Y a Salvador no le cabía ninguna duda de que lo conseguiría. Eso, y todo lo que se propusiera.

—Puedo observar niveles altos de una sustancia que podría ser alantoína, pero necesitaría un reactivo para

asegurarme —murmuró Kini para sí—.

Y también necesito una muestra no contaminada

por

el

estrés

para

comprobar

que

los

niveles

son

superiores a lo normal. —Alzó la cabeza y miró a su abuelo con los ojos entornados—. ¿Dónde los compraste?

—En el mercado, por supuesto —

replicó el anciano divertido. ¿Dónde pensaba su nieto que había conseguido un kilo de caracoles? ¿En internet?

—Genial,

¿crees

que

todavía

tendrán? —musitó apuntando algo en una libreta para, acto seguido, volver a mirar por el visor del microscopio.

—Espero que no estés insinuando que vaya al mercado a comprarte un caracol sin estrés — comentó Salvador, viendo con diáfana claridad por dónde iban los pensamientos del muchacho.

Kini alzó de nuevo la vista y lo miró con ojos de corderito desamparado.

—Necesito un caracol desestresado para poder contrastar los niveles de alantoína entre ambos y comprobar si...

—No —lo interrumpió Salvador de plano.

—¿No?

—Tenemos muchas cosas que hacer y no podemos perder el tiempo yendo al

mercado; de hecho, por eso fui ayer a por los caracoles y no hoy. Además, dudo que hoy tengan caracoles; es día de marisco, cordero, besugo y animales similares...

—Vaya...

—masculló

Kini

frunciendo el ceño—. Bueno, estudiaré éste y mañana iré al mercado, tal vez encuentre caracoles que con un poco de suerte no estén muy estresados. O

también

puedo

crear

un

entorno

adecuado y dejar en él algunos de los que tenemos. Sí, eso será lo mejor. Tal vez si les doy tiempo y un espacio en el que se encuentren a salvo se desestresen

y pueda estudiarlos —comentó distraído buscando una caja de zapatos que fuera apropiada para crear un vivero—. Y así me dará tiempo a hablar mañana con mi profesor para que me oriente sobre los reactivos que necesito para...

—Mañana es Año Nuevo y tu

profesor no tendrá ganas de que le des la murga, porque es más que probable que se acueste tarde esta noche —lo interrumpió el Ogro.

La decepción fue claramente visible en el rostro del muchacho, aunque no tardó en recuperarse.

—Entonces la semana que viene.

Aunque no creo que sea concluyente, porque son caracoles de invernadero y seguramente estarán más estresados que los caracoles de campo. Incluso es probable que hayan sido reprogramados genéticamente —musitó volviendo a centrar la vista en el microscopio.

La apartó un instante del visor para apuntar en un pósito amarillo que en su próxima visita al campo en primavera debía buscar caracoles salvajes para completar su estudio. Luego lo pinchó en un tablero de corcho junto con otra docena de notas, notas que, por supuesto, revisaba cada vez que salía a

recolectar bichos.

—Me parece estupendo, pero ahora necesito que acabes de limpiar los caracoles. Ese que tienes reptando por la mesa incluido —señaló Salvador al gasterópodo que trataba de escapar para salvar su estresada vida.

—Pero...

—Joaquín, te prometo que la semana que viene te compraré una docena de caracoles para que los estudies, pero ahora necesito que los limpies.

—Voy —masculló el chico atrapando el caracol y yendo a la cocina.

Acababa de meter las manos en la

olla cuando sonó el teléfono. Su abuelo respondió al instante y, esbozando una ladina sonrisa, se lo colocó a su nieto en el hombro para que pudiera atraparlo contra la oreja sin sacar las manos del agua.

—Es Jimena. Por lo visto, os va a tocar hacer de niñeras esta mañana.

Kini lo miró sin comprender.

—¿Jime? ¿Qué pasa?

* * *

Una hora después, cuando acabó de limpiar los caracoles —todos menos ese

al que estaba investigando y del que se había hecho, en cierto modo, amigo— y de recoger su dormitorio, Kini salió por la puerta para ayudar a su novia y a la hermana de ésta a cuidar a un bebé muy activo.

Y Salvador no pudo menos que sonreír divertido, pues su nieto había hecho sus tareas rápido como una centella. Desde luego, no había mejor motivación que tener a la novia esperando en una casa, sola. O en compañía de Gadea, quien, Salvador lo sabía, no abriría la boca si su hermana y su novio desaparecían un ratito de su

vista.

Frunció

el

ceño

ante

ese

pensamiento.

Su

nieto

se

estaba

haciendo mayor, esperaba que tuviera cabeza y no hiciera locuras. Aunque...

era joven, igual que su novia, y eso llevaba implícito hacer locuras de vez en cuando. Así que, siendo consecuente con ese hecho, deseó que, si hacían lo que bajo ningún concepto debían hacer, al menos lo hicieran con conocimiento de causa y tomando precauciones.

Tercero

exterior

derecha,

plaza de la Paja, 3, Madrid 11.07 horas

—Y si ponemos éste aquí encima, ¡ya tenemos una supertorre de veinte pisos!

—exclamó Gadea con fingida emoción un segundo antes de que Diego derrumbara su construcción con el sencillo método de lanzarse contra ella.

Los bloques rojos, azules, verdes y amarillos salieron despedidos en todas

las direcciones, convirtiendo el suelo del salón en un peligroso mosaico multicolor, pues si alguien los pisaba se los clavaría en la sensible planta del pie, y por experiencia sabía que hacían mucho daño. Así que comenzó a guardarlos a la vez que le lanzaba una feroz mirada a Diego.

—¡A recoger! —le ordenó.

Y el niño, en lugar de obedecer, se tiró en plancha hacia ella.

Gadea tuvo el tiempo justo para agarrarlo antes de que se estampara contra el suelo, algo que al bebé le hizo tanta gracia que empezó a repetirlo sin

pausa. Lo cual en cierto modo era un alivio, porque la preadolescente estaba hasta las mismísimas narices de ejercer de arquitecto para que tirasen sus edificios antes incluso de terminarlos.

Aunque, claro, soportar que se lanzara sobre ella una docena de veces en cinco minutos también acabó por cansarla.

—¡Para ya, Diego! O te portas bien o me voy y te dejo con Jimena y con Kini

—lo amenazó.

Y, ya fuera porque lo asustó su tono enfadado o porque comprendió que si seguía molestándola acabaría pasando la mañana con la hermana gruñona y el

sofo de su novio, y que, por ende, se aburriría como una ostra, Diego decidió portarse bien. Más o menos.

—Eso está mejor —aceptó Gadea al ver que se sentaba en el suelo y la miraba impaciente—. ¿Qué te parece si ponemos un rato la tele? —Buscó un canal en el que dieran anuncios. Porque si había algo que conseguía calmar a Diego eran los anuncios.

Nadie sabía por qué, y tampoco había una explicación científica para ello, pero en el momento en que la publicidad llenaba la pantalla, el niño clavaba su atención en el televisor. Y si encima

tenían una canción pegadiza, como solía ser el caso, ya era la releche, porque comenzaba a mover el culete al ritmo de la música.

Gadea suspiró al ver que el crío se quedaba quieto. Aunque no era tan tonta como para pensar que esa tranquilidad iba a durar mucho. Giró la cabeza hacia el pasillo y centró la mirada en la puerta cerrada del despacho de Adán, que era donde estaban Jimena y Kini, muy probablemente dándose el lote.

Miró el reloj del móvil y se armó de valor para soportar los veinte minutos que le quedaban hasta completar la hora

que le había prometido a su hermana que cuidaría de Diego impidiendo que éste entrara a molestarlos.

Desde luego, qué difícil era ganarse el pan con el sudor de su frente. O, en este caso, los cinco euros que su hermana le había pagado por tener una hora tranquila. La próxima vez pensaba subirles la tarifa, cuidar a Diego era un verdadero tormento.

11.17 horas

Jimena

se

arqueó

contra

Kini,

arrancándole un jadeo y consiguiendo

que éste engarfiara los dedos que mantenía sobre su trasero a la vez que alzaba las caderas para lograr mayor intensidad en el frustrante roce.

Estaban tumbados en el viejo pero robusto sofá del despacho de Adán. O, mejor dicho, él estaba tumbado en el sofá y Jimena estaba tendida sobre él, entre sus piernas separadas, moviéndose como sólo ella sabía hacerlo y volviéndolo loco.

Se sentía arder mientras todo su cuerpo palpitaba al ritmo de la lengua femenina, que entraba en su boca, asediándola y robándole la cordura con

cada roce. Se tensó al sentir que le bajaba la cremallera de los vaqueros y, antes de que pudiera colar la mano, la detuvo haciendo acopio de una fuerza de voluntad que no sabía de dónde narices había sacado.

—Tenemos que parar —jadeó.

—¿Por qué? —inquirió ella melosa, mordisqueándole el cuello.

—Porque tu hermana está en el salón...

—susurró

permitiéndose

deslizar una de sus manos por el costado de la muchacha para acariciar el suave abultamiento de su pecho.

—Le he pagado para que no entre —

replicó Jimena volviendo a arquear su cuerpo.

Y Kini, no supo cómo, pudo contenerse

para

no

cambiar

las

posiciones, colocarse sobre ella y levantarle la escueta minifalda que se había puesto.

Pero no lo hizo. Y, joder, eso tenía que bastar para ganarse el cielo.

—Diego se le puede escapar y venir aquí... —Kini se incorporó sentándose, para, de paso, poner un poco de distancia entre ambos.

—Estará atenta, sabe que no le conviene cabrearne —contestó ella

inclinando la cabeza en un gesto tan coqueto y malicioso que él no pudo evitar besarla a conciencia.

—Tu hermana siempre te cabrea —le dijo al separarse—, es lo que más le gusta hacer en esta vida —afirmó. Y no le faltaba razón—. Si no deja que Diego se le escape y nos dé el coñazo es porque te quiere un montón.

—Y porque a ti te adora —añadió Jimena.

Y Kini sonrió, porque era verdad.

Gadea lo adoraba. Y él a ella. Era una cría encantadora. Además de que era muy imaginativa haciendo rabiar a su

hermana.

Jimena se inclinó sobre él y volvió a tratar de meterle mano. Y Kini estuvo tentado de dejarla. Y

de deslizar los dedos bajo la minifalda. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que se acariciaban así. Pero ya llevaban mucho rato allí encerrados y comenzaba a ser peligroso.

—Eva debe de estar a punto de regresar de la compra.

Y Jimena, comprendiendo que tenía razón, se apartó con un resoplido y ocupó el otro extremo del sofá, consciente de que, si seguían besándose,

llegarían a mayores.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo ante ese pensamiento. Pero no era tanto de anticipación como de nerviosismo.

Iban a hacerlo. Esa noche. Ya no había marcha atrás. Y eso le producía, además de una perturbadora excitación, una extraña angustia derivada de no saber qué iba a pasar ni cómo iban a hacerlo, ni si le iba a doler o si iba a...

Sacudió la cabeza, no quería pensar en eso.

—Sí, mejor lo dejamos, así esta noche tendremos más ganas —dijo fingiendo un entusiasmo que comenzaba

a no sentir.

Kini la miró preocupado. Era imposible que él tuviera más ganas de las que tenía ahora. ¡Se notaba a punto de reventar y le dolían los huevos lo que no estaba escrito! Aunque, sobre todo, se sentía lleno de dudas.

A pesar de los consejos de Calix, no estaba muy convencido de ser capaz de hacerlo sin hacerle daño a Jimena. Y no quería que su primera vez fuera un fiasco. Y seguro que lo sería si tenían que hacerlo en esa pensión de mala muerte, que probablemente ni siquiera cambiaban las sábanas de las camas

cuando se iban sus clientes.

—Tal vez deberíamos replantearnos lo de esta noche y dejarlo para otro momento —se atrevió a decir lo que llevaba pensando toda la semana. Más exactamente desde que, tras patearse medio Madrid buscando una pensión que no les pidiera ninguna documentación, dio con el antro al que iban a ir esa noche. Un antro que Jimena no había visto, pues ese día no había podido acompañarlo en la búsqueda.

—¿Qué pasa? ¿Lo has pensado mejor? —replicó ella herida en su orgullo al darse cuenta de que Kini no

tenía ganas de hacerlo. ¿Acaso no la deseaba tanto como ella a él?

—Claro que no, pero ya te dije que no me gustó nada la pensión. Era supercutre.

—Ya, seguro. Pues vale, si no quieres hacerlo, por mí perfecto. —Se encogió de hombros

fingiendo que no le importaba que él le diera largas, pero sí le importaba y mucho. Aunque, por otro lado, era un alivio no tener esa presión sobre ella. Porque si no lo hacían no podía meter la pata, y eso era extrañamente tranquilizador.

—A ver, Jime, claro que quiero estar

contigo, pero no en ese antro. —Y era verdad. Llevaba desde que empezaron a salir juntos, en realidad desde antes, pensando en tener sexo con ella, pero también le daba miedo meter la pata y hacerlo tan mal que Jimena no quisiera repetirlo nunca más. Y si encima el lugar no acompañaba, pues aún peor.

—Mientras tenga una cama —replicó Jimena enfadada, aunque no tanto con Kini como consigo misma por sentirse aliviada. ¿Estaba loca o qué? Él la rechazaba y ella, en lugar de cabrearse, se alegraba... ¡Era un despropósito!

—No sé, no me gustaría que nuestra

primera vez fuera en esa pensión. Ya te comenté que no estaba muy limpia, y que vi hormigas en el suelo y cucarachas muertas en el portal —insistió él con evidente

desagrado—.

Podríamos

esperar hasta que yo cumpla los dieciocho, entonces podré coger una habitación en un hotel...

—No es por nada, pero para que cumplas los dieciocho todavía faltan varios

meses

—contestó

Jimena

ocultando su inseguridad bajo una espesa e inoportuna capa de desdén.

—¿Y qué quieres que le haga? No puedo adelantar el tiempo a tu capricho

—estalló Kini, consciente de que ella tenía razón, pero también un poco harto de intentar hacer las cosas bien y que su novia, en lugar de entenderlo, se enfadara. ¡Joder, si alguien estaba cachondo y quería hacerlo en ese momento era él! Era a él a quien le dolían los huevos y el que se levantaba con los calzoncillos manchados todas las mañanas, no ella. ¡No tenía derecho a cabrearse sólo porque él quisiera hacerlo bien!

—¿A

mi

capricho?

—jadeó

indignada, y él, en respuesta, le sostuvo la mirada desafiante, dejándole bien

claro que esa vez no iba a dar su brazo a torcer—. Ya te he dicho que me parece de puta madre, no vamos a esa mierda de pensión y punto. O, aún mejor, podemos hacerlo en mi casa o en la de tu abuelo, ¿te parece eso menos cutre?

—le espetó enfadada.

—¿Qué coño te pasa? Estás siendo irracional —gruñó Kini tan cabreado como ella—. ¿Sabes lo que te digo? Que paso de seguir hablando de esto. No vamos a hacerlo en una pensión de mierda y mucho menos en casa. El sexo no es tan importante, prefiero seguir siendo virgen a que me castre tu madre o

mi abuelo me castigue para el resto de mi vida —sentenció con brusquedad.

—¡Pues haz lo que te dé la gana!

Paso de ti y de tu culo. Y si tú quieres esperar, perfecto, pero yo no tengo vocación de monja. De hecho, esta noche pienso irme de fiesta y pasármelo en grande sin ti —replicó furiosa, saltando del sofá al darse cuenta de que él le estaba dando largas porque no quería hacerlo, no porque no le gustara el sitio. Lo que en realidad le pasaba era que no la encontraba deseable. Sintió ganas de echarse a llorar.

—No digas chorradas, Jimena, voy a

ir contigo a la discoteca —afirmó Kini conteniendo apenas su enfado. Se puso en pie para quedar enfrente a ella.

—¿Estás seguro? Nada más lejos de mi intención que meterte en un antro. Y

la discoteca no es el Palace, que, por lo visto, es lo mínimo que aceptas para echar un polvo.

—No me jodas, Jimena —masculló Kini—.

Sabes

que

tengo

razón,

reconócelo.

—Sé que eres un gilipollas y no quieres hacerlo conmigo —lo cortó ella a punto de echarse a llorar—. Y me parece de puta madre, ¡yo tampoco

quiero hacerlo contigo! —exclamó antes de salir corriendo del cuarto.

—¡Joder! —explotó Kini yendo tras ella.

La atrapó un instante después, deteniéndola en mitad del pasillo con el sencillo método de envolverla entre sus brazos. Aunque en realidad no le resultó tan sencillo, porque ella se revolvió furiosa tratando de escapar.

—Jime, para... Por favor, tía, para.

No llores.

—No estoy llorando —gruñó ella sorbiendo con fuerza por la nariz.

—Claro que no —resopló él,

ganándose un intento de rodillazo en salva sea la parte—. ¡Joder, Jime! Si me revientas los huevos, no vamos a poder hacerlo nunca —exclamó con voz aguda, debido al susto.

Y Jimena se echó a reír.

Y él también.

Y entonces ella le pegó un fuerte empujón, apartándolo. Porque estaba enfadada y no pensaba dejar de estarlo por una estúpida broma.

—Vete a la mierda, Kini —dijo antes de dirigirse al salón y sentarse en el sofá junto a Gadea, quien la miró como si se hubiera vuelto de color verde.

—¿Qué os ha pasado? —inquirió la niña preocupada.

—¿Y

a

ti

qué

te

importa,

retromóguer? —bufó Jimena mirando de refilón a Kini, quien a su vez las observaba desde el pasillo.

—Vete a la porra, petarda —replicó su hermana volviéndose hacia él—.

¿Qué ha pasado?

—Que tu hermana es insoportable —

señaló el muchacho antes de dar media vuelta y salir de su vista.

—Tú sí que eres... —Jimena se calló al oír la puerta de la calle abrirse y cerrarse. Por lo visto, Kini se había

largado.

—Esta vez sí que has conseguido cabrearlo. —Gadea miró preocupada a su hermana, pues Kini rara vez se iba dejándola con la palabra en la boca. De hecho, el muchacho tenía más paciencia con ella que el santo Job.

—Es un idiota —murmuró Jimena altanera, el corazón dándole un vuelco al darse cuenta de que esa vez se había pasado de la raya y le había hecho daño de verdad.

Bueno, ya se le pasaría. Al fin y al cabo, siempre se le pasaba. Seguramente dentro de un par de horas subiría a

buscarla y sería como si no se hubieran enfadado, que era lo que siempre ocurría.

8

Camisería Castro, cerca de Alonso Martínez, Madrid

11.32 horas

—Así que Gala se ha quedado a ayudar a Cruz y, sobre todo, a tranquilizarlo hasta que llegue Bruno. —Iskra terminó de poner en antecedentes a Uriel, su compañero de trabajo y mejor amigo, de lo ocurrido esa mañana.

—¿Bruno todavía no ha aparecido por casa? —inquirió el apuesto moreno de ojos pícaros y sonrisa maliciosa—.

No me gustaría estar en la piel de Gala ahora mismo.

Cruz

se

vuelve

insoportable cuando está nervioso... Y

si Bruno no está, debe de estar al borde de un ataque de nervios.

—Y eso sin contar que la trabajadora social tiene que estar a punto de llegar

—comentó

Rodrigo

mirando

preocupado el teléfono, pues él también esperaba un whatsapp de su mujer en el que le indicara que todo iba bien en casa.

—Bruno llegará a tiempo, siempre lo hace —intervino Calix entrando en el

taller

donde

cosían

las

camisas

artesanales que eran la insignia de la Camisería Castro—. Oye, Iskra... ¿No querías salir a por un café? —le preguntó a su mujer, esbozando una sonrisa a medio camino entre el entusiasmo y la picardía.

Algo que puso en alerta a los dos maestros camiseros que allí había, quienes miraron intrigados a Calix para luego

fijar

la

vista

en

Iskra,

descubriendo que se había puesto roja como un tomate.

—¿Qué narices pasa aquí? —inquirió Uriel, poniendo voz a los pensamientos de Rodrigo.

—Nada —replicó Calix mientras Iskra se sonrojaba todavía más.

—Os traeré un café —dijo la muchacha sin molestarse en preguntar si lo querían. Se puso el

abrigo y salió apresurada.

Por supuesto, el café era sólo una excusa para salir a la farmacia y comprar un test de embarazo. Calix y ella habían acordado comprarlo sin decir nada a nadie para no sentirse presionados, o, mejor dicho, aún más presionados, por el resultado. Y hasta que regresaran a casa no iban a hacérselo, pues querían saber los resultados en la intimidad.

—¿No vas a contarnos qué ocurre?

—insistió Uriel, pues no era usual que Iskra fuera a media mañana a por cafés.

—Tal vez esta noche —dijo Calix nervioso antes de salir del taller.

Rodrigo y Uriel se miraron intrigados antes de dejar las camisas sobre la mesa y salir tras él. Lo encontraron revisando albaranes en el mostrador de la tienda.

Y tenía que estar muy nervioso, porque no hacía más que pasarlos una y otra vez, sin verlos.

—¿Algún problema? —le preguntó

Rodrigo muy serio.

—No, qué va. Por cierto, Uriel, Kini ha mandado un whatsapp al grupo preguntando si Kayla va a querer caracoles... —dijo cambiando de tema.

—Lo dudo. Kay es bastante especial con las comidas y no le gustan las cosas que reptan. Y a mí me parece estupendo, así me como yo los que le tocan a ella

—apuntó ladino—. ¿Y por qué ha salido Iskra tan apurada de la tienda? —Trató de retomar el tema.

—Le apetecía un café...

—Entonces debes de tener el don de la clarividencia, porque has sido tú

quien le ha dicho que fuera a por él —

señaló Rodrigo con toda lógica.

—Pues entonces ha ido a por café para mí. Eso es que me quiere mucho —

apuntó Calix fijando la vista en el monitor del ordenador, que, por cierto, estaba apagado—. ¿Sobre qué hora vais a llegar a casa? —le preguntó a Uriel sin

apartar

la

mirada

de

la

interesantísima visión que le ofrecía la pantalla en negro—. Iskra está deseando volver a ver a Avril y a Kayla. Las quiere muchísimo.

—Y ellas a Iskra, por eso me obligan a ir a la cena de esta noche. Hay que

joderse, cómo me la han jugado entre las tres. Y yo que pensaba que Iskra era de fiar, pero no. Es una arpía como todas las mujeres... —masculló al recordar la trampa que le había tendido Iskra al preguntarle directamente a Avril sin consultar antes con él, quien, por cierto, odiaba cualquier tipo de evento familiar.

Y con toda la gente que se iba a juntar esa noche, la cena iba a ser una macrofiesta familiar. ¡Qué maravilloso!

Le hacía una ilusión bárbara. Tanta que no sabía si cortarse las venas o dejárselas largas.

—No te quejes tanto, ya verás cómo

no será tan horrible como crees —dijo Calix risueño.

—Claro que no, será peor —

masculló Uriel fingiendo un escalofrío

—. Tal vez si me contaras qué es lo que os traéis entre manos Iskra y tú me sentiría más predisposto a ir a esa espantosa fiesta —probó suerte.

Calix suspiró y miró a Rodrigo en busca de ayuda.

—Si eso sirve para que Uriel esté más tranquilo, deberías decírselo. No sería de buen amigo disgustarlo en esta noche tan especial —afirmó muy serio el albino, poniéndose del lado de Uriel.

Calix arqueó una ceja antes de estallar en una insidiosa carcajada. Que Rodrigo y Uriel unieran sus fuerzas para sonsacarle era algo inaudito que no había ocurrido nunca.

—Esta

noche

hablamos

—les

prometió, deseando tener una buena noticia que darles.

Y a ellos no les quedó más remedio que aceptar su palabra.

Volvieron a sus quehaceres y poco después Iskra regresó a la tienda, el test de embarazo bien guardado en el bolso.

Sonrió a Calix y le dio un suave beso en los labios antes de dirigirse al taller.

Entró allí, se quitó el abrigo, dejó el bolso en el perchero y ocupó su lugar en la mesa bajo la atenta y perspícaz mirada de sus compañeros de trabajo.

—¿Por qué me miráis así? —les preguntó sonrojada.

—Has dicho que ibas a por cafés...

—señaló Rodrigo.

Ella asintió con un gesto, sin entender por qué remarcaba eso.

—¿Y dónde están? —inquirió Uriel.

—¿Dónde están qué? —replicó ella sin comprender.

—Los cafés...

—Me los he bebido —improvisó,
porque lo cierto era que se le habían olvidado.

—Los cuatro...

—Tenía mucha sed.

—Niña mala... Dinos qué ocultas —
le requirió Uriel.

—¡No
puedo!

¡Es

un

secreto

gordísimo que a lo peor ni siquiera es!

¡O a lo mejor sí! ¡Pero no lo sé! Y por eso no puedo decíroslo. Porque, si no es, no quiero

compartirlo, y si sí es, entonces sí quiero compartirlo y os lo diré esta noche sin falta. Pero primero tenemos que saber sí es o no es Calix y yo. Y nadie más, porque es muy

importante y muy bueno, y muy íntimo, y muy maravilloso y... ¡Estoy deseando salir de trabajar! —exclamó dando palmas entusiasmada. Luego, tan de repente como había empezado, dejó de dar palmas y comenzó a coser en silente tranquilidad.

Uriel

y

Rodrigo

se

miraron

confundidos

por

su

estallido

y

acordaron, tras un silencio tácito, no seguir preguntando, no fuera a ser que acabaran tan locos como ella.

13.47 horas

—Era Gala, todo ha ido perfecto —los informó Rodrigo en el mismo momento en que colgó el teléfono—. La trabajadora social se presentó diez minutos después de que Bruno llegará, lo que le dio tiempo a Cruz a relajarse, aunque no estaba demasiado nervioso, pues Eva le había hecho tomar uno de los

bebedizos

de

Paco

—dijo

refiriéndose al jefe de Eva, a quien le encantaba hacer infusiones con hierbas raras.

—No me jodas que le han dado una de sus pócimas... —murmuró Calix preocupado, pues una de las últimas

infusiones había incluido, entre otras plantas de diversa índole, hojas de marihuana, y Cruz, además de calmarse, se había agarrado un globo tremendo.

—En esta ocasión Gala se ha asegurado de que no contenía ninguna hierba ilegal ni alucinógena —señaló Rodrigo, rezando porque así fuera.

—Ni afrodisíaca, espero —apuntó Uriel, que hacía pocos meses había sido tan ingenuo de probar uno de los brebajes de Paco y había acabado batiendo su récord de polvos en una sola noche, y, joder, su anterior marca eran nueve. Había necesitado una semana

para recuperarse—. No es plan de que haga la entrevista con la trabajadora social con una erección del quince.

—¿Por qué no? Siempre puede disimularla —indicó Iskra.

—¿Ves, querida?, por eso intenté que no te casarás con Calix. Si piensas que una erección puede disimularse sin más es porque los diminutos atributos de Calix dejan mucho que desear... —dijo Uriel malicioso, ganándose una colleja del rubio. A la que, para no ser menos, respondió con un codazo en las costillas que a su vez desembocó en que Calix le revolviere el pelo, lo que llevó a Uriel a

darle un pellizco en el culo.

Calix estaba a punto de replicar con un contundente tirón de pelo cuando Rodrigo dio por zanjada la pelea, por otro lado de lo más usual en ellos, con el simple método de continuar hablando en voz baja y amenazadora.

—Y, por si a alguno de los niños malcriados aquí presentes le interesa saberlo, Gala me ha asegurado que la trabajadora social se ha mostrado muy complacida con el barrio. Imagino que eso

es

porque

los

vecinos

descerebrados que habitan en él están aquí, en mi camisería, amargándome la existencia. —Los miró amenazador.

—En realidad no son malcriados ni descerebrados, sólo un poco revoltosos

—saltó Iskra en su defensa.

—¿Un poco? Calix es un capullo integral —afirmó Uriel dándole una colleja a Calix. Y éste, por supuesto, se la devolvió, lo que tuvo como consecuencia que recibiera un nuevo pellizco en el

trasero, algo que, por supuesto, Calix no iba a permitir que quedara impune...

—¿Decías? —Rodrigo se volvió hacia Iskra mientras sus empleados, supuestamente

hombres

hechos

y

derechos, se peleaban al más puro estilo de los luchadores de sumo.

9

Dominios de la Reina del Infierno, sótano del club El Lirio Negro, Madrid

14.36 horas

Nada más entrar en los aposentos privados de Avril, Uriel supo que pasaba algo. Y no es que fuera algo difícil de discernir, al contrario. Era algo notorio y, en cierto modo, aterrador.

Olía

a

comida.

Más

exactamente a comida quemada, o, más

bien, carbonizada. Y eso no dejaba de ser increíble, pues su reina no cocinaba.

Jamás de los jamases. De hecho, dudaba que supiera cocinar, lo que convertía ese extraño olor en algo especialmente peligroso. Aunque tal vez no era ella quien estaba en la cocina. Quizá era Kaos, uno de sus socios. O Julio, el otro.

Atravesó el pasillo presuroso y abrió la puerta de la cocina para resolver el gran misterio. Y en ese momento una tremenda humarada pasó sobre él para extenderse por el pasillo como una peste bíblica. Parpadeó un par de veces antes

de poder ver algo a través de la niebla pestilente que llenaba la cocina y entonces vio las llamas que asomaban con timidez sobre los bordes de la sartén renegrida, mientras la campana extractora se esforzaba, sin conseguirlo, en succionar parte del humo que provocaban.

Y en medio de esa locura estaba su chica.

Ataviada

con

unas

holgadas

bermudas militares, camiseta verde musgo y unas Converse marrones, se había recogido su larga melena castaña en una coleta floja y se protegía tras la

tapa de una cacerola mientras miraba amenazadora la sartén en llamas.

—¡Joder! —Uriel atravesó veloz la cocina para arrancarle a su reina la tapa que usaba de escudo y sofocar con ella el fuego. Luego echó la sartén y su carbonizado contenido en la pila y se apresuró a recorrer a Avril con las manos y los ojos en busca de quemaduras. Él sabía lo que dolía quemarse, o, en su caso, que lo quemaran, y no quería que ella pasara por ese trance—. ¿Qué narices estás haciendo?

—Quemar la comida —replicó ella

con voz gélida.

—De eso ya me he dado cuenta —

bufó Uriel observando con los ojos entornados el desaguisado que había allí montado—. ¿Qué estás cocinando? —

inquirió asomándose a una olla que borboteaba con fuerza y que parecía contener un... brebaje asqueroso.

—Consomé de pescado.

Uriel parpadeó. Eso se parecía a un caldo de pescado lo mismo que él a una acelga.

—Ah. ¿Y qué había en la sartén? —

inquirió dejando a un lado la masa cenagosa que contenía la olla.

—El sofrito.

Uriel la miró confundido.

—El sofrito se hace antes de echar el pescado y el agua —señaló.

—El orden de los factores no altera el producto —replicó ella.

—Disiento. El orden de los factores sí altera el producto, sobre todo si éste acaba incinerado... Y, a todo esto,

¿cómo has hecho para que las verduras estallen en llamas? —inquirió Uriel.

Que él supiera, la cebolla, los ajos y el tomate no ardían con facilidad.

—Les prendí fuego —replicó Avril.

—¿Por qué?

—Me cabrearon.

—¿Cómo? Es decir..., son verduras, no pueden cabrearte...

—Lo hicieron. Amenazaron con quemarse, así que me anticipé y les prendí fuego.

Uriel volvió a parpadear.

—No lo estás diciendo en serio —

afirmó tras pensarlo un instante.

—¿Tú qué crees? —replicó Avril con voz glacial.

—¿Sinceramente? Creo que me

quieres tanto que estás dispuesta a provocar un incendio para darme una excusa que me evite ir a esa estúpida

cena a la que te empeñas que asistamos.

Avril arqueó una ceja y, en respuesta, Uriel sonrió ladino.

—No hace falta que hagas nada para cenar, ya se ocuparán Gala y sus amigas de tener bien surtida la mesa —apuntó abrazándola para, acto seguido, besarla en los labios—. ¿Te apetece comer en el italiano?

—inquirió

al

separarse,

observando con atención la encimera llena de alimentos a medio pelar, trocear o machacar. Joder, aquello parecía el matadero de un loco.

—Ya he hecho la comida.

Uriel la miró reticente y ella, en

respuesta, señaló el microondas. Él lo abrió casi con miedo y respiró aliviado al ver que se había limitado a calentar lasaña congelada.

—Tiene una pinta estupenda, sobre todo si lo comparamos con ese mejunje que estás cocinando —apuntó mordaz.

—Cuidado, Uriel, mi paciencia tiene un límite.

—Y a mí me encanta sobrepasarlo —

replicó él besándola en la nariz antes de sacar la lasaña del microondas, servirla en dos platos y dirigirse a la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Avril confundida, pues siempre comían en la cocina.

—Al dormitorio, por supuesto, aquí corremos el riesgo de envenenarnos con el humo tóxico que sale de esa olla. —

Señaló la cazuela que contenía el consomé de pescado, o algo no muy parecido a eso—. Entiendo que no les tengas mucho aprecio a mis amigos, en realidad hay ocasiones en las que a mí tampoco me caen muy bien... Pero me parece de una crueldad excesiva envenenarlos justo el día de Nochevieja.

Tal vez deberías dejarlo para un poco más tarde, por ejemplo, en San Valentín

—señaló insidioso.

Avril miró malhumorada a su amante, luego a la olla y de nuevo a su amante.

—¿Insinúas que mi consomé no tiene buena pinta?

—No insinúo nada, lo afirmo.

—No deberías contrariarme —

señaló ella amenazante.

—Me gusta vivir al filo del abismo

—replicó Uriel saliendo al pasillo—.

Coge unos tenedores y un par de botellas de agua, comeremos en la cama.

Avril miró el desastre que había a su alrededor, el caldo borboteante, que no podía oler peor, y al hombre que la esperaba sonriente en el pasillo. No lo

pensó dos veces. Apagó el fuego y fue tras Uriel.

—¿Eres consciente de que voy a tener que castigarte por despreciar mi comida? —le advirtió al entrar en el inmenso dormitorio.

—Por supuesto, y ésa es otra de las razones por las que prefiero comer aquí y, por tanto, tener la cama a mano... —

dijo ladino, pues no había nada que lo excitara más que los imaginativos castigos de su reina.

10

Primero

interior

derecha,

plaza de la Paja, 3, Madrid 14.42 horas

—¿Cuánto tarda en salir la respuesta?,

¿lo sabes? —preguntó Calix mirando con inquietud el aparato parecido a un bolígrafo que les diría si iban a ser uno más en la familia o no. Estaba sentado en la cama de matrimonio, frente a Iskra.

Entre ellos, el test de embarazo que ésta acababa de hacerse.

—No sé, ¿cinco minutos? —musitó Iskra por decir algo, porque lo cierto era que, con los nervios, se le había olvidado leer las instrucciones más allá de lo importante, es decir: una raya, resultado negativo; dos rayas, estaba embarazada.

—¿Y cuántos han pasado?

—Uno —replicó ella mirando el test de embarazo con fijeza, como si sólo con el poder de su mente pudiera hacer que se pusieran en rojo los dos marcadores.

—Vale.

Iskra se frotó las manos para

mantenerlas ocupadas y no coger el test al ver que se coloreaba la primera línea.

—¿Qué significa esa raya? —susurró Calix sin apartar la mirada del chisme.

Estaba seguro de que Iskra le había explicado la mecánica del asunto, pero no era capaz de recordarla. ¿Una sola raya era que sí o era que no?

—Es la comprobación de que el test es correcto.

—Vale —susurró casi sin aliento al ver que la segunda rayita empezaba a colorearse. Esperó unos segundos, no más de treinta, que sin embargo se le hicieron eternos—. ¿Cuántos minutos

han pasado ya?

—Creo que dos. —Iskra se llevó la mano al corazón al ver que la segunda línea se tornaba cada vez más oscura.

—¿Las rayas pueden borrarse? —

inquirió Calix tratando de contener su alegría—. Quiero decir, una vez marcadas no se borrarán, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Cuánto falta para que se cumplan los cinco minutos?

—Ni idea. No los estoy contando.

Pero debemos de llevar ya tres o así...

Guardaron silencio durante lo que les parecieron un par de horas, pero que en

realidad fueron tres minutos, y al ver que las dos rayitas seguían ahí, sin borrarse ni hacerse más leves, una sonrisa

entusiasmada

comenzó

a

dibujarse en los labios de ambos.

—Creo que ya no va a cambiar —

murmuró Calix deslizando con ternura los dedos sobre el vientre de su mujer.

—Yo también lo creo —convino ella sujetándole la mano y apretándola contra su tripa lisa. Lo miró con los ojos brillantes por la emoción—. Papá...

—Mamá... —susurró él en respuesta antes de darle un lento beso en los labios.

Un beso que se tornó apasionado cuando las lenguas entraron en juego, resbalando

una

sobre

otra

y

acariciándose mutuamente mientras sus dueños se tendían sobre la cama. Las manos encontraron

los puntos que los hacían

gemir

y

la

ropa

pronto

desapareció de sus cuerpos, dejándolos expuestos a las caricias de dedos, labios y dientes.

Calix frotó la mejilla contra la tripa plana e incluso un poco cóncava de su mujer. Pronto se llenaría con el cuerpecito de su hijo. Joder. ¡Iba a ser padre! Una incontenible carcajada de

pura felicidad escapó de sus labios, contagiándose a los de Iskra, hasta que los dos acabaron retozando en la cama mientras alternaban risas y besos.

Se embebieron el uno en el otro, acariciando y besando cada centímetro de sus cuerpos, porque en ese momento lo único importante era estar juntos, piel con piel. Fundirse uno con el otro hasta ser uno solo. Algo que sucedió cuando Calix se hundió profundamente en ella y comenzó

a

moverse

despacio,

saboreando los gemidos de su esposa y empapándose con la visión de su rostro arrebatado por el placer.

11

Bajo exterior derecha, plaza de la Paja, 3, Madrid

15.27 horas

—¿Se os ha fastidiado el plan de esta noche? —indagó Salvador preocupado, pues su nieto llevaba desde por la mañana con la cara larga de quien está muy disgustado.

—¿Qué

plan?

—jadeó

Kini

apartando la mirada del microscopio para fijarla en su abuelo, sus mejillas coloreadas al saberse pillado con las manos en la masa.

—El de ir a la discoteca —explicó Salvador mirándolo pasmado. ¿A qué venía esa reacción?

—Ah, ese plan —respiró aliviado al comprender que no los había pillado.

¡Menos mal!

—Sí, ¿acaso tenías otro?

—No, qué va. En absoluto —rechazó Kini con tanto énfasis que su abuelo lo miró alarmado—. No sé si acabaré saliendo esta noche. Jimena y yo nos hemos enfadado. —Bajó la cabeza abatido.

—Seguro que no es tan grave como crees —señaló Salvador arrastrando una silla para sentarse a su lado frente a la mesa.

—Sí que lo es. —Kini clavó la vista en el caracol que había sido indultado esa mañana y que ahora reptaba feliz, y muy tranquilo, por la caja llena de lechuga fresca que le había preparado.

—¿Quieres contármelo?

Kini negó con la cabeza.

—¿Has hecho algo que no debías? —

musitó el anciano preocupado, pues jamás había visto a su nieto tan alicaído.

O en realidad, sí. Lo había visto igual de

alicaído el día que su padre lo dejó allí con una maleta diciéndole que iba a pasar un par de meses con el abuelo. Y

de eso hacía ya más de tres años.

—Ni de coña —resopló Kini

cabreado. ¡Si él supiera! Era justo por negarse a hacer lo que no debía por lo que Jimena se había enfadado.

—A veces los chicos jóvenes como vosotros discuten...

—Y también los mayores —lo

interrumpió Kini con evidente sarcasmo, pues sus padres, antes de desaparecer de su vida, se pasaban el día discutiendo. Y

no precisamente en silencio.

—Y parece que no va a solucionarse nunca, pero no es así —continuó Salvador, haciendo caso omiso del inciso de su nieto, pues sabía por dónde iba, y sacar a colación a su hijo y a su nuera nunca era buena idea—. Los muchachos como vosotros tenéis toda la vida por delante y, si ponéis un poco de empeño y dejáis de lado vuestro orgullo, que de eso tú tienes mucho y Jimena aún más, seguro que podréis solucionarlo.

—Estoy harto de ceder. Esta vez tengo razón y ella está siendo irracional.

No pienso subir a verla. Le toca bajar a ella.

—Pues como ella piense lo mismo que tú, vais apañados —resopló Salvador arqueando una ceja.

Y el caracol, quizá por pura casualidad o tal vez porque se sentía interesado en los consejos del anciano, alzó uno de sus cuernecitos imitándolo.

—No es justo que siempre tenga que ser yo quien pida perdón —protestó el muchacho.

—¿Siempre?

Kini,

que

nos

conocemos. Y si Jimena es cabezota, tú lo eres más...

—Pero esta vez tengo razón y no pienso disculparme —se obcecó.

—Nadie dice que tengas que disculparte.

Kini miró a su abuelo intrigado.

—Sube a buscarla y habla con ella como un adulto. Nadie tiene que pedir perdón a nadie, tal vez sea sólo cuestión de dialogar, exponer vuestros diferentes puntos de vista y llegar a un acuerdo.

—Con Jimena es imposible llegar a ningún acuerdo —masculló enfadado, marchándose al salón.

Encendió el televisor, se sentó en el sofá y fingió prestar toda su atención a la película que emitían.

Y Salvador, que lo conocía bien, se

sentó en el sillón orejero y lo dejó rumiar su enfado, consciente de que al final acabaría entrando en razón y subiría a hablar con su novia. La cuestión era si su novia se avendría a ser civilizada y hablar con él como una adulta, algo que, en ocasiones, no era.

Suspiró.

Divina

juventud,

qué

felicidad haberla dejado atrás.

Se

mantuvieron

silentes

varios

minutos. Kini ensimismado en sus pensamientos y Salvador en observar de refilón a su nieto. Hasta que sonó el teléfono, sobresaltándolos.

Kini saltó raudo y veloz del sofá y

corrió hacia el mueble en el que estaba el aparato, seguro de que se trataba de Jimena. Quizá lo había pensado mejor y llamaba para decirle que sentía haber sido tan absurda, o lo mismo llamaba para echarle la bronca por cualquier chorrada que se le hubiera ocurrido, con ella cualquier cosa era posible. De hecho, sería más bien la segunda opción, porque Jimena era incapaz de pedir perdón

y

reconocer

que

estaba

equivocada. En lugar de eso prefería montar un drama que dejara de lado la discusión y hacer como si no hubiera pasado nada, que era la única manera

que conocía ella de disculparse. Y a él eso ya le iba bien, porque, al llamar, era ella quien cedía y daba el primer paso para la reconciliación, por lo que su orgullo quedaba intacto y podía discutir, o, como decía su abuelo, dialogar en busca de una solución.

Levantó el auricular del teléfono con una ilusión que no era capaz de contener y contestó. Y en el momento en que su interlocutor se presentó se le cayó el mundo a los pies.

—Te paso con el abuelo —dijo encrespado volviéndose hacia Salvador, los labios apretados en un rictus

colérico que no presagiaba nada bueno.

Se paró en mitad del movimiento y frunció el ceño, más enfadado aún si cabe—. ¿Y de qué coño quieres hablar conmigo? —resopló crispado—. No me jodas con esa mierda, papá. Que yo sepa, he sido tu hijo desde que nací y llevas desde el verano sin llamarme.

Joder, si llegas a despistarte un día más, no hablamos hasta el año que viene, batiendo

nuestro

puto

récord

de

llamadas, que, si mal no recuerdo, está en dos al año. —Se calló un instante y del auricular emanó la voz grave y furiosa de un adulto que exigía a gritos

que lo tratara con respeto—. El respeto hay que ganárselo —recitó una de las frases favoritas de su abuelo—, así que te hablo como me da la puta gana.

—Joaquín... —lo llamó su abuelo, y él paró de hablar para mirarlo—. Si gritas e insultas, pierdes la razón, aunque la tengas. —Le recordó otra de sus frases insignia a la vez que posaba una mano sobre su hombro en un gesto de apoyo.

—Vale —dijo, y no supo a quién, si a ese padre casi desconocido al que hacía más de dos años que no veía o al abuelo que le había dado más amor, fuerza y

estabilidad en el tiempo que llevaba viviendo con él que ninguno de sus progenitores en toda su vida.

Y su padre aprovechó esa inesperada tregua para hacer las preguntas más típicas e innecesarias que un padre puede hacer a un hijo con el que lleva mucho tiempo sin hablar. ¿Cómo estaba?

¿Qué tal los estudios? ¿Cómo lo llevaba con el abuelo?

—Mejor que con vosotros, al menos él

me

quiere

—resopló

Kini

respondiendo a la última pregunta, a lo que su padre se apresuró a protestar para luego echarles la culpa a sus

horarios imposibles y a su trabajo asfixiante de que no pudiera llamar más a menudo—. Déjalo,

papá, no me interesa nada de lo que puedas decirme.

Doy por felicitado el año y os deseo a mamá y a ti felices fiestas. ¿Te vale así?

¿Ya puedo dejar de fingir que somos una familia que incluso se quiere un poco y colgar? — resopló sarcástico.

Se apartó el teléfono de la oreja para tendérselo a su abuelo, pero se quedó petrificado al oír el motivo por el cual su padre llamaba.

—¿Qué? —musitó perplejo; su cara, una máscara de desaliento que iba

tornándose más y más pálida conforme su padre hablaba—. Vaya. Qué...

inesperado. Sí. Claro, me parece estupendo de la muerte.

Aunque a su padre no debió de parecerle muy sincero, porque volvió a insistir en lo que fuera que le estaba diciendo.

—Sí, en serio, me parece cojonudo, papá, de verdad —señaló de nuevo Kini; sus ojos, vacíos de cualquier emoción—. Gracias por acordarte de que todavía existo y decírmelo en primicia. Te deseo que seas muy feliz, y a mamá igual. Dile que me doy por

enterado, no hace falta que se moleste en llamarme —dijo para, acto seguido, colgar el teléfono con excesiva fuerza.

—Joaquín, ¿qué ha pasado? —le preguntó su abuelo preocupado.

—Nada que no me esperara —dijo el muchacho sorbiendo por la nariz en un intento frustrado de no derramar las lágrimas que se le acumulaban en los ojos—. Voy un rato a la calle a... a recolectar insectos...

—Joaquín, cuéntamelo —le ordenó Salvador—. ¿Qué ha hecho tu padre ahora?

Y, como si lo hubieran conjurado, el

teléfono volvió a sonar y Salvador intuyó quién era. Su hijo no llamaba a menudo, pero cuando lo hacía siempre quería ser quien dijera la última palabra.

—Seguro que es él —masculló el muchacho—. Ojalá se muera. Él y mi madre. —Se dio media vuelta, agarró la cazadora que estaba en la silla y se dirigió a la salida—. Volveré dentro de un rato.

Salvador asintió, consciente de que, fuera lo que fuese lo que le había contado, le había impactado tanto que necesitaba estar solo para asimilarlo.

Observó

el

teléfono

enfadado

y

descolgó.

12

Habitación de la Reina del Infierno, sótano del club El Lirio Negro, Madrid

16.07 horas

Uriel se aferró con fuerza a las correas de cuero que le sujetaban las muñecas al cabecero de la cama y se mordió los labios para evitar suplicarle a su reina que lo dejara llegar al final.

Esa tarde estaba siendo más perversa que de costumbre. Y eso que siempre era muy, pero que muy perversa. Y muy imaginativa.

Y

absolutamente

maravillosa.

—¿Tal vez te divierten mis caricias?

—exigió saber Avril al verlo sonreír.

—Tanto como que un perro me muerda las pelotas —resopló Uriel sin borrar de su cara la soñadora sonrisa que había esbozado al pensar en la mujer que estaba arrodillada entre sus piernas separadas.

Llevaban juntos dos años, y su vida había dado un giro radical. Ya nadie lo perseguía ni lo atormentaba, conservaba su trabajo y era valorado por su jefe,

tenía amigos en los que confiaba y que a la vez confiaban en él, y vivía con una mujer que lo llenaba y lo completaba hasta el punto de no poder imaginarse la vida sin ella. Su reina. Su amada. Su fierecilla nunca domada.

Avril enarcó una ceja ante su irreverente respuesta y, como castigo, le pasó las uñas por el tronco del pene.

Aunque en realidad no fue un castigo, sino una recompensa por su rebeldía, pues ese roce abrasivo era la única caricia que él era capaz de sentir en ese momento.

Tensó los brazos y arqueó la espalda,

alzando las caderas para ofrecerle su polla en tributo. Y ella, en respuesta, deslizó las uñas hasta la base e, ignorando su muda petición, continuó bajando para trazar un sendero entre sus muslos.

Y Uriel no pudo hacer otra cosa más que gruñir. Porque la muy malvada le había enfundado la verga con un preservativo de látex grueso que limitaba, y mucho, las sensaciones que llegaban a su polla cuando lo tocaba. De ahí que sus uñas fueran lo único que podía sentir. De hecho, ni siquiera las sentía como arañazos, sino como

caricias. Unas caricias tan suaves que resultaban frustrantes. Y muy excitantes.

Y que lo mantenían al borde del abismo desde hacía tanto tiempo que su cordura comenzaba a peligrar.

Algo con lo que Avril ya contaba.

Ella transitó los dedos por sus muslos,

disfrutando

del

agradable

cosquilleo que le provocaba en las yemas el vello hirsuto de las piernas de su amante. Subió por sus caderas, ignorando la erección que se alzaba quejumbrosa en su funda de látex negro, y arrastró las uñas por su vientre en una sensual caricia que hizo que el hombre

corcoveara de placer.

—Joder, Avril, hazlo ya —gruño Uriel, incapaz de resistir su erótico acoso un segundo más.

—¿Te parece ésa una manera de hablarle a tu reina? —inquirió ella con voz helada, continuando el ascenso ajena a los deseos de su favorito.

—No voy a suplicar...

—No espero menos de ti —replicó con evidente orgullo.

Y Uriel, picado por su afirmación, tomó una larga bocanada de aire y se obligó

a

calmarse.

No

pensaba

decepcionar a su reina. Aunque le

costara la cordura.

Avril sonrió complacida. Adoraba a ese hombre. Su fuerza. Su orgullosa rebeldía y su falta de modestia. Su irreverencia y su voluntad. La manera en que sus músculos se contraían cuando pasaba los dedos sobre ellos. Cómo jadeaba y gruñía bajo sus caricias. Su excitación sin límites con que sólo lo tocara. Su furiosa contención cuando batallaban en la cama. Y, sobre todo, su determinación a resistir más de lo que ella pudiera darle.

No había nada que le gustara más que llevarlo más allá del límite.

Y no había nada de lo que él disfrutara más que de ser llevado al límite.

Se sacudió excitado, toda contención olvidada, cuando ella alcanzó sus endurecidas tetillas y las apretó entre los dedos, arrancándole gemidos de placer y dolor, consiguiendo que su pene palpitara entusiasmado dentro de su funda de látex. Porque sabía lo que venía a continuación.

Cerró los ojos cuando ella bajó la cabeza y acarició con la lengua el tatuaje que se había hecho sobre el corazón hacía ya un año. Era una corona.

La corona de la Reina del Infierno. De la mujer a la que amaba más que a su vida, la única capaz de completarlo.

Se estremeció al sentir que lo liberaba de la funda que lo estrangulaba y comenzaba a masturbarlo sin dejar de mordisquearle el pecho. Echó hacia atrás la cabeza y arqueó el cuello, exponiéndolo a ella. Y ella aceptó su regalo.

Le acarició el tatuaje con su nombre que llevaba en un lateral del cuello y se montó sobre él, taladrándose con su polla. Se frotó libidinosa contra el vello recortado de su pubis y, cuando ninguno

de los dos pudo soportarlo más, comenzó a moverse.

Y Uriel sacudió las caderas saliendo a su encuentro en una danza ancestral que no tardó en descontrolarse y llevarlos al abismo entre jadeos y gruñidos. Un abismo en el que ella cayó emitiendo un quedo jadeo que lanzó a Uriel a un intenso clímax.

Se quedaron en silencio, ella sobre él, disfrutando del tacto de sus pieles y el aroma de sus esencias mezclándose en el aire.

—¿Estás segura de que quieres desatarme? —susurró Uriel varios

minutos después, cuando sintió los dedos de Avril moviéndose sobre las muñequeras

acolchadas

que

lo

inmovilizaban a la cama—. Podríamos aprovechar la coyuntura y pasar una noche de locura...

Entornó los ojos con pereza y la miró lascivo,

prometiéndole

placer

sin

límites.

—No vas a escaquearte de la cena —

lo informó ella a la vez que le pellizcaba con saña una tetilla.

Su fiero, aguerrido y valiente amante llevaba

quince

días

tratando

de

enredarla para que no fueran a la cena

de Nochevieja a la que estaban invitados, y comenzaba a cansarse.

Oh, sí, entendía que a Uriel no le gustaran las multitudes, en realidad a ella tampoco le hacían gracia. Pero en esa cena iban a estar rodeados de gente que los quería y a la que querían. Gente que lo había apoyado en sus peores momentos y que jamás lo había dejado tirado. Personas en las que Uriel había aprendido a confiar y que a su vez confiaban en él. Había llegado la hora de quitarse el miedo a reunirse con la familia, pues eso eran sus amigos, una familia, y comenzar a vivir por completo

de una vez.

Némesis ya no podía hacerle daño.

El horrible ser que lo había atormentado durante siete años había desaparecido y él había aprendido a vivir con sus errores y a perdonarse sus pecados. Era hora de que dejara de evitar formar parte de la familia que habían formado sus amigos y a la que, lo quisiera o no, pertenecía.

—No entiendo a qué viene esa obsesión con cenar con treinta personas en una casa en la que no caben ni cinco

—gruñó Uriel malhumorado.

—No somos treinta, y en casa de

Rodrigo caben muchos más de cinco —

replicó ella acabando de soltarlo. Luego se tumbó en su lado de la cama, dándole la espalda—. Aún nos quedan un par de horas para ir a buscar a Kayla, aprovecha para descansar un rato.

—Pero es que no quiero descansar...

Quiero follar —sentenció deslizando la mano por la lisa tripa de su reina en dirección a su vientre depilado.

—Acabas de follar...

—No. Acabas de follarme, que es distinto. Ahora quiero follarte yo a ti —

susurró mordisqueándole la nuca.

Avril se removió en la cama hasta

quedar enfrentada a él.

—Va a ser una noche perfecta...

Deja de preocuparte.

Y él, en respuesta, soltó un sentido suspiro y apoyó su frente en la de ella.

—No estoy preocupado. Sé que lo vamos a pasar genial. Pero hace tanto tiempo que no celebro la Navidad con nadie

que...

—Frunció

el

ceño

silenciando sus palabras y con ellas sus miedos, y, sin pensarlo demasiado, la besó.

Prefería usar los labios y la lengua en algo mucho más placentero.

Y Avril le permitió sumirse en el

silencio. No le hacían falta sus palabras para saber qué pensaba. Qué sentía.

Las

Navidades

pasadas

había

consentido que las pasaran solos, o, mejor dicho, solos con Kayla, su hija, porque sabía que Uriel necesitaba más tiempo para aceptar que no estaba solo y que sus amigos lo querían por quien era, sin importarles su pasado, sus pecados ni sus aristas. Para aceptar que no iba a perderlos por muy capullo que fuera.

Para acostumbrarse a que en su reducido mundo de una persona ahora había muchas más. Y que todas deseaban compartir los buenos y los malos

momentos con él.

Sí. Había necesitado tiempo para aceptar todo eso, pero ese tiempo había llegado a su fin. Ya no iba a seguir consintiendo que se mantuviera al margen.

Continuaron besándose un buen rato, hasta que, sin pretenderlo, Uriel consiguió lo que en realidad no se había propuesto. Le hizo el amor con suavidad, gozando de su tacto y de sus besos, hundiéndose en ella hasta que no cupo siquiera el aire entre ellos.

La llevó al orgasmo con pausada resolución y ella gritó su nombre y él se perdió en sus ojos aguamarina.

Poco después se apartó de encima de ella para no agobiarla con su peso y, siguiendo un impulso, la giró de espaldas a él y volvió a penetrarla. No pretendía volver a hacer el amor, hasta él necesitaba un tiempo de descanso tras dos orgasmos tan seguidos, pero se resistía a abandonar su calor. Así que la abrazó pegándole la espalda y el trasero a su torso y a su vientre y se dejó acunar por el sueño.

Y, mientras éste lo iba seduciendo, deslizó la mano por el vientre femenino y acarició con las yemas de los dedos el

dragón que tenía tatuado en el pubis y que cubría la cicatriz de la cesárea que había permitido nacer a Kayla, la maravillosa y única hija de la mujer a la que amaba.

Una niña a la que, aunque no fuera suya, quería como si lo fuera.

13

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 16.11 horas

—Entonces ¿os ha dicho más o menos cuánto puede tardar todo el proceso? —

se interesó Dolores, la nonagenaria abuela de Adán, mientras comprobaba que la lombarda cocía adecuadamente.

Si no contaba con las ensaladas, que harían al momento, y el cordero, que pondrían a asar sobre las ocho, la

lombarda era la última elaboración que faltaba por hacer del menú de Nochevieja. Lo que significaba que gastronómicamente ya estaba todo listo.

Ahora quedaba todo lo demás...

—Unos

años,

no

sabemos

exactamente cuántos, pero por lo menos tres o cuatro. Seguramente más —

respondió Bruno—. Depende mucho del país en el que adoptemos a nuestro hijo.

—No es nada fácil —musitó Cruz acabando de colocar el marisco en la fuente. Era galerista y tenía un marcado sentido de la estética y una pésima mano guisando, por lo que había sido eximido

de cocinar a cambio de que lo emplatará todo. Y lo cierto era que ninguno de ellos había visto nunca manjares tan bien servidos—. Hay diversos países en los que no podemos adoptar por el hecho de ser gais; en realidad, en muchos ni siquiera reconocen nuestro matrimonio. ¿Qué pasa? ¿Que por ser dos hombres no podemos amarnos?

¿Acaso creen que no tenemos amor que dar a nuestro hijo? ¿Que no lo sabremos educar o que no encontrará en nosotros un buen ejemplo? ¡Es tan injusto! —

estalló malhumorado.

—Lo

importante

es

que

la

trabajadora social ha quedado encantada con vosotros y que habéis dado un nuevo paso adelante en la adopción —señaló Eva abrazando a su amigo.

—Ahora sólo quedan mil más... —

suspiró Cruz.

—Poquito a poquito se llega a todas partes —afirmó Vicenta, que también estaba allí.

De hecho, se podía decir que habían tomado por asalto la casa de Gala y Rodrigo. Al fin y al cabo, era Nochevieja y ninguno quería estar solo en la suya hasta que diera la hora de la cena, por lo que, una vez hechas las

tareas, habían bajado a ayudar a la anfitriona. Y a Gala eso le parecía estupendo, pues no había nada más aburrido que fregar en soledad la cristalería y la vajilla que sólo usaban una vez al año. Además, Cruz tenía mucha mano para decorar la mesa, y Adán y Bruno solían ser muy obedientes cuando les ordenaban acarrear trastos a un lado y a otro. De hecho, ya habían sacado los sillones de la casa para guardarlos en el antiguo piso de Gala, que estaba en ese mismo edificio, y así dejar el salón diáfano. Ahora sólo les quedaban montar las borriquetas que

Vicenta había pedido prestadas a sus amigos del Campo de la Cebada y montar una mesa con la puerta que Bruno acababa de desencajar de sus goznes, pues la mesa en la que Rodrigo, Gala y las niñas comían habitualmente no era suficientemente grande para acogerlos a todos.

No iban a ser treinta, como temía Uriel, pero sí iban a llegar a los veinte.

—¿Me equivoco o huele a lombarda?

—Rodrigo arrugó la nariz disgustado por el fuerte olor al entrar en la cocina seguido de Adán, pues ambos habían ido a casa de éste a recopilar sillas para la

cena.

—Sí, señor, estoy haciendo mi famosa lombarda con pasas y manzana

—señaló Dolores orgullosa.

—Eso me parecía —aceptó el albino

—. Pero hay algo que me tiene confundido... Si la lombarda es el plato con el que vas a agasajarnos en la cena,

¿por qué no lo has hecho en tu casa igual que has hecho la sopa de almendras? —

inquirió refiriéndose al sabroso dulce madrileño.

—Porque la sopa de almendras huele de maravilla, mientras que la lombarda apesta, y prefiero que apeste tu casa y no

la mía —respondió la anciana sin molestarse en inventar una mentira piadosa.

—Interesante —murmuró Rodrigo sin saber qué contestar a tanta sinceridad.

—Es la ventaja de hacerse vieja.

Hacemos y decimos lo que nos da la gana y nadie se atreve a quejarse —lo informó Vicenta—. Ya te darás cuenta de eso cuando llegues a nuestra edad.

—No creo que sea necesario esperar tanto. Eva ya hace eso y no ha cumplido los cuarenta — señaló Adán, ganándose un cucharonazo de su abuela.

—¡Au! ¿Qué pasa? Se supone que os

lleváis mal, ¿recuerdas?

—Por supuesto que nos llevamos mal

—afirmó Dolores muy erguida, y Eva, a su lado, dio fe de sus palabras asintiendo con la cabeza —. Pero con mi nuera sólo me meto yo. Que no se te olvide —lo regañó.

—Mujeres... Da igual la edad que tengan, es imposible comprenderlas —

resopló

Bruno—. ¡Au! —exclamó

dolorido cuando su marido le asestó una colleja—. ¿Y eso a qué ha venido?

—Eso, por meterte con nosotras —

replicó

orgullosa

Cruz

antes

de

ordenarle

que

recolocara

las

borriquetas, la mesa y las sillas porque no le gustaba cómo las habían situado.

Y, ya que estaban moviendo cosas, que también movieran un poco el mueble a la derecha para guardar la simetría del conjunto, algo que no tenía ahora y que molestaba muchísimo a Gala.

Eso, por supuesto, ocasionó una feroz discusión. Por un lado, Bruno, Adán y Rodrigo, que se

negaban a dejarse la espalda moviendo un mueble de madera maciza y, por el otro, Eva, Vicenta, Cruz,

Dolores

y

Gala,

que

se

mantuvieron firmes en sus deseos.

—¡¿Estáis sordos o qué?! —gritó de

repente Jimena, callándolos a todos de golpe—. Llevan un rato llamando a la puerta...

—Pues abre —le dijo su madre arqueando una ceja.

—Claro. Cuida de Diego, limpia el cuarto, haz la cama, recoge el baño, barre la terraza y ahora también abre la puerta. ¡No soy la criada! Estoy harta de que me tratéis como a una esclava —

gruñó malhumorada la adolescente, dirigiéndose a la puerta seguida de su hermana y de un pequeño torpedo con alas en los pies que resultó ser el hijo de Adán y Eva.

—Que estés enfadada con tu novio no significa que tengamos que aguantar tu mal humor, así que guárdatelo para ti —

le murmuró su madre reteniéndola por el brazo cuando pasó junto a ella.

Jimena se sintió enrojecer. Y si no contestó fue porque Gala se lo había dicho al oído y sin que nadie se enterase, y si replicaba a gritos, que era lo que tenía ganas de hacer, todos se enterarían. Y, la verdad, no le apetecía.

Así que puso cara de «estoy muy cabreada, no me hables» y enfiló belicosa hacia la puerta.

Es que, de verdad, había que

jorobarse con su madre. ¿Cómo había descubierto que se había enfadado con Kini? Ella no había dicho nada de nada.

Y Gadea, por una puñetera vez en su vida, también había mantenido el pico cerrado.

Abrió la puerta malhumorada y se encontró con las miradas radiantes y las sonrisas luminosas de Iskra y Calix.

—¿Has discutido con Kini? —

inquirió al instante él al ver el rostro enfurecido de su amiga y sus ojos hinchados por haber estado llorando.

—¿Qué pasa? ¿Lo llevo escrito en la cara? —explotó la adolescente.

—Más o menos —replicó Calix molesto por su estallido—. ¿Problemas en el paraíso? ¿O tal vez el problema es que esa discoteca a la que pensáis ir es un sitio de mala muerte al que tu novio no quiere ir porque no le parece...

adecuado? —dijo críptico, y Jimena decidió que iba a matar a Kini por bocazas. Porque estaba claro que Calix no hablaba de la discoteca, sino de la pensión. Y si lo sabía era porque Kini se lo había contado. ¡Joder!

—No sé de qué coño me hablas.

—Como te oiga mamá hablar así, te la vas a ganar —la avisó Gadea de buena voluntad.

—Que te den por culo —gruñó Jimena dándose media vuelta para regresar a su cuarto.

Y en ese momento se tropezó con Diego, que, como siempre, seguía a su hermana como un perrito faldero.

Cayó de bruces al suelo, con la mala pata de que, al empujar al niño, éste había soltado la pieza de Mega Bloks que llevaba en la mano, que fue la que ella se clavó dolorosamente en la rodilla.

—¡Joder! ¡Estoy harta de no poder andar por mi propia casa sin chocarme

con

nadie!

—estalló

levantándose

furiosa y echando a correr hacia su cuarto con la cabeza baja para que nadie la viera llorar.

Aunque, por supuesto, eso no evitó que todos se dieran cuenta de lo que le pasaba.

* * *

—Jimena... —la llamó su madre desde el otro lado de la puerta, que acababa de cerrar con un tremendo golpe.

—Déjame

en

paz...

—sollozó

avergonzada por no ser capaz de dejar de llorar.

Un segundo después, su madre, haciendo lo que hacen todas las madres del mundo mundial cuando sus hijos lloran, ignoró su orden y entró en el cuarto. Lo atravesó en silencio y se sentó en la cama, en la que la niña estaba tumbada boca abajo, llorando amargamente. Le puso la mano en la espalda y comenzó a acariciarla despacio, sin decir nada. Un movimiento suave y extrañamente consolador que consiguió que la adolescente se relajara y las lágrimas dejaran de brotar. Al

menos, la mayoría de ellas.

—Kini ya no me quiere... —Hundió la cara en la almohada.

—Sabes que eso no es verdad. Kini te adora —susurró Gala tumbándose a su lado.

—No —señaló Jimena con un hipido, deseando poder contarle a su madre que Kini la había rechazado cuando le había dicho que quería hacerlo con él. Pero, claro, ¿cómo iba a contarle eso? —. No quiere que vayamos a... la discoteca —

dijo en su lugar.

—¿A esa discoteca a la que van a ir tus amigas?

Jimena asintió moviendo la cabeza contra la almohada.

—¿Te ha dicho por qué? —susurró con calma Gala, pues confiaba más en el juicio de Kini que en el de su hija. Y si el muchacho no quería ir allí por algo sería...

Jimena volvió a asentir con un movimiento de la cabeza, pero no dijo nada.

—Y tú sí quieres ir —señaló la madre, y no era una pregunta.

La adolescente asintió de nuevo, aunque de repente se paró y comenzó a negar con la cabeza. Porque la verdad

era que no sabía si quería ir. Es decir, sí, claro que quería ir. Pero... si estaba sucia o tenía bichos como decía Kini, entonces no quería ir. Oh, joroba, no sabía lo que quería hacer. Y a sus dudas se les sumaba que se sentía rechazada por el chico al que quería. Y no lo entendía. Ella estaba deseando estar con él..., ¿por qué él no quería estar con ella?

—Tal vez a Kini esa discoteca no le guste porque le parezca insegura, o porque piense que te va a disgustar o que lo vais a pasar mal —señaló en ese momento Gala.

Y Jimena se dio cuenta de que su madre podía tener razón. De que quizá Kini no la estaba rechazando, sino que no le gustaba la pensión. De hecho, eso era lo que le había dicho. Pero ella, como siempre, se había obcecado en que iban a hacerlo y no lo había escuchado.

Seguramente él quería que fuera un momento especial en un lugar especial, y ella había estado tan nerviosa y preocupada por lo que iban a hacer, por el paso que iban a dar, por lo que iba a dolerle y por cómo se las iba a apañar para no quedar como una niña inútil cuando estuvieran metidos en materia,

que no había prestado atención a nada más. Y a él no le había dejado otro remedio que enfadarse y rechazarla.

Levantó la cabeza de la almohada.

—Dice que está sucia y que tiene bichos...

—Vaya. Una discoteca sucia y con bichos no es agradable —señaló Gala, un poco extrañada porque Kini se hubiera fijado en eso. Aunque, claro, quería ser entomólogo, siempre se fijaba en los insectos.

Jimena asintió con la cabeza, su cerebro a mil revoluciones por minuto, porque había metido la pata hasta el

fondo. ¡Ahora su madre no la dejaría ir a la discoteca porque le había dicho que era un antro asqueroso y, por tanto, además de no poder hacerlo con Kini, se iba a quedar sin salir con sus amigas!

¿Cómo podía ser tan idiota?

—Pero no está sucia ni tiene bichos

—se apresuró a decir—. Lo que le pasa a Kini es que no le gustan las multitudes y por eso no quiere que vayamos...

Gala miró a su hija con los ojos entornados, pues no llegaba a creerse que Kini usara subterfugios como que la discoteca estaba sucia o con bichos para evitar ir. Aunque, claro, también

conocía a su hija y cuando se le metía algo en la cabeza era imposible hacerla desistir de ello. Y lo cierto era que Kini odiaba las multitudes. Era demasiado tímido e introvertido para que le gustara juntarse con mucha gente.

—Tal vez deberías bajar a hablar con él y tratar de llegar a un acuerdo.

Podéis ir un rato y volver pronto a casa... —apuntó. Algo que desde luego sería lo mejor, porque no le hacía ninguna gracia que su hija de dieciséis años estuviera de cachondeo toda la noche.

—¡No! Quiero decir..., yo quiero

estar todo el tiempo que estén Anuja, Xiao y Malena, pero lo que voy a hacer es decirle a Kini que no lo voy a dejar solo y que no estaré todo el rato en la pista

bailando

—improvisó.

Sin

embargo, según lo dijo, se dio cuenta de que eso era lo que tenía que hacer.

Porque Kini odiaba las discotecas y si iba era por ella. Y ella no se lo iba a premiar ignorándolo. Al contrario, se lo llevaría

a

un

reservado

y

lo

recompensaría por ser tan maravilloso.

—Está bien, de todas maneras, te quiero en casa a las cuatro —ordenó Gala.

—Jo, mamá, a mis amigas las dejan hasta las ocho para que puedan desayunar churros por ahí...

—Pues tú los desayunas en casa.

—Anda, *porfa*, déjame hasta las siete... Voy a estar con mis amigas y con Kini, y la discoteca está aquí al lado, y tendré el móvil cargado hasta los topes y encendido para que puedas llamarme —dijo rezando para sus adentros para que no la llamara—.

Porfa...

—A las cinco.

—A las seis.

—Las cinco, y es mi última oferta —

señaló Gala mirándola muy seria.

—Vaaaale —bufó Jimena.

—Vamos, lávate esa cara, péinate y baja a buscar a tu novio —dijo con cariño a la vez que se levantaba de la cama.

Y Jimena, sin pensarlo dos veces, se lanzó a sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Te quiero un montón, mamá —dijo antes de estamparle un enorme beso en la mejilla. Y luego,

sin esperar un segundo más, salió corriendo al baño.

Cuando pocos minutos después entró en el salón parecía otra. Tenía la cara

resplandeciente tras habérsela lavado con agua fría, gélida más bien, y los ojos casi habían perdido toda la hinchazón.

Se había puesto unos vaqueros, las deportivas viejas y una camiseta. No era nada del otro mundo, pero tampoco iban a salir de casa y, además, ya se pondría su vestido nuevo cuando llegara la hora de la cena. Y estaba deseando que Kini se lo viera, porque estaba segura de que se iba a caer de culo de la impresión.

—Parece que todo está resuelto —

comentó Calix cortándole el paso.

—Casi todo, voy a cantarle las cuarenta a Kini y luego todo estará bien

—dijo socarrona.

—No se las cantes muy alto, sabes que

tiene

razón

—señaló

Calix

dedicándole una intensa mirada que la hizo enrojecer.

—¿Qué te ha contado? —susurró furiosa.

—Nada. Pero no hace mucho que tuve vuestra edad y sé lo que es... tener ganas —dijo en un murmullo que sólo ella pudo oír—. Hazle caso, Jime; Kini tiene mucho más sentido común que tú.

—¿Estás insinuando que yo no soy responsable?

—Estoy diciendo que eres demasiado

impulsiva para tu bien...

Y la niña se desinfló, porque tenía razón.

—Vale. Le haré caso. ¿Contento? —

repuso a la defensiva. Y él asintió con un gesto.

—Bueno... Ahora que Jimena ya está aquí, Iskra y yo queremos hacer un anuncio —dijo Calix sonriendo de oreja a oreja y silenciando todas las conversaciones. Le tendió la mano a su esposa y ésta se apresuró a entrelazar los dedos con los de él y a apoyar la cabeza en su hombro en un gesto de amor que no pasó desapercibido a nadie

—. Bueno..., pues... —Se calló sin saber bien cómo anunciarlo.

Y eso que pocos minutos antes se lo había dicho por teléfono a sus padres, los cuales, como no podía ser de otra manera, montaron una gran algarabía.

Cosa que no hizo Pavel, el padrino mafioso

de

Iskra,

quien

felicitó

efusivamente a Iskra para luego decirle a él que debía cuidar mucho a su niña, recordándole de paso lo que le sucedería si por algún motivo hacía llorar a su ahijada. Y, joder, ese recordatorio no era necesario. Era imposible que Calix olvidara jamás

dicha

amenaza

disfrazada

de

advertencia. Era demasiado... explícita.

Y dolorosa. Y espantosa para tomarla a la ligera.

Pero ahora no estaba hablando por teléfono con sus padres ni con Pavel.

Ahora estaba cara a cara con todos sus amigos... y no sabía cómo abordar la noticia.

Así que Iskra se ocupó de ello.

—¡Vamos a ser papás! —estalló soltándole la mano para aplaudir entusiasmada.

—¡No! ¡Cuánto me alegro! —Eva se apresuró a abrazarla, por lo que

acabaron saltando las dos. En realidad, las seis, porque Jimena, Gadea, Gala y Cruz no tardaron en unirse a la fiesta.

—¡Madre mía! ¡Vas a ser mamá! ¡Es *fantabuloso*! ¡Yo seré tía putativa! —

exclamó Cruz frenéticamente feliz.

Y mientras las mujeres, incluidas las ancianas ahora que habían dejado de saltar, se abrazaban y lloraban, los hombres felicitaban a Calix dándole palmadas en la espalda y haciendo bromas.

Las mujeres comenzaron a cuchichear entre sí y de repente Iskra exclamó:

—¡Tú también!

Y todos los allí presentes se volvieron hacia Eva, quien sonreía de oreja a oreja a la vez que asentía.

—Estoy de poco más de dos meses...

—¡Va a ser un año maravilloso! —

exclamó Cruz abrazando a Eva, y pronto se les unieron todas las demás, mientras que los hombres palmeaban ahora a Adán.

Jimena se empapó feliz de la alegría que reinaba en el salón, abrazó y besó a Adán, Eva, Iskra y Calix y, cuando todo comenzó a tranquilizarse, se escabulló para ir a buscar a Kini, algo que no les pasó desapercibido a Calix ni a Gala,

quienes sonrieron complacidos. Esa pareja estaban hechos el uno para el otro, sólo tenían —sobre todo Jimena—

que aprender a limar un poco su carácter.

* * *

—¿Se lo has dicho ya a Uriel? —le preguntó Rodrigo a Calix, y Adán, que conocía bien a Uriel y lo apreciaba más de lo que éste imaginaba, se acercó preocupado, pues sabía por dónde iban los tiros.

—Todavía no. Íbamos a esperar a la

noche para decíroslo a todos a la vez, pero Iskra ha pensado que Uriel no se sentiría cómodo con este jolgorio.

—Y tiene razón. Si llega a estar aquí cuando las chicas han empezado a saltar, abrazarse, besarse y felicitarse, lo habría pasado fatal —convino Adán, pues todos sabían que Uriel y las muestras de afecto eran una muy mala combinación.

—Le va a dar algo cuando se entere

—comentó Calix preocupado, pues ya no era sólo que Cruz y Bruno se hubieran decidido a adoptar; ahora Uriel también tendría que asumir el embarazo

de Eva y el de Iskra, con la que además trabajaba y que por tanto vería a diario.

No quería ni pensarlo.

Le había costado años superar la muerte de su hijo nonato. Habían pasado nueve años desde que el bebé había muerto en el vientre de su madre cuando ésta se suicidó, y aún no era capaz de interactuar normalmente con los niños ni con los adolescentes. De hecho, seguía manteniéndose apartado de ellos. Lo asustaba quererlos y todavía le daba más miedo que lo quisieran y acabar decepcionándolos. Sólo había una niña que había conseguido romper su duro

caparazón y colarse en su corazón.

Kayla. La hija de la Reina del Infierno. Una niña dulce y cariñosa con síndrome de Down que se había convertido en uno de los pilares de Uriel, y también en la persona a la que más quería en el mundo junto con su madre.

Y por eso mismo Iskra y él habían decidido contárselo durante la cena, cuando estuvieran Kayla y Avril apoyándolo.

14

Escalera entre el primero y el bajo, plaza de la Paja, 3, Madrid

16.39 horas

Jimena se detuvo dubitativa en el rellano entre el primero y el bajo. No estaba acostumbrada a disculparse, de hecho, le fastidiaba muchísimo hacerlo, aunque no tuviera razón, como era el caso. Y

eso no quería decir que no fuera a disculparse. Lo haría, por supuesto.

Pero no tenía por qué hacerlo tan directamente. Es decir, joroba, era muy humillante eso de bajar y pedir perdón.

Prefería hacerlo soterradamente, y seguro que Kini no se enfadaba por eso.

Al fin y al cabo, la conocía bien.

Así que se sentó en un escalón, sacó el móvil del bolsillo y escribió un whatsapp, que borró antes de mandarlo.

Lo pensó un instante y escribió otro. Que también borró. Resopló enfurruñada, ¡no podía ser tan complicado! Así que decidió no darle más vueltas al asunto y hacer como si no hubiera pasado nada.

¿Te ape subir un rato

a casa a jugar a la Wii?

Al instante se marcó el doble *check* gris que indicaba que el teléfono de Kini había recibido el whatsapp.

Esperó unos segundos a que se tornara azul, que era la confirmación de que lo había leído. Pero eso no pasó.

Aunque eso no significaba que no lo hubiera leído, pues podría hacerlo a través de las notificaciones del teléfono sin abrir el WhatsApp, de modo que no saliera dicha confirmación. Por tanto, lo intentó de nuevo, segura de que lo estaba leyendo en secreto.

Oye, Kini, siento lo de antes. Me parece bien

que no vayamos.

Lo envió, recibiendo el doble *check* gris a los dos segundos. Pero nada más.

¡Sería capullo! Así que quería hacerla sufrir, pues se iba a enterar. No pensaba volver a escribirle un whatsapp en su vida.

Esa resolución le duró tres minutos, en los que él siguió sin dar señales de vida.

Kini, contesta. No

seas cabrón, ya te he

dicho que lo siento.

Eres un capullo. Te van a dar por culo como

no contestes.

Cojonudo, tío, por mí

te puedes ir a la mierda y

rapidito, que ya me

sobras.

Observó con los ojos entornados la pantalla del móvil, tan cabreada que su pecho se hinchaba agitado con cada respiración. Era un capullo integral. Y

se iba a enterar.

Sin pensarlo un segundo más, marcó su número y llamó. Y esperó. Y siguió esperando. Y la llamada se cortó sin que nadie contestara. Así que, echando humo

por las orejas, bajó el tramo de escaleras que le quedaba hasta el bajo y se dirigió como una locomotora a todo gas a la puerta de su novio. Tocó el timbre. O, mejor dicho, dejó el dedo

pegado a él.

Y pocos segundos después abrió Salvador.

—¿Está Kini? —le preguntó al anciano, conteniendo apenas su mal humor.

—Ha salido a recolectar insectos.

—Sí, claro... Y yo soy idiota. No es por nada, pero hace demasiado frío para ir a buscar bichos
—replicó Jimena

indignada. ¿Le había dicho a su abuelo que no la dejara entrar? Joder, no se lo podía creer.

—Lo sé, pero es lo que me ha dicho.

¿Eres tú quien acaba de llamarlo al móvil?

—La

adolescente

asintió,

comenzando a preocuparse al percatarse del gesto serio, y en cierto modo atormentado, del abuelo
—. Se lo ha dejado en su cuarto. Ha salido con bastante prisa —señaló disculpando a su nieto a la
vez que abría del todo la puerta y le indicaba con un gesto que entrara—. Pasa. Puedes esperarlo
en el comedor viendo la tele, seguro que lo

anima verte aquí cuando regrese.

Jimena lo siguió alterada. No era normal ver al viejo Ogro tan abatido.

—¿Ha pasado algo? —preguntó

inquieta tomándolo de la arrugada mano.

—Ha llamado mi hijo... Y no eran buenas noticias. Al menos, no para Kini.

—Mierda... —musitó Jimena.

—Sí, una mierda bien grande —

masculló Salvador asustándola todavía más, porque el anciano jamás de los jamases usaba ese
tipo de expresiones.

—¿Qué le ha dicho? —inquirió la muchacha, pero cuando el abuelo fue a contárselo, lo cortó—:
No, da igual.

Voy a buscarlo, ya me lo contará él —

dijo dando media vuelta para salir de casa.

—Se ha ido hace más de una hora y no me ha dicho dónde iba a estar... —

señaló Salvador angustiado.

Jimena se volvió y miró sonriente al anciano.

—Yo siempre sé dónde encontrarlo

—afirmó antes de salir del piso.

Dos minutos después entraba en su casa para cambiarse la camiseta por un jersey grueso y agarrar el plumas. Acto seguido, regresó a la puerta.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —la

interceptó Gala, a quien nada le pasaba desapercibido en su casa. Y la cara demudada de su hija menos que nada.

—A buscar a Kini.

—Pero ¿no habías bajado ya a eso?

—Sí, pero ha hablado con su padre y se ha ido y voy a buscarlo —contestó Jimena impaciente al ver que Calix se acercaba. Joder, no tenía tiempo para dar explicaciones. ¡Kini estaba solo y sufriendo y ella no estaba con él! ¡¿Es que no se daban cuenta?! —

—Vaya por Dios... ¿No podrían haberle dejado pasar la Nochevieja en paz? —resopló Gala enfadada, pues

estaba al corriente de la tensa relación, o de la falta de ésta, que mantenía el muchacho con sus padres—. ¿Y qué le ha dicho?

—No lo sé. Voy a buscarlo y te lo cuento, ¿vale? —replicó molesta a la vez que la esquivaba para salir de casa.

—Voy a hablar con Salvador, a ver si me entero de qué ha pasado —

comentó Calix, quien había seguido la conversación de cerca.

Jardín del Huerto de las Monjas, calle Sacramento,

Madrid

17.02 horas

Jimena rodeó la fuente con los tres querubines que se levantaban en el centro del Huerto de las Monjas y se internó entre las isletas de matorrales bajos y pelados por el invierno hasta llegar a

un banco medio oculto entre éstas.

Y allí estaba él.

Sentado con las piernas estiradas y los

tobillos

cruzados,

la

cabeza

inclinada hacia atrás, mirando al infinito y las manos metidas en los bolsillos de

la cazadora. Los labios apretados en un furioso rictus y los ojos brillantes por las lágrimas que se negaba a derramar.

—Hola... —lo saludó situándose frente a él.

Kini no movió su postura, excepto para poner la cabeza recta y mirarla.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Siempre vienes aquí cuando estás disgustado con tus padres o conmigo. Y

hoy lo estás con ambos —musitó bajando la mirada al suelo avergonzada, aunque no tardó ni un segundo en volver a mirarlo a los ojos.

—¿Te ha contado mi abuelo la última

genialidad de mis viejos?

—No. Sólo me ha dicho que habías hablado con ellos.

Kini asintió, pero en lugar de decirle lo que había pasado se mantuvo silente.

Estaba demasiado furioso para hablar.

Estaba enfadado con ella. Con sus padres. Con la vida en general. Todo era una puta mierda.

—Te he mandado varios whatsapps

—comentó Jimena para llenar el silencio.

—Y te has cabreado al ver que no te contestaba

—intuyó

Kini

con

mordacidad.

—Pues sí, ¿para qué negarlo? —

replicó ella altanera—. Ya sabes el genio que tengo...

—Joder, que si lo sé.

—Lo siento...

—¿Sientes tener genio? —inquirió confundido, por sus disculpas y por el gesto abatido con que se las ofrecía. Y, joroba, él no quería verla abatida. Se negaba. Su chica era una guerrera con mucho carácter, no una princesita triste

—. No me jodas, Jime, me gusta tu genio.

—¡Ya lo sé! No siento tener genio.

Siento haberme pasado contigo esta

mañana —murmuró antes de agregar—: Y esta tarde, en los whatsapps. —Ya puesta a disculparse, mejor lo hacía por todo a la vez, o le tocaría volver a pedirle perdón cuando los leyera.

—Vale —aceptó Kini encogiéndose de hombros para volver a mirar al cielo.

—No. No vale —resopló Jimena, a quien no le gustaba su actitud derrotista

—. He sido una capulla y lo siento un montón. Pensé que no me querías... y me cabreé.

—¿Cómo puedes pensar eso? —

gruñó Kini comenzando a sentir de nuevo, pues hasta hacía unos minutos

estaba como muerto—. ¡Joder, Jime!

¡¿Cómo puedes pensar algo así?! —gritó cabreado saltando del banco para enfrentarse a ella de pie, en igualdad de condiciones.

—Porque

no

querías

hacerlo

conmigo...

—Claro que quiero. No pienso en otra cosa durante todo el día. Sin parar

—gimió llevándose las manos a la cabeza para hundirlas en su pelo tieso y retirárselo de la cara
—. Pero no así. No en una...

—Pensión de mala muerte, sucia y llena de bichos —acabó la frase por él

—. Lo sé. He tardado, pero al final he comprendido por qué no querías... —

Bajó la mirada al suelo—. Me obcequé en que no querías hacerlo conmigo porque ya no me querías... y no escuché nada más, lo siento.

Y de repente se vio envuelta en los cálidos y cariñosos brazos de su chico.

—Te quiero, Jime. Muchísimo. No lo dudes nunca —ordenó pegando los labios a su pelo castaño.

—Y yo también a ti, Kini. Te quiero tanto que me da miedo, porque sólo quiero estar contigo... Y a veces pienso que tal vez tú no quieras estar

conmigo...

—Claro que quiero, tía —afirmó sentándose en el banco y arrastrándola con él hasta que quedó sobre su regazo.

Le acarició con ternura las mejillas, retirándole la larga melena de la cara para, acto seguido, bajar sus labios hasta los de ella y besarla. Y se sintió de nuevo vivo. De nuevo en paz. Con ella abrazándolo, sus labios aceptándolo y su lengua acariciándolo.

Cuando se separaron, la bola de cemento que pesaba en sus estómagos y en sus corazones se había convertido en suaves plumas que los acariciaban. Al

menos hasta que Jimena volvió a tensarse entre sus brazos.

—Oye, Kini... Sobre los whatsapps que te he mandado esta tarde...

—Mejor los borro sin leerlos,

¿verdad? —dijo él, pues la conocía demasiado bien y sabía lo que podía encontrarse en ellos.

—Sí, mejor. De hecho, los voy a borrar yo ahora mismo. —Sacó el móvil del bolsillo.

Pero él se lo quitó de las manos y volvió a besarla. Porque lo cierto era que esos mensajes le daban exactamente lo mismo. Los leería y se reiría de ellos

y de lo enfadada que era su chica, pero ahora mismo lo que quería era besarla y tenerla entre sus brazos, y si estaba ocupada con el móvil no podía hacerlo.

—Déjame que los borre —exigió ella arrancándole el móvil de las manos cuando pararon de besarse para respirar de nuevo.

—¿Tienes miedo de que los lea? No te preocupes, ya sé que eres una arpía.

No me voy a asustar por lo que sea que hayas puesto...

—Eres un capullo.

—Me viene de familia. —La abrazó de nuevo y hundió la cara en su cuello.

—¿Qué ha pasado? —le susurró Jimena a la vez que le acariciaba la espalda como su madre había hecho con ella un rato antes.

—Mi padre se ha acordado de que existo y ha llamado para comentarme que él y mi madre se van a divorciar.

Por lo visto, llevan casi un año separados y viviendo a su aire, aunque ninguno de los dos se había molestado en comentármelo. Imagino que se habrán olvidado de hacerlo, al fin y al cabo, no soy tan importante como para que me lo cuenten.

—Tus padres son idiotas, Kini —

masculló ella cabreada—. Pasa de ellos, ignóralos y no dejes que te amarguen la vida.

—Me parece que no me va a quedar más remedio que ignorarlos —dijo críptico, una torcida sonrisa curvando sus labios.

—¿Por qué dices eso? —Lo miró inquieta.

—Se van a divorciar porque ambos han encontrado a otras personas y se han enamorado. Y, oye, que me parece estupendo, pueden hacer lo que les dé la gana. Pero esas personas son de allí, de Australia, así que dudo que regresen a

España nunca más. Y, como ha quedado demostrado en estos dos años, tampoco debe de hacerles mucha gracia que yo vaya a verlos, porque de lo contrario me habrían invitado alguna vez a visitarlos.

¿No crees?

—Son unos gilipollas. No te merecen

—sentenció ella abrazándolo más fuerte.

—Y no es que me pille de sorpresa

—continuó él sin escucharla—. Ya sabes que nunca se han llevado bien..., pero, joder, mi madre está embarazada del tío con el que está ahora. Está de cuatro meses y no se ha molestado en llamarme para decírmelo. Y mi padre

me acaba de soltar que ella ha formado una familia con ese hombre y que él también va a formar una con su nueva novia... ¿Y yo qué soy?! ¿No soy su familia? —dijo con la voz desgarrada

—. ¿No soy su hijo? ¿Por qué no pueden quererme? —gimió escondiendo la cara contra el hombro de Jimena.

Y ella sólo pudo dejarlo llorar mientras lo acunaba contra su pecho y murmuraba palabras de amor.

Los tímidos rayos de sol de la tarde pronto dieron paso a la anaranjada penumbra previa a la

puesta del sol y ellos siguieron allí. Y continuaron

abrazados en el banco cuando la oscuridad se adueñó de la tarde convirtiéndola en noche y las antiguas farolas de forja se transformaron en islas de claridad en el pequeño jardín. Y

de repente él buscó la boca de ella. Y

ella la abrió para él y le acarició la lengua con la suya. Y el beso se tornó intenso y sus manos buscaron sus lugares secretos. Hasta que Kini puso fin al beso y a las caricias, obligándolos a parar.

—Joder, tenemos que resolver esto pronto o me va a dar algo —gimió Jimena apretando los muslos—. A ver si cumples pronto los dieciocho, o, en su

defecto, falsificas el carnet y te pones un año de más.

Y Kini se echó a reír, porque entendía perfectamente su frustración.

15

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 18.17 horas

—Perfecto. Ha quedado todo magnífico

—afirmó Cruz complacido.

Estaba en el comedor de Gala y Rodrigo, observando con ojo crítico la decoración, la colocación de la vajilla y toda la parafernalia que llevaba acarreada la cena de Nochevieja, incluidas las copas para el champán, con

sus pajaritas de goma eva en el pie, y los cuencos para las uvas, en los que habían pintado números romanos a modo de reloj.

—Va a ser grandioso. Y cuando tomemos las uvas apagaremos las luces y saldremos a la terraza con las bengalas, y las chispitas flotarán en el aire —musitó Iskra entusiasmada—.

Espero que hayas comprado muchas —

dijo mirando a su marido.

—¿Yo? No. Era Bruno quien se encargaba de comprar las bengalas y los petardos... —señaló Calix volviéndose hacia su vecino.

Éste abrió los ojos espantado.

—Sí, yo me ofrecí, pero luego os avisé de que no me iba a dar tiempo a pasarme a por ellos... Y Adán dijo que se ocuparía él.

Todos se volvieron hacia Adán, quien parpadeó confundido.

—¿Yo dije que me ocupaba? No recuerdo eso.

—Sí, fue en el grupo de WhatsApp, cuando estábamos comentando cuántas botellas de champán íbamos a necesitar

—le recordó Eva—. Dijiste que tú te encargabas de ello.

—Y me he encargado... de comprar

el champán. De los petardos y las bengalas no sabía nada.

—Pues estaba puesto en el whatsapp

—se le encaró su mujer.

—Pues no lo leí.

—Pues a ver qué hacemos ahora, porque a estas horas estará todo cerrado.

—Haya paz —los cortó Vicenta con el sencillo método de meterse entre ellos—. A ver, aún no está todo perdido. Estoy segura de que las tiendas de todo a un euro están abiertas, al fin y al cabo, ellos no celebran el Año Nuevo hasta dentro de unos meses... Bajad

alguno y mirad a ver si podéis haceros con un par de cajas de petardos y bengalas —propuso.

—Voy —se ofreció Calix tomando la cazadora.

Estaba a punto de salir de casa cuando Gadea se plantó frente a la puerta impidiéndoselo.

—¿Qué

ocurre?

—le

preguntó

preocupado a la niña, pues su gesto serio y resolutivo no auguraba nada bueno.

—No quiero que compres petardos.

—¿Perdona? Es Nochevieja, la tradición es tirar petardos —musitó perplejo.

—¿Tú sabes lo mal que lo pasan los animales con el ruido de los petardos?

Se asustan muchísimo y sufren un montón. No me parece justo que porque nosotros queramos celebrar el Año Nuevo como unos salvajes ellos tengan que pasarlo mal.

Calix parpadeó.

—Bueno... A ver, tienes razón. Pero los va a tirar todo el mundo —señaló.

—¿Y si todo el mundo se tira por un puente también te tiras tú? —lo exhortó Gadea con una de las frases favoritas de su madre. Y de casi todas las madres del mundo mundial.

—No, claro... Pero es que los animales van a sufrir igual los tiremos o no, porque todos los demás sí los van a tirar.

—Pero a mí lo que hagan los demás no me importa. Lo que me pesa sobre la conciencia es lo que hago yo. Y si yo no haga nada por cambiar lo que está mal,

¿cómo puedo pedir a otros que lo hagan?

Calix miró a la niña asombrado, parpadeó, chasqueó la lengua y al final sonrió.

—De acuerdo. No tiraremos petardos esta noche. ¿Las bengalas sí puedo comprarlas o tampoco?

—Las bengalas sí.

—Muy bien, pues compraré un montón de bengalas —dijo ganándose un abrazo y un tierno beso en la mejilla.

Se despidió de la niña y salió de casa pensando que estaba deseando tener la suya propia. Una niña pizpireta como Iskra. O un niño tan alegre como su mujer. Le daba lo mismo, siempre y cuando se pareciera a ella. Dios santo, estaba deseando tenerlo entre sus brazos. Seguro que era la sensación más maravillosa del mundo.

Y algunos idiotas los desdeñaban, pensó

furioso

al

recordar

la

conversación que había mantenido con el abuelo de Kini. Menudos padres tenía el muchacho. Ya sabía que no eran buena gente, pero con eso último se habían cubierto de gloria.

Salió del portal y atravesó presuroso la plaza en dirección al colmado sin dejar de pensar en Kini y en Jimena.

Sabía por Gala que habían discutido, y por lo que le había dicho, no le había costado mucho intuir el motivo del enfado. Kini no quería ir a la discoteca/pensión, y Jimena se había enfadado.

Sin embargo, imaginó que a esas

alturas de la tarde ya habrían hecho las paces.

De

hecho,

esperaba

fehacientemente que Jimena hubiera podido animarlo un poco, porque de lo que no tenía duda era de que lo había encontrado y estaba con él. Esos dos estaban conectados por una especie de radar, pues siempre sabían dónde estaba el otro.

Y hablando del rey de Roma... O, en este caso, del rey y la reina de Roma...

Se paró a esperarlos al ver que subían desde la calle Segovia siguiendo los muros del jardín del Príncipe de Anglona. Y sí que habían hecho las

paces, pensó sonriente al verlos caminar con las manos entrelazadas y haciéndose carantoñas.

Estaba a punto de llamarlos para que fueran con él cuando vio que, un paso antes de salir a la plaza, Kini se pegaba a la pared del jardín, fundiéndose con ella, para luego, de un tirón, atraer a Jimena hasta sus brazos, entre los que la atrapó. Y además muy bien atrapada, pudo confirmar Calix, que debido a su posición podía verlos sin cortapisas.

Ella le rodeaba con los brazos la cintura, pegándolo a su vientre, y él tenía

las

manos

muy

ocupadas

amasándole el trasero. Y, mientras ella se mecía ondulante contra él en un baile nada inocente, sus bocas luchaban entre sí con salvaje atrevimiento.

Calix sacudió la cabeza y se apresuró a entrar en el colmado. Joder, había cosas que no le interesaba nada ver. En absoluto.

Compró varios paquetes de bengalas y cuando salió vio que ellos seguían en ese rincón en sombras al que apenas llegaba la luz de las farolas, besándose como si no hubiera un mañana.

«Mierda, éstos están a punto de entrar en combustión», pensó conocedor de lo

que pasaba por la mente de los adolescentes, pues él mismo lo había sido no hacía muchos años y recordaba bien la frustración de no poder hacer lo que le apetecía cuando le apetecía.

Aunque la verdad era que él siempre había hecho lo que le apetecía, sin importarle los riesgos ni la cutrez de los sitios en los que lo hiciera. Ya fueran los aseos de un bar, el coche de un amigo o incluso un parque poco transitado por la noche. Y no podía decir que no le había tocado echar a

correr o pelearse más de una vez.

Porque mentiría.

Chasqueó la lengua, se sentía responsable de la parejita. Los quería como si fueran sus hermanos pequeños, y además él los había ayudado, en cierto modo, a juntarse. Y no iba a dejar que lo hicieran por primera vez en una pensión de mala muerte. O, peor aún, en los baños de una discoteca, aunque dudaba que Kini tuviera tan poco juicio. Pero, claro, cuando se mezclaba el sexo con las hormonas en ebullición de los adolescentes, hasta el más juicioso se arriesgaba a perder la cabeza.

Apretó los dientes decidido y, sin pensarlo un instante más, enfiló la costanilla de San Andrés en dirección a la calle Segovia, pasando junto a ellos.

—Puede que el amor sea ciego, pero los

vecinos

no

lo

son

—dijo

sobresaltándolos.

Y aunque estaba oscuro pudo ver cómo ambos se sonrojaban vivamente antes de que Jimena reaccionara.

—¡Qué susto me has dado, joder! ¡Ya te vale! —lo increpó pegándole un empujón al ver que se echaba a reír—.

Vaya mierda de amigo eres, un poco más y me da un infarto.

—No seas exagerada, Jimena —la regañó Calix—. Anda, id a casa, que ya

es tarde y tu abuelo —miró a Kini—

está muy preocupado.

—¿Has hablado con él?

—He bajado a verlo cuando Jimena me ha dicho que había llamado tu padre.

—¿Te ha dicho que voy a tener un hermanito? —masculló con amargura, y Jimena se apresuró a abrazarlo.

Calix asintió con un gesto.

—Mi madre ni siquiera se ha molestado en llamarme para decírmelo

—continuó Kini—. O en mandarme un whatsapp. Joder, no es tan complicado.

Al fin y al cabo, mi padre me responde de vez en cuando, pero ella... —

Sacudió la cabeza en una amarga negativa—. Hace nueve meses y seis días que no sé nada de ella. Lo sé porque he mirado el último mensaje que se dignó contestarme...

Calix negó con la cabeza sin saber qué decir a eso. No entendía cómo unos padres podían ser tan crueles.

—Espero que mamá quiera a ese crío más de lo que me ha querido a mí, o lo hará muy desgraciado —musitó Kini preocupado por el hermano al que estaba seguro que nunca iba a conocer

—. Puede que él no tenga un abuelo que lo quiera tanto como me quiere el mío a mí...

—Salvador es un buen hombre.

—Es el mejor —aseveró Kini, despidiéndose con una sacudida de cabeza.

Calix siguió a la parejita con la mirada y sonrió al verlos darse un apasionado beso antes de entrar en el portal cogidos de la mano.

Sí. Esos dos estaban a punto de caramelo.

Bajó al Turkana, que todavía estaba abierto, y entró a tomarse una cerveza. Y

mientras se la tomaba abrió una aplicación en el móvil y se puso a

buscar lo que sabía que, dado el poco tiempo con el que contaba, iba a ser imposible encontrar.

Milagrosamente, a los diez minutos de empezar a buscar, lo encontró.

Porque sólo un milagro podía explicar que hubiera encontrado algo que encajaba perfectamente con lo que necesitaba y que estuviera disponible.

Pero aún no las tenía todas consigo.

Podía ser un error. Pulsó para llamar.

—¿Eres Juan? Estoy interesado en...

La Moraleja, Madrid

18.49 horas

Uriel frunció el ceño cuando Avril dejó la autopista y se internó en la calle de frondosos árboles

e

imponentes

mansiones en la que se ubicaba la casa de su exsuegra.

Y

no

era

que

no

estuviera

acostumbrado a ir allí, pues cada viernes acompañaba a Avril a recoger a Kayla a casa de la abuela, o, mejor

dicho, del padre de Kayla, para luego devolverla el sábado al caer la tarde.

Pero eso no significaba que le hiciera gracia tener que relacionarse con la inaguantable señora y con el prepotente padre de Kayla. Aunque lo cierto era que no podía decirse que se relacionara mucho con él, básicamente porque Nath, así se llamaba el susodicho, se negaba a reconocer su presencia. Y, joder, Uriel no era invisible. Además, fiel a su carácter

marrullero,

siempre

se

esforzaba en pararse frente a las narices de ese idiota sólo para molestarlo. Tal vez debería pasar a la ofensiva y

hacerse notar, pensó esbozando una peligrosa sonrisa. Podría hacer algo que fastidiara tanto a ese engreído que no pudiera controlarse y se viera obligado a reconocerlo, aunque fuera dándole un puñetazo. Su sonrisa se hizo más grande.

¡Sería estupendo que eso pasara!, porque así tendría la excusa perfecta para defenderse y partírle sus perfectos dientes blancos.

Sí, eso estaría genial.

—¿En qué piensas? —lo interrogó Avril al ver su gesto emocionado.

Parecía un niño que acabara de recibir el mejor regalo de Navidad de su vida.

—En que estoy deseando ver a Nath...

—Ni se te ocurra provocarlo —le ordenó Avril, consciente de que la mirada que tenía Uriel no auguraba nada bueno—. Harás sufrir a Kayla si te ve pelear con él.

Y Uriel no pudo más que soltar un abatido suspiro. Porque su reina tenía razón. Tendría que conformarse con fastidiarlo un poco, pero no lo suficiente como para hacerle perder los estribos.

Lo cual era una lástima, pues se había hecho ilusiones de acabar con su estúpida sonrisa de autosuficiencia.

Pero no lo haría. Porque adoraba a Kayla y ella adoraba a su padre, y Uriel se había prometido que jamás la haría sufrir. Y no iba a incumplir esa promesa.

Esa niña era un ángel caído del cielo que había llenado de alegría su vida, algo que dos años atrás era una verdadera quimera. Nunca imaginó que se atrevería a volver a querer a un niño.

Y menos aún a una niña tan especial como Kayla. Pero la adoraba.

Incluso se la había presentado a Daniel, su hijo nonato.

Aunque hablar de presentarlos podía

sonar a locura, al fin y al cabo, Daniel ni siquiera había llegado a nacer, pero así era cómo Uriel lo sentía.

El día de Navidad, Kayla, Avril y él habían viajado a la aldea natal de su difunta mujer para hacer una visita al nicho en el que Daniel descansaba junto a su madre. Era la primera vez que Kayla los acompañaba, y había sido un momento mágico.

No era algo que hubieran previsto.

De hecho, Uriel ni siquiera había pensado en ir a ver a su hijo. Era el día de Navidad, una fecha para abrir regalos y cantar villancicos, y la aldea en la que

reposaba Daniel estaba a más de seis horas de viaje de Madrid. Pero habían ido a buscar a Kayla para llevarla a comer con ellos y ella le había dicho que había hecho un regalo para Daniel y que quería dárselo ese día, porque era Navidad. Y Uriel se había quedado sin palabras, el corazón tan lleno de amor por esa niña eterna de inocentes ojos almendrados que supo sin lugar a dudas que jamás podría negarle nada. Y menos que conociera a su hijo.

Así que se habían puesto en marcha sin pensar que el cementerio estaría cerrado, aunque eso no importó, pues la

aldea era pequeña y todos lo conocían, y el guarda no tuvo ningún inconveniente en abrir las puertas del camposanto para ellos.

—Uriel...

—lo

llamó

Avril

sacándolo de sus recuerdos.

Parpadeó un par de veces, dándose cuenta de que ella acababa de parar el coche frente a la casa del impresentable de su exmarido.

—Estaba pensando en lo diferente que está siendo esta Navidad de las anteriores —comentó él.

Nueve años atrás, su mujer se había suicidado estando embarazada, y los

ocho años siguientes los había pasado pagando por sus pecados, muchos y muy variados, mientras una loca lo acosaba atormentándolo en busca de justicia y venganza.

Desde luego, no habían sido unos años fáciles, pero ahora todo había quedado atrás. Tenía una reina a la que adoraba y una princesita de diecisiete años que día tras día llenaba su vida de felicidad. No podía pedir más.

O sí.

Podía pedir que un rayo fulminara al imbécil de Nath. Pero si Kayla se enterara de eso se enfadaría. Y había

aprendido por las malas que esa niña podía leer en él igual de bien que su madre...

—¿Vienes? —le preguntó Avril bajando del coche.

—Por nada del mundo me perdería el recibimiento de tu suegra.

—Intenta no exasperarla.

—Vaya por Dios, Avril, le quitas toda la diversión al asunto. ¿No puedo fastidiarla ni siquiera un poquito?

Seguro que si no lo hago se sentirá defraudada...

Avril

le

dedicó

una

mirada

fulminante y bajó del coche. Se dirigió

con paso decidido a la puerta de la finca y llamó al telefonillo. Su exsuegra, siguiendo su costumbre, los hizo esperar varios minutos antes de dignarse permitirles el paso, y siempre después de preguntar «¿Quién es?», algo que no hacía falta en absoluto, porque tenía videoportero.

Atravesaron el patio en silencio hasta el porche y llamaron al timbre de la puerta, donde de nuevo los hicieron esperar. Pasaron casi dos minutos antes de que por fin les permitieran entrar en la casa, o, mejor dicho, en el vestíbulo porque nunca habían llegado más allá (y

tampoco es que ellos tuvieran ningún interés, la verdad).

Junto a un elegante taquillón de madera tallada y mesa de mármol que hablaba

de

dinero

viejo

y

en

abundancia, los esperaba una mujer que aparentaba algo menos de sesenta años pero que en realidad tenía más de setenta. Alta y esbelta, con una corta y ondulada melena rubia y vestida con la elegancia y el buen gusto de las grandes damas del siglo pasado, podría haber pasado perfectamente por la esposa de un aristócrata o por una actriz de la década dorada de Hollywood.

—No me parece bien que te la lleves también esta noche. Ya la tuviste contigo en Navidad —dijo la mujer con gesto altanero y evidente desprecio.

—Quéjate al juez —replicó Avril indiferente.

—Pienso hacerlo. Te vas a llevar a mi nieta a una casa con sabe Dios qué desheredados de la vida, aunque viendo al indigente que te acompaña ya me hago una idea de la clase de gente con la que se va a juntar mi pobre niña.

Miró despectiva a Uriel, y éste, en respuesta, esbozó una sonrisa traviesa.

Debido a su trabajo, y a su gusto por la

ropa elegante, por qué no decirlo, siempre vestía traje de tres piezas, camisa y corbata, excepto cuando iba a recoger a Kayla. Entonces se ponía unos viejos vaqueros deshilachados en los bajos y rotos en las rodillas y una camiseta llena de manchas que le había costado muchos ensayos y no poca pericia

conseguir

que

parecieran

naturales. Acompañaba esas prendas con unas deportivas que se había preocupado de ensuciar con lodo para que tuvieran la apariencia adecuada.

Todo por mor de no decepcionar a la vieja y parecer el mendigo que ella

pensaba que era. Aunque, por supuesto, pensaba cambiarse en casa de Calix en el momento en que llegara a la plaza.

¡No soportaba ir tan zarrapastroso!

—Y encima se lo toma a risa.

Vergüenza debería darle entrar aquí vestido como un pordiosero —continuó la anciana, enfadada al ver que Uriel se reía y que Avril la miraba indiferente—.

Mi hijo no debería permitir que mi pobre nieta se juntara con esta gentuza.

Y si tú tuvieras un mínimo de decencia

—se dirigió en exclusiva a Avril—, no pisarías esta casa ni te llevarías a Kayla. No te la mereces. Ni a ella, ni la

confianza que pone en ti mi hijo y que tú no has sabido nunca agradecerle. Ahora mismo estarías muerta de una sobredosis si no fuera por Nath, y así se lo pagas...

—la increpó desdeñosa—. Debería darte vergüenza, se lo debes todo y vas a arrebatarme a su hija esta noche. Sin él no serías nada. Sólo una puta más. Ah, pero es que eso es lo que eres...

—Madre, basta —la cortó furioso un hombre que rondaba los cuarenta años y acababa de entrar en el vestíbulo. Alto y fibroso, moreno, con la belleza clásica de las antiguas estatuas griegas y vestido con un impecable traje hecho a medida

—. Ve a despedirte de Kayla y después quédate en el salón.

—No puedes...

—Hazlo —le ordenó Nath sin apartar la vista de su exmujer.

—Pero... —intentó protestar la anciana, aunque sin mucho énfasis.

—Ahora.

La abuela inclinó la cabeza y abandonó el vestíbulo cociéndose en su propia rabia.

—Avril. —Nath saludó con una sacudida de cabeza a su exesposa e ignoró, como siempre hacía, al amante de ésta—. Kayla está terminando de

vestirse, bajará dentro de un momento.

—La traeré de vuelta mañana a mediodía —lo informó Avril.

—Estupendo. Te quedarás a comer con nosotros —dijo Nath, consiguiendo que su petición sonara a orden.

—Nunca lo hago.

—A Kayla le haría ilusión vernos juntos durante la comida de Año Nuevo.

—Kayla prefiere que su madre no mate a su padre, y eso es lo que sucederá si se queda a comer contigo —

señaló Uriel burlón.

—¿Todavía no te has cansado de tu sumiso insumiso? —le preguntó Nath a

Avril, ignorándolo.

—Claro que no, mi rabo de veinte centímetros es un buen aliciente para que no se aburra de mí —replicó Uriel, siendo grosero a propósito, pues Nath lo sacaba de quicio y, por ende, él intentaba por todos los medios sacar de quicio a Nath.

—Son dieciocho —lo corrigió Avril con voz glacial.

Uriel la miró ofendido por su traición, aunque tampoco esperaba menos. Su reina no era de las que se andaban

con

tonterías,

y

esas

discusiones la molestaban casi tanto

como el propio Nath.

—Centímetro

más,

centímetro

menos..., tampoco hay que ser tan puntillosa

—señaló

Uriel—.

Lo

importante es lo bien que sé manejarlo.

—Kayla me ha dicho que le has puesto una cama en tu dormitorio del Infierno —dijo Nath ignorando a Uriel y refiriéndose a la habitación de la Reina, ubicada en la zona privada del Infierno, el club BDSM propiedad de Avril y del que él era socio capitalista.

—Hace ya algunos meses de eso —

señaló ella.

—¿Por qué?

—¿No es obvio? Yo duermo en esa cama todas las noches, con Avril.

Aunque la verdad es que dormir, lo que se dice dormir, no dormimos mucho —

apuntó Uriel. Y comprobó complacido que, a pesar de que Nath fingía no verlo, su mandíbula palpitaba tensa—. Y

Kayla lo sabe, lo de que duermo allí, lo de que follamos como leones no creo, es una niña muy inocente. Pero ¿qué te voy a contar que no sepas? Es tu hija, aunque yo creo que me quiere más a mí —

señaló malicioso, pues sabía que su estrecha relación con Kayla era una espinita de dimensiones épicas clavada

en el corazón de Nath.

—Uriel... —Avril lo reprendió con una fiera mirada y Nath se permitió esbozar una sonrisa insidiosa ante la evidente regañina, aunque no por eso miró a Uriel.

—La cuestión es que prefiere tener su propia cama para no tener que mandarme al sofá como hacíamos al principio —continuó Uriel, haciendo caso omiso de su pareja—. Es una niña

encantadora, no como su padre, y me quiere lo suficiente como para desear que esté cómodo. De hecho, me adora y...

—Esta noche Kayla dormirá contigo en la cama —le ordenó Nath a Avril, cortando a Uriel, sus labios apretados en un rictus furioso imposible de contener

—. Y no admitirás a nadie más en tu dormitorio.

—No —replicó ella sin más.

—No te follarás a tu bufón mientras mi hija esté en la habitación con vosotros —exigió Nath con tono amenazador.

—¿Me crees capaz de hacer eso? —

le reclamó Uriel furioso, anticipándose a Avril. Podía aguantar muchas cosas de ese

capullo,

pero

eso

nunca—.

Escúchame, hijo de puta...

—Sujeta a tu perro, Avril —lo interrumpió Nath sin mirarlo—. O

tendré que llamar a la perrera para que le pongan un bozal y le enseñen modales.

—Tal vez deba sujetaros a los dos —

respondió ella con ferocidad, harta de la animadversión entre ambos.

—¡Uriel! —gritó de repente una adolescente entrando en el vestíbulo—.

¿Por qué vistes tan feo? No me gusta nada cuando te pones esa ropa —señaló la muchacha mirándolo enfurruñada—.

Prefiero los trajes.

—En cuanto llegemos a casa me cambio. Ya sabes que me gusta viajar cómodo —le dio la excusa que usaba siempre que ella le reclamaba su desastrado aspecto cuando iba a casa de su abuela.

Se acercó y le besó las mejillas antes de tomarle las manos y hacerla girar.

—Madre mía, Kayla, estás preciosa: la princesa más bonita del mundo mundial.

La niña sonrió radiante y Nath tuvo que apretar los dientes al ver que su hija dirigía toda su felicidad hacia ese hombre que trataba de usurpar su lugar.

—Todos mis amigos se van a morir de envidia cuando me vean aparecer de tu brazo —continuó Uriel, ajeno a las ansias asesinas de Nath.

—¿Van a estar Jimena, Gadea y Kini en la cena? —le preguntó Kayla ilusionada.

—Por supuesto, no se la perderían por nada del mundo. Están deseando verte.

—¡Y yo a ellos! —dijo riendo, con esa sonrisa tan suya que transmitía inocencia y alegría sin límites. Luego se lanzó sobre su padre dándole un enorme abrazo de oso y cubriéndole la cara con mil besos, pues sabía que le dolía quedarse solo esa noche—. Prometo que mañana volveré muy muy pronto. Te quiero mucho, papá.

—Yo también te quiero, cielo. Te llamaré luego para felicitarte el Año Nuevo.

—¡Genial! —exclamó emocionada antes de volver a besarlo, y luego, sin pensarlo más, echó a correr hacia la puerta—. ¡¡Vamos, mamá!! ¡Date prisa, estoy deseando ver a mis amigos!

Avril se despidió de su ex con un gesto de la cabeza y salió tras la niña.

Uriel se dio media vuelta para seguir las,

aunque no llegó a dar ni dos pasos.

—Uriel...

Se volvió sorprendido al oír su nombre de labios de Nath, pues era la primera vez que éste lo pronunciaba. Y

en el momento en que quedó enfrentado a él fue consciente de que el prepotente hombre había mantenido una máscara durante toda la conversación. Porque lo que ahora mostraba su cara no era el desdén al que tan acostumbrado estaba, sino una violenta furia mezclada con una profunda amargura.

—No es tu hija ni lo será nunca.

Recuérdalo —le advirtió antes de dar

media vuelta y salir del vestíbulo sin darle oportunidad de replicar.

Uriel se guardó para sí la frustración de no poder pelear con ese imbécil, esbozó una forzada sonrisa y salió tras su reina y su princesa, con las que iba a pasar la Nochevieja mientras ese tiparraco se quedaba solo y amargado.

O, al menos, se recreó en pensar eso.

Y no iba muy desencaminado.

19.12 horas

Desde el ventanal de su señorial dormitorio, Nath observó a su exmujer y

a su hija salir de su propiedad seguidas por el indisciplinado hombre que se había inmiscuido en sus vidas sin que nadie lo hubiera invitado. Cerró los puños colérico, clavándose las cortas uñas en las palmas antes de obligarse a abrirlos, sus dientes tan apretados que corrían el riesgo de romperse. ¿Acaso el semental pensaba que era idiota, o ciego?

Por supuesto que sabía que se vestía como un indigente para fastidiar a su madre.

Por supuesto que sabía que disfrutaba siendo grosero y llevándolo al límite de su paciencia. Que se esforzaba en molestarlo para hacerlo saltar y provocar una pelea.

Por supuesto que sabía que su hija lo adoraba y que su exmujer estaba locamente enamorada de él.

Y deseó, con tanta fuerza que incluso se asustó, regresar al pasado y reparar todos los errores que había cometido. Si pudiera retroceder en el tiempo haría las cosas de otra manera, y Avril aún sería su esposa. Su amante. Y sería él quien se la follaría como un jodido león todas las putas noches. Varias veces.

—Deja de suspirar por esa perra, no

te conviene, nunca lo ha hecho, y si fueras listo le impedirías ver a Kayla —

le llegó la voz árida de su madre desde la puerta.

—No te he dado permiso para entrar.

—No lo necesito, soy tu madre.

—Y estás en mi casa. Vuelve al salón, bajaré dentro de un rato.

—Pierdes el tiempo con esa zorra.

Te mereces a alguien mucho mejor.

Mañana he invitado a comer a Elena y a su hija, ella sí...

—Deshaz la invitación.

—No puedo hacer eso.

—¿Prefieres que lo haga yo?

—No serás capaz.

—¿Apostamos algo?

—Eres igual que tu padre —lo acusó su madre con rencor.

—Vete.

Y había tal cólera en su voz que la anciana dio media vuelta asustada y salió presurosa del dormitorio.

17

Tercero

exterior

derecha,

plaza de la Paja, 3, Madrid 19.27 horas

—Diego estaba muy nervioso, así que Dolores ha bajado con él a casa de Gala para ver si juega un poco con Gadea y se tranquiliza —comentó Eva entrando en el cuarto de baño, donde Adán estaba acabando de afeitarse.

—Genial, dame diez minutos y bajamos. O si lo prefieres baja tú y

ahora nos vemos —replicó Adán lavándose la cara tras dar la última pasada con la navaja.

—Creo que no me has entendido —

señaló ella colocándose tras él.

Vestía un ajustado vestido de lentejuelas con escote palabra de honor, corto

hasta

medio

muslo.

Lo

acompañaba con un altísimo moño y unos impresionantes zapatos con tacón de aguja de doce centímetros más cinco de plataforma. Unos zapatos que Adán sabía a ciencia cierta que no iba a aguantar más de diez minutos, aunque, como conocía a su mujer, se cuidó

mucho de decírselo. Si había algo que Eva odiaba era que le recordaran que no era lo que se dice alta.

—¿Qué es lo que no he entendido? —

inquirió despistado mientras se ponía un poco de papel en los cortes que se había hecho—. Creo que me voy a dejar barba. Estoy hasta las narices de afeitarme.

—Siempre me has parecido muy atractivo con barba —susurró ella antes de lamerle la nuca para, acto seguido, soplar, provocándole un escalofrío.

—¿Ah, sí? —La miró interesado.

—Sí. —Le deslizó las manos bajo el

albornoz que él se había puesto tras la ducha y acarició sus velludas piernas—.

Me pone muy cachonda cuando me chupas el coño y tus mejillas sin rasurar me frotan el interior de los muslos; además, el bigote me hace cosquillas en el clítoris —le susurró a la vez que subía despacio las manos.

—Entonces tal vez deba dejármela

—consideró él, sus labios abriéndose en un jadeo involuntario cuando ella le agarró la erección que acababa de provocarle.

Se dio media vuelta y la alzó contra él, y ella se apresuró a envolverle las

caderas con las piernas en un firme apretón. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que bajo su elegante vestido de lentejuelas no llevaba nada.

—Joder —gruñó tan excitado que le costaba vocalizar mientras se dirigía presuroso a su dormitorio.

No llegó muy lejos.

Porque Eva se agarró a la jamba de la puerta del baño, impidiéndole avanzar.

—¿Qué coño...?

—Estamos solos en casa —señaló ladina.

—¿Y? No pienso hacerlo sobre la

mesa teniendo una cama cerca... —le advirtió Adán muy serio. Conocía a su mujer, y su mirada no presagiaba nada bueno.

—Quiero hacerlo en el nuevo sillón orejero.

—¿El que se autorregaló mi abuela por Navidad? —gimió Adán alterado.

No podía estar refiriéndose a ése. Su abuela los mataría si se enteraba de que lo habían estrenado de esa manera.

—Ése

—murmuró

Eva

mordisqueándole la barbilla a la vez que hacía ondular su cuerpo para frotarse contra la rigidez de su marido.

—¿No sería mejor la cama? Es mucho más cómoda...

Ella sonrió maliciosa, desenredó las piernas de las caderas masculinas y lo empujó para que la soltara. En el momento en que sus pies tocaron el suelo se puso de puntillas para lamerle el cuello mientras le desataba el cinturón. Ascendió con las manos por su torso desnudo, parándose en las tetillas, las cuales pellizcó para luego lamer y, mientras lo despojaba del albornoz con roces sensuales, se dedicó a succionarle el cuello, arrancándole un excitado gemido. Luego dio un paso atrás,

dejándolo solo y desamparado.

—Vamos a la cama, Eva... —dijo él sin poder evitar el tono suplicante.

—Quiero hacerlo en el sillón.

—No. Es el último capricho de mi abuela,

nos

matará

si

se

lo

manchamos...

—No lo mancharemos.

—Olerá a sexo, y ya sabes el olfato que tiene. Lo sabrá.

—Tal vez —replicó ella con una sonrisa tan pícaro que hizo estremecer a su marido.

Oh, Dios, se trataba de una de las travesuras con las que ella chinchaba a

su abuela cada dos por tres. Una travesura que su abuela no dudaría en responder con otra de su propia cosecha. Esas dos mujeres llevaban veinte años fastidiándose mutuamente, y eso no había cambiado a pesar de estar casada con él y de que vivían en la casa de Dolores.

—No vamos a hacerlo en el sillón de mi abuela —sentenció con voluntad férrea. O eso intentó aparentar.

—Es

una

pena

—musitó

ella

llevándose las manos al vientre. Arrugó despacio la tela del vestido entre los puños hasta que le dejó ver su pubis

depilado y luego se apoyó en la pared y separó las piernas, mostrándole los sonrosados labios vaginales. Estaban hinchados por la excitación y brillaban por la humedad. Bajó una mano y utilizó dos dedos para acariciarse la vulva, de su

boca

escaparon

gemidos

incontrolados que estuvieron a punto de hacer caer de rodillas a Adán.

—Joder, quiero chuparte...

—Vamos al sillón...

Él negó con la cabeza en un acto de voluntad suprema.

Y ella, en respuesta, se penetró con dos dedos y comenzó a masturbarse.

—Eva...

—gruñó

él

con

la

respiración agitada y la lengua ávida de probarla.

Y ella soltó un femenino resoplido antes de apartar las manos de su sexo y volver a bajarse el

vestido.

—Está bien, si no quieres, no quieres. Y no hay más que hablar —

claudicó yendo hacia el salón—. Date prisa en vestirme o llegaremos tarde.

Adán tomó una gran bocanada de aire y, armándose de la poca fuerza de voluntad que le quedaba, enfiló hacia su cuarto. Pero antes de entrar oyó un gemido.

Y supo exactamente lo que estaba haciendo su mujer.

Se dio media vuelta, recorrió el pasillo con pasos acelerados y entró en tromba en el salón.

Y allí estaba ella.

Con el culo desnudo sobre el nuevo sillón de su abuela, las piernas muy separadas, pues las tenía sobre los reposabrazos, y una mano en su sexo, follándose con dos dedos, mientras que con la otra se pellizcaba los pezones por encima del vestido.

—Joder, Eva.

Y fue lo último cabal que pronunció,

pues, al acercarse para quitarla del sillón por las bravas, le llegó el olor especiado de su excitación y la pasión lo dominó.

Cayó de rodillas frente a ella, le puso las manos en las rodillas, separándole aún más las piernas, y hundió la cabeza entre sus muslos para saborearla.

Estrenaron el sillón como Dios manda. Con un polvo de impresión con el que, a pesar del cuidado que Adán tuvo, no así Eva, acabaron manchando la tapicería.

18

Primero

interior

derecha,

plaza de la Paja, 3, Madrid 19.38 horas

Calix subió el primer tramo de escaleras de dos en dos, derrapó al girar en el descansillo interior como si fuera un coche de carreras ilegales y subió el último tramo de tres en tres escalones.

Entró veloz en el rellano y recorrió de un salto los tres pasos que lo separaban de la puerta de su casa, consciente de

que Iskra estaría esperándolo desde hacía rato, pues habría ido a casa a cambiarse para ponerse el

elegante vestido que se había hecho para esa noche. Metió la llave en la cerradura, luchó unos segundos con ella hasta que consiguió encajarla y entró nervioso, sabedor de que llegaba tardísimo.

Porque había salido a comprar unas simples bengalas y había tardado más de una hora, lo que era mucho más de lo necesario. Y era Nochevieja. Y su mujer acababa de enterarse de que estaba embarazada. Y la había dejado sola. Y

estaría cabreadísima. Y se lo haría

pagar. Y... Allí estaba ella, saliendo del comedor y caminando hacia él.

—Lo siento, no me he dado cuenta de que era tan tarde hasta ahora mismo, he sido un irresponsable y... —comenzó a disculparse.

—Calix, no pasa nada, no estaba preocupada —le dijo Iskra con cariño

—. Me has mandado un whatsapp para decirme que ibas a llegar más tarde, ¿no lo recuerdas?

Y se le encogió el corazón al percatarse de que él, tal vez al preocuparse por llegar tarde en una fecha tan señalada y en un momento tan

especial en el que habían descubierto que iban a ser padres, había retrocedido al pasado. A un pasado doloroso en el que tenía que rendirle cuentas a la mujer de la que se creía enamorado. Una relación tóxica en la que el maltrato de ella hacia él había sido la tónica habitual, y de la que había salido muy lastimado.

—Sí, pero me he liado más de la cuenta porque he tenido que ir a Cascorro para asegurarme de que todo estuviera correcto y luego he tenido que cerrar el trato y se me ha echado el tiempo encima y...

Ella se puso de puntillas y lo silenció con un beso para luego acunarle la cara con las manos a la vez que le frotaba melosa el mentón con su respingona naricilla.

Y Calix sintió que todo estaba bien.

Que no pasaba nada. Que Iskra no le pedía cuentas ni lo acusaba de ofensas inexistentes ni le controlaba cada segundo de su tiempo. Al contrario, ella le entregaba su corazón sin pedir nada a cambio y siempre lo apoyaba, sin importarle la loca empresa en la que se embarcara.

—Lo siento... No sé por qué he

reaccionado así... —musitó saboreando sus labios.

—Porque es un día magnífico en el que has tenido noticias maravillosas y por eso te has *nerviosado* —señaló ella curvando los labios en una deliciosa sonrisa.

— ¿*Nerviosado*? Ésa es una palabra nueva, tal vez debería apuntarla en mi cuaderno especial para las palabras.

—No seas tonto, no es una palabra de verdad, me la acabo de inventar —se rio ella. Sus ojos se achinaron y su nariz se arrugó, y Calix se enamoró aún más, si es que eso era posible.

—Pues deberían hacerla oficial y ponerla en el DRAE; es una palabra maravillosa. Como todas las que te inventas —aseveró él lamiendo sus labios antes de besarla—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, papá... ¡Tanto, tanto, tanto que soy tan feliz que no puedo dejar de reír! —dijo saltando sobre él para abrazarlo entusiasmada—. Jamás he sido tan feliz como hoy...

—Eso mismo me dijiste ayer... En la cama.

—Era una felicidad distinta —

replicó ella riendo, aunque no tardó en

ponerse seria. O todo lo sería que sus ojos sonrientes y su sonrisa feliz le permitió—. ¿Para qué has ido a Cascorro?

—inquirió

con

genuina

curiosidad, algo que Iskra tenía a raudales.

Calix la miró dubitativo, sin saber si contárselo o no. Porque si se lo contaba la pondría en un compromiso. Pero deseaba compartirlo con ella y saber qué le parecía su loco plan.

—No se lo diré a nadie —susurró conspiradora al intuir sus dudas.

Y Calix confió en ella, como siempre hacía.

—He hecho algo que... Sé que está bien o, si no está exactamente bien, sé que es lo correcto. Lo siento aquí —dijo golpeándose el pecho—. Pero, a la vez, sé que puede no parecer apropiado desde otro punto de vista. Es decir, yo sé cómo sienten, sé lo que piensan y sé los riesgos que pueden llegar a correr, y me siento responsable y quiero hacer lo correcto. Y en conciencia es lo que he hecho. Pero lo que es correcto para mí dudo que lo sea para sus padres y su abuelo...

—Hablas de Kini y de Jimena...

Calix asintió con un gesto y comenzó

a contarle lo que había hecho.

—Vaya... —musitó la joven cuando él acabó de relatarle su locura. Porque era eso. Una locura, tan excepcional que, como bien había dicho él, era correcta pero no apropiada.

—Y no sé si he hecho bien... Es decir, sé que he hecho bien, pero no quiero que se sientan

obligados ni...

—No se sentirán obligados; de hecho, dudo que nadie pueda obligar a nada a esos dos. Jimena es demasiado terca para hacer algo que no desea y Kini sabe perfectamente lo que quiere y no quiere hacer, y nada ni nadie puede

hacer que cambie de idea si no lo convence, ni siquiera Jimena —afirmó antes de mirarlo preocupada—. Yo también creo que has hecho lo correcto.

Pero mejor que no se entere Gala...

19

Plaza de la Paja, Madrid

19.42 horas

—Mamá, ese señor está desnudo —le susurró Kayla a Avril cuando, tras dar unas mil vueltas hasta conseguir aparcar el coche, entraron en la plaza de la Paja.

—En realidad lleva un batín —

señaló ella mirando perpleja al hombre que atravesaba la plaza desde la dirección contraria a la que ellos habían llegado.

Y que Avril estuviera perpleja daba muestra de la peculiaridad de ese hombre, pues ella jamás se sorprendía por nada; al fin y al cabo, dirigía un club BDSM en Madrid.

—Creo que es el jefe de Eva —

comentó Uriel observándolo intrigado.

Desde luego, era tal y como Eva y Adán se lo habían descrito.

Apresuró el paso para alcanzarlo y lo llamó cuando estuvo a un par de metros:

—¿Paco?

El hombre se volvió con la gracilidad de una modelo. Una con un tremendo atributo masculino y una mata

de vello púbico considerable, como pudieron comprobar, pues su giro desbarató el nudo mal ejecutado con que se sujetaba el batín y la cinta se abrió, dejándolo expuesto al frío de diciembre y las miradas de quienes allí había.

—Tienes el pene más grande que he visto nunca —dijo Kayla con instantánea sinceridad.

Y Avril tuvo que morderse la lengua para no preguntarle colérica a quién le había visto el pene. Joder, su hija tenía diecisiete

años,
que
tuviera
un

cromosoma de más no significaba que fuera ajena al cuerpo humano y sus necesidades.

—¿Y a quién le has visto tú el pene?

—inquirió Uriel mosqueado, pues él todavía no había asimilado, ni lo iba a asimilar nunca como siguiera así, que Kayla tenía inquietudes igual que cualquier chaval de su edad.

Avril enarcó una ceja y Uriel fue consciente de que acababa de hacer una pregunta que bien podría haber salido de labios de Nath. No obstante, no reculó.

—En cuadros y en estatuas —

contestó Kayla con franqueza. Y Uriel, y también Avril, por qué no decirlo, respiraron de nuevo —. Y a Mario. El

chico de clase que me ha pedido ser mi novio.

—¿Y por qué te ha enseñado el pene?

—gruñó Uriel cabreado.

—Porque tenía ganas de hacer pis y, como estábamos de excursión en el campo, no había aseos, lo hizo contra un árbol y yo aproveché y miré —dijo con genuina franqueza y no poca ingenuidad.

—Ah... Pues no se mira —la regañó Uriel, ganándose una fiera mirada de Avril, que estaba concienciada de que debía dejar a su hija la libertad que necesitaba. Aunque en ese momento tuviera ganas de ir a buscar a Mario y

reventarle la cabeza con un martillo neumático.

—Pero si no miro no sé si me gusta

—replicó Kayla con toda lógica.

—Bien dicho —intervino el hombre del batín, que, por cierto, todavía lo llevaba abierto—. No puedes saber si algo te gusta o no sin antes verlo, calibrarlo y catarlo.

—Paco..., ¿verdad? —se encaró

Uriel a él. Y el hombre asintió sonriente

—. ¿Qué te parece si cierras esa enorme boca que tienes, y también el batín, antes de dirigirte a mi..., a Kayla? —

dijo amenazante.

—¿Te incomoda verme el pene?

—No, qué va. Si quieres hacemos un puto concurso a ver quién lo tiene más grande, te aseguro que te gano... —

replicó furioso. ¿Ese hombre era idiota o qué?

—¿En serio lo tienes más grande? —

inquirió Kayla con unos ojos como platos. Y Uriel recordó que había temas de los que no debía hablar delante de los niños. Menos aún de Kayla y su insaciable curiosidad.

—En absoluto —intervino Avril—.

Se está tirando un farol.

—¿Como en el póquer? —le

preguntó la adolescente.

—Más o menos.

Uriel abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla con rapidez al ver la ceja de su reina arqueada a modo de advertencia.

—De todas maneras, el tamaño no importa, lo importante es tener una buena actitud, mucha disposición de aprender y un fuerte espíritu de superación para hacerlo siempre un poco mejor — señaló Paco atándose el cinturón.

—Eso es lo que siempre dice mi profesora —asintió Kayla como si hubiera dicho una verdad irrefutable—.

¿No tienes frío en las piernas? —dijo mirando sus piernas desnudas, excepto por las botas camperas que llevaba.

—En realidad, no. ¿Vais a la cena en casa de Gala y Rodrigo?

—Así

es

—confirmó

Avril

acercándose al extraño hombrecillo para presentarse y tenderle la mano, que éste se apresuró a aceptar.

—Avril... Entonces eres la Reina del Infierno. Y tú debes de ser la princesa Kayla. —Le tendió la mano a la adolescente para luego hacer lo mismo con Uriel—. Y tú, su favorito. Adán me

ha hablado de vosotros, en especial de tu resistencia. Nueve en una noche,

¿verdad? Es digno de alabanza —

comentó Paco posando la mano en el hombro de Uriel y encaminándose de nuevo al portal—. Tienes que contarme el secreto, yo no he logrado pasar de ocho. Aunque, tras conocer tu envidiable vigor, me puse a experimentar y he creado una nueva mixtura que da unos resultados excepcionales. Sé que no la necesitas dada tu capacidad, pero me gustaría que la probaras, creo que puede aumentar aún más tu resistencia.

Y Uriel, que había probado los

bebedizos de Paco que Adán le había pasado de estraperlo, y sabía los buenos resultados que daban, no dudó en aceptar la oferta.

20

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 19.51 horas

—Tienes que esperar a que esté hecho, si no, no podrás pasar los coches por debajo —le dijo Kayla muy seria a Diego mientras Gadea y Jimena se esforzaban en terminar a contrarreloj el puente que estaban haciendo con los libros de su madre.

Esperaban

que

Diego

no

los

estropeará o Gala las mataría. Lenta y dolorosamente.

—¡Espera!

—gritó

Jimena

apartándose justo un segundo antes de que Diego lanzara, con muy mala puntería, el coche por encima del puente. O, mejor dicho, lo hiciera volar sobre los libros en precario equilibrio

—. ¡No! Es un coche, no un avión, tiene que rodar. Ro-dar —dijo despacio—.

¿Lo entiendes? Como hacen los coches en la carretera. Rummm, rummm —imitó el ruido del motor. Aunque no debió de hacerlo muy bien, porque él niño la miró como si se hubiera vuelto loca—.

Deberían pagarnos por cuidar de Diego

—masculló enfadada.

—Claro, como si tú lo cuidaras mucho —se burló Gadea.

—Más que tú.

—¡Y unas narices!

—¿Ah, no? ¿Y quién lo sacó de paseo a la plaza cuando Eva estuvo con la gripe?

—la

increpó

Jimena

desafiante.

—¡Yo! ¡Tú lo bajaste y luego te fuiste al jardín a darte el lote con Kini y pasaste de todo!

—¡Mentirosa!

— ¡Retromónguer!

—¡Petarda!

—¡Ruuuummm, ruuummm!

Las dos niñas se volvieron al oír el ronco gruñido de Kayla, que, de verdad de la buena, parecía un coche real.

—¡Badabum! —gritó la adolescente haciendo chocar dos cochecitos de juguete.

Y Diego se echó a reír y la imitó.

Luego le lanzó uno de los coches a Jimena, acertándole en la tripa. Al ver que ésta se doblaba dolorida, se rio aún más fuerte.

—¡Se acabó! ¡Dimito como canguro!

—exclamó la adolescente levantándose

de un salto y saliendo del cuarto de estar.

Gadea y Kayla se miraron la una a la otra y estallaron en carcajadas, para luego retomar su tarea de construir puentes.

Jimena entró en su habitación, cogió los cuernos del disfraz de Maléfica que se había hecho para los últimos carnavales y la careta de zombi que se había comprado en Halloween y, pegada a la pared del pasillo, se acercó sigilosa al cuarto de estar. Esperó unos segundos antes de dar un repentino salto que acompañó de un feroz rugido y se plantó

en mitad de la puerta.

Diego abrió unos ojos como platos antes de llenarse los pulmones de aire y exhalar un alarido de terror que acompañó con abundantes lágrimas y no pocos gritos secundarios.

Gala,

Rodrigo

y

Dolores

se

presentaron en el cuarto un segundo después; Uriel, Avril y Paco, dos segundos más tarde.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Gala tomando al crío en brazos mientras su bisabuela lo miraba asustada.

—¿Se ha hecho daño? ¿Se ha pillado los dedos? ¡Hablad! —rugió Dolores

mientras el bebé lloraba desconsolado.

Lo cogió en sus brazos, pero tampoco consiguió que dejara de llorar.

—Me temo que simplemente se ha encontrado con una bruja convertida en zombi —señaló Rodrigo mirando con una ceja arqueada a Jimena.

Todos los adultos allí presentes, y Paco, al que nadie osaría considerar adulto, centraron la mirada en Jimena, que aún llevaba los cuernos de Maléfica sobre la máscara hiperrealista de zombi.

—Me ha tirado un coche a la tripa...

—se defendió quitándose la careta y los cuernos.

—Es cierto, yo lo he visto —apuntó su hermana, apoyándola—. Y lo ha lanzado con mucha fuerza. Si lo hubiera tirado más alto podría haberle dado en un ojo y ponérselo morado o algo peor.

—Yo también lo he visto —se unió Kayla—. Y, además, tampoco da tanto miedo, sólo un poquito de nada —

apuntó mirando a su madre, quien había cogido al lloroso bebé de brazos de su bisabuela, quien ya apenas podía sostener su peso.

—Menudas arpías que estáis hechas

—señaló Uriel tomando al inconsolable niño de brazos de Avril—. Ven

conmigo, Diego, olvídate de esas mujeres

malas

malísimas.

Pronto

aprenderás

que

las

féminas

son

retorcidas y crueles y sólo piensan en fastidiarnos —dijo muy serio al bebé, y tal vez por el tono de su voz, por sus ojos burlones o por la novedad de que lo cogiera, pues era la primera vez que Uriel lo tenía en brazos, a pesar de que eran viejos conocidos, el niño se calló y lo observó intrigado—. ¿Veis? Entre hombres nos comprendemos —se burló él, dando la espalda a los allí presentes.

Se internó en el pasillo alternando pedorretas que hicieron estallar en

carcajadas al bebé. Y Gala, Rodrigo y Dolores no pudieron menos que mirarlo pasmados, porque Uriel, jamás de los jamases se acercaba a los críos tanto como para tocarlos. Menos aún los cogía en brazos.

Sus miradas asombradas se centraron en el acto en la diminuta pero feroz Reina del Infierno.

—¿Cómo lo has conseguido? —jadeó Gala.

—No he sido yo —replicó Avril mirando con ternura a su hija.

Sonrió a la niña con cariño y enfiló el pasillo siguiendo a Uriel, quien

estaba charlando animadamente con Paco sobre brebajes y pociones.

Todavía tenía al niño firmemente anclado a su cadera y éste jugaba encantado con su corbata. O más bien le chuperreteaba encantado la corbata.

Así lo encontraron Calix, Adán y sus respectivas mujeres cuando entraron poco después en la casa, pues los cuatro habían coincidido en el descansillo.

Y, al ver a su amigo portando al niño como si fuera algo que hacía a diario, Calix sintió que el corazón se le detenía en el pecho para, a continuación, palpitar disparado por la impresión. Y por la emoción.

Sintió

la

mano

de

Iskra

envolviéndole la suya y apretándola.

Bajó la mirada y la vio sonreír emocionada, pues ambos habían visto el mismo milagro. Y seguían viéndolo. Al menos hasta que el niño vio a sus petrificados padres, que también se habían quedado pasmados ante la escena, y estiró los brazos reclamando a Adán.

—Toma, quédatelo antes de que me destroce del todo la corbata. —Uriel se lo tendió, aunque lo cierto era que la corbata ya estaba echada a perder.

—Te sienta bien tener un bebé en brazos —le dijo Adán tomando al niño

—. Deberías fabricarte uno.

—No, gracias, para unos minutos, vale, pero más... —Fingió un escalofrío

—. Casi mejor que no. No estoy hecho para ser padre.

—Pero espero que sí para ser padrino —apuntó Calix acercándose con gesto serio. Iskra iba con él, agarrada a su mano, y su mirada era una mezcla de preocupación y emoción.

—¿Qué tratas de decirme? —musitó Uriel casi sin voz.

—Vas a ser tío... —señaló Iskra

soltando a Calix para tomarle la mano a Uriel.

—Ah, joder... —La miró pasmado antes de sacudir la cabeza como si se regañara mentalmente—. Sí, claro, era de esperar. Enhorabuena. —Se inclinó para besarla y ella le envolvió el cuello con los brazos y se echó a llorar contra su pecho—. Eh, no llores, princesa. Es maravilloso que vayas a ser mamá, de verdad que sí.

Miró a Calix asustado. Joder, odiaba que las mujeres a las que amaba lloraran.

—Estoy muy sensible —hipó ella

contra su cuello—. Y me hace tanta ilusión que hayas aceptado ser el padrino que no puedo evitar llorar...

—Yo no he acept... —Uriel se calló cuando la ceja arqueada de Avril le indicó que pensara bien lo que iba a decir—. No sé si sabré ser un buen padrino..., ya sabes que los críos no se me

dan

bien

—intentó

hacerla

recapacitar.

—Serás el mejor de todos... —

afirmó Calix mirándolo orgulloso.

—Yo no lo tengo tan claro. Es mucha responsabilidad, y eso no es algo que yo tenga en abundancia —replicó Uriel

preocupado—. Joder, ser el padrino de un niño no es un título cualquiera. Un padrino es... como ser su padre postizo.

Un padrino debe ser el confidente de su ahijado, guardar secretos que éste no se atreva a contar a sus padres y darle consejos sin parecer un tirano ni un viejo. Y también debe malcriarlo, pero sin convertirlo en un capullo, y ser su amigo, y cuidarlo si sus padres faltan y... —Sacudió la cabeza. Desde luego, su padrino no había sido así con él, más bien al contrario, pero él sí quería ser así con su ahijado. Sin embargo, ¿sabría comportarse como deseaba o la cagaría?

Qué tontería, seguro que lo fastidiaba todo, como siempre.

—Sólo por lo que acabas de decir sé que vas a querer a mi hijo como si fuera tuyo. Es imposible que lo hagas mal —

sentenció Iskra en un tono que no admitía réplica.

—Estás muy segura de eso... —

resopló Uriel, porque él no lo estaba nada.

—Te conocemos. Sabemos de qué pasta estás hecho —afirmó Calix muy serio.

Y Uriel sintió que su pecho se llenaba de dicha por la confianza que

depositaban en él. Aunque ésta fuera infundada.

—Claro que sí, joder, pienso malcriarlo tanto que sólo querrá estar conmigo y no con vosotros —afirmó malicioso,

haciéndolos

reír

y

eliminando la tensión del momento.

Sólo Avril y Calix, que lo conocían mejor que nadie, pudieron leer en sus ojos el terror que lo embargaba, y que se hizo mucho más evidente cuando Adán y Eva le comunicaron que ellos también estaban esperando un bebé.

20.22 horas

—¡Ya voy yo! —exclamó entusiasmada Jimena al oír el timbre de la puerta.

¡Probablemente sería Kini! ¡Y estaba deseando que la viera con su vestido!

Seguro que se quedaba con la boca abierta de par en par. O eso, o a lo mejor era incapaz de contenerse al verla tan guapa y la tomaba entre sus brazos y le daba un beso de impresión en mitad del salón. No, pensó sacudiendo la cabeza. Eso no, o a su madre le daría un infarto y amenazaría con castrar a Kini, algo que, intuía, ya había hecho.

Echó a correr hacia la puerta seguida muy de cerca por su hermana, y al abrir no pudo evitar el suspiro de decepción que escapó de sus labios al ver a sus mejores amigas, y también vecinas, Anuja y Xiao, seguidas de sus hermanas pequeñas, Maylin y Neeja, que eran a su vez las mejores amigas de Gadea.

—No es por nada, pero podrías disimular un poco tu decepción ¿no crees? Ya sabemos que no somos Kini, pero tampoco es para que nos mires así

—dijo Anuja con sorna antes de lanzarse a sus brazos para darle un beso en la mejilla y, de paso, susurrarle sin

que nadie la oyera—: ¿Al final vas a ir con Kini a..., ya sabes?

Jimena le devolvió el beso a la vez que negaba abatida con la cabeza.

—No, es muy cutre y vamos a esperar a pillar algo mejor —le susurró

—. ¿A qué hora habéis quedado para ir a la discoteca? —preguntó interesada, haciéndolas entrar en casa.

—Hemos quedado a las doce y media en la esquina del jardín del Príncipe de Anglona con Malena y las chicas de clase

—informó

Anuja

mirándola

maliciosa, porque en realidad habían quedado, además de con sus amigas, con

unos chicos ajenos al barrio con los que esperaban tener algo más que una inocente charla esa noche.

—¡Nosotras también hemos quedado para bajar a la plaza! —intervino emocionada Maylin, ganándose una hosca mirada de su hermana mayor.

Jimena miró confundida a sus amigas.

¿Cómo que ellas también?

—Las enanas han liado a Vicenta para que las vigile desde la terraza —

explicó Xiao mosqueada—, así que van a estar en la plaza cuando nos vayamos a la discoteca...

—Le dirigió a Jimena una mirada exasperada a la par que

preocupada.

—Pues qué bien —masculló esta, consciente de que sus amigas no les habían dicho a sus padres que iban a salir con una panda nueva, por lo que las fastidiaba un montón que las renacuajas, que ya tenían trece años y de renacuajas nada, las espieran, con el riesgo más que probable de que les hicieran chantaje para no chivarse.

¡Menos mal que ella iba a ir con Kini a la discoteca y no a la pensión, porque si no habría tenido que dar esquinazo a su hermana, y eso no era nada fácil.

—No parece que les siente muy bien

a las mayores que las pequeñas salgan a la calle con ellas esta noche —señaló Uriel insidioso mirando a las niñas, quienes lo ignoraron por completo—.

Seguro que tienen pensado hacer algo que no deberían...

—No tiene por qué —señaló Calix mirando preocupado a Jimena mientras se dirigía a su dormitorio con sus amigas.

—Sí tiene por qué. Es Nochevieja y salir sin la aburrida vigilancia paterna siempre lleva aparejados planes que no les van a gustar a los padres... ¿O eres tan viejo que ya no recuerdas lo que

era?

Calix bufó malhumorado, y estaba a punto de contestarle cuando volvió a sonar el timbre. Un segundo después entraron varios vecinos a desearles una feliz salida de año.

Uriel resopló cuando el salón se colapsó de personas felicitándose unas a otras como loritos de repetición. ¡Por favor! ¡Se veían a diario! ¿Qué necesidad había de pasar unos a casa de otros a despedir el año? Ni que fuera el puto fin del mundo. Aunque, a tenor de la gente que allí había, a Uriel se lo parecía. Y lo peor era que, además de

desear una feliz salida de año, todos felicitaban también a Eva, Iskra y sus respectivos maridos por las buenas nuevas, recordándole lo que trataba por todos los medios de olvidar.

Tocaban las tripitas de las futuras madres y aventuraban el sexo de los bebés que dormitaban en sus vientres y que en ese momento sólo eran sardinillas cabezonas. O, al menos, eso era lo que su hijo le había parecido cuando lo vio en la primera y única ecografía que le habían hecho a su mujer.

Se le puso un nudo en la garganta al

pensar que, si Daniel hubiera llegado a nacer, ahora tendría casi nueve años y querría bajar a la calle con Gadea y sus amigas. Y estaba seguro de que a las niñas eso les haría la misma gracia que a sus hermanas mayores.

Dio media vuelta y buscó una vía de escape para alejarse de la marabunta de personas

y

buenos

deseos

que

abarrotaban el salón. La encontró en la terraza, el único lugar en toda la maldita casa en el que no había gente. Aunque con el frío que hacía no era que le extrañara.

Se paró de frente a la plaza con su

traje granate de dos piezas, su camisa negra y sus zapatos Oxford como única defensa contra el gélido frío de diciembre y apoyó los codos en la helada barandilla de metal mientras su mirada se perdía en un pasado que durante años había tratado de olvidar y que sólo ahora había conseguido perdonarse.

La suave vaharada de aire caliente que le rozó la piel le indicó que alguien acababa de salir a la terraza con él. Y

los dedos que se enredaron en el pelo de su nuca haciéndolo estremecer de anticipación y placer le revelaron que la

persona que había invadido su anhelado retiro era la Reina del Infierno.

Se quedaron en silencio, mirando a los rezagados despistados que cruzaban la plaza apresurados para dirigirse a las casas en las que cenarían.

—Por lo visto, hay una puta epidemia de embarazos en el barrio, deberías evitar acercarte a Iskra y a las demás, no vaya a ser que te contagien —dijo Uriel sardónico, aunque en sus ojos no brillaba ni una chispa de humor.

—Estoy vacunada contra embarazos no

deseados

—replicó

Avril,

refiriéndose al DIU que llevaba.

—¿Es un método infalible?

—Cien por cien.

Uriel asintió con un gesto y se dio media vuelta para quedar de cara a las cristaleras del salón, su brazo derecho envolviendo con quizá más fuerza de la habitual la delgada cintura de su reina, como si quisiera pegarla a él hasta que acabaran fundiéndose el uno en el cuerpo del otro.

Ella aceptó esa ligera dominación a la vez que deslizaba la mano izquierda bajo la chaqueta del traje que él vestía y le sacaba la camisa de los pantalones para entretenerse en jugar con los dedos

en los hoyuelos que se le formaban sobre las nalgas. Luego ascendió despacio pero con firmeza por su tensa espalda,

aflojando

los

contraídos

músculos a su paso, relajándolo con sus caricias.

Uriel soltó un quedo gemido cuando la sintió descender con las uñas por su columna

vertebral

para

acabar

internándose bajo el pantalón y recorrer la unión entre sus nalgas, provocándole un escalofrío de puro placer y una severa erección.

—¿Le digo a Calix que me dé las llaves de su casa? —inquirió con voz

ronca. Su amigo vivía en ese mismo portal, podrían follar como locos en tan sólo dos minutos.

—No —rechazó ella pellizcándole el trasero antes de subir de nuevo a la espalda.

Y Uriel sonrió al darse cuenta de que su reina lo estaba atormentando para distraerlo de sus amargos pensamientos.

Fijó la mirada en el salón que asomaba tras las cristaleras de la terraza. La mayoría de los vecinos que se habían acercado a desearles una feliz salida de año se habían marchado ya o estaban a punto de hacerlo, despejando

el

espacio

antes

abarrotado

y

permitiéndole ver a Calix e Iskra charlando distendidos con Adán, Eva, Gala y Rodrigo, mientras las niñas trataban de contener las ansias de libertad de Diego, y Dolores y Vicenta, sentadas a la mesa, estaban inmersas en un excitado debate en el que, Uriel estaba seguro, estarían decidiendo cuál de las dos tenía la enfermedad más escabrosa. Y por experiencia sabía que ambas nonagenarias podían ser muy imaginativas.

Calix, situado tras Iskra, la abrazaba entre posesivo y reverente, las manos de

ambos entrelazadas sobre el liso vientre femenino,

mientras

ella

apoyaba

confiada la cabeza contra el firme torso de su marido. De vez en cuando él se inclinaba sobre ella y depositaba un cariñoso beso en su coronilla, o le mordisqueaba con ternura los hombros desnudos. Y ella alzaba la cabeza y sus bocas acababan encontrándose en un rápido beso.

—No se le nota el embarazo —

comentó Uriel en un susurro.

—Sólo está de dos meses.

—Tienes razón, es pronto aún. Hace falta más tiempo para que se le abulte la

tripa. A Roser no se le empezó a notar hasta los cuatro meses —recordó Uriel

—. Joder, tienen que estar locos, no llevan ni dos años casados y ya van a ser padres. ¿En qué coño están pensando? —gimió asustado.

—Vas a ser un padrino estupendo —

afirmó Avril ignorando su comentario, consciente de que era el miedo el que hablaba por él.

—Si Calix fuera listo, no dejaría que me acercara a su hijo. Tengo un don para hacer desgraciados a los niños.

—Deja de compadecerte, no te pega

—le ordenó Avril.

—No me compadezco, sólo digo la verdad —protestó Uriel.

—Sólo mientes. Y sólo tú crees tus mentiras, nadie más —replicó ella con voz glacial.

—Soy un capullo al que sólo le gusta follar —afirmó él con los dientes apretados.

—Eso desde luego se te da muy bien

—convino Avril.

—No estoy hecho para ser padre —

resopló él, sin caer en la cuenta de que la palabra que debería haber usado era

«padrino», no «padre».

—No estoy de acuerdo.

—No sé tratar a los críos.

—Kayla te adora.

—Porque es demasiado buena e inocente. Para su seguridad, haría mejor en no fiarse de mí y dejar de quererme.

—Al

contrario.

Kayla

tiene

demasiada inteligencia emocional como para confiar en quien puede hacerle daño. Ya que no te fías de tí mismo, confía en ella y en mí, te aseguro que tenemos muy buen gusto en hombres y sólo amamos a aquellos que lo merecen.

Uriel asintió con un gesto y tiró de Avril, haciéndola perder el equilibrio y atrapándola entre sus brazos.

—Te quiero —susurró besándole la nuca.

Y ella, en respuesta, se giró entre sus brazos para besarlo a conciencia.

Y mientras se besaban, él se permitió desear algo que llevaba años sin atreverse siquiera a soñar.

Se separaron ahitos de placer y ateridos y decidieron tácitamente entrar en la casa antes de morir congelados.

Nada más entrar en el salón, Uriel fijó la vista en los futuros padres y en los niños y los adolescentes que los acompañaban. Las parejas se convertían en

familias,

y

éstas

crecían

y

evolucionaban, creando

su

propio

futuro.

Y, mientras tanto, él seguía anclado al pasado. A sus miedos.

21

Bajo exterior derecha, plaza de la Paja, 3, Madrid

20.27 horas

—Joaquín, apresúrate, nos estamos retrasando mucho —llamó Salvador a su nieto desde el salón de su casa tras dejar a un lado el libro que estaba leyendo.

—¡No me metas prisa! Este puñetero nudo es mucho más complicado de lo que parece —gruñó el muchacho desde el baño.

—Llegaremos a las uvas en lugar de a la cena. Y no digas palabrotas —le recriminó más por costumbre que porque le molestara, pues «puñetero» no era una palabra demasiado fea.

—¡Valeeeee! Ya voy, dame un minuto.

Y Salvador no pudo menos que sonreír, porque llevaba dándole un minuto desde hacía casi tres cuartos de hora. El chico asilvestrado con el que compartía vida desde hacía tres años se había convertido en un adolescente serio y bastante coqueto que se afeitaba casi a diario y quería deslumbrar a su chica.

Dejó el libro sobre la mesa y se sumió en los recuerdos. Podía ver con diáfana claridad al preadolescente malhumorado que su hijo le había llevado a casa para dejarlo allí sin apenas despedirse de él, como si fuera un muñeco sin sentimientos. Dos días después,

había

salido

del

país,

olvidándose de él. O, al menos, pareciendo que lo hacía.

Por esa época su nieto era un muchacho

alto

y

desgarbado,

excesivamente delgado y con la mirada triste y a la vez desafiante y colérica de quien se sabe

abandonado. Apenas sabía

leer, no quería reconocer su pronunciada dislexia, se negaba a expresar sus sentimientos, casi no hablaba y no mostraba interés por nada, excepto por los insectos. Y por Jimena. Y, en contra de lo que nadie pudiera esperar, el chaval rebelde, malhumorado y receloso se había transformado en un adolescente responsable, sagaz y con muchas ganas de aprender que había conquistado a la chica más rebelde, leal y fiera del barrio. Sonrió. No cabía duda de que eran la pareja perfecta.

Cuando Kini había subido con Jimena a casa esa tarde todavía tenía los ojos un

poco enrojecidos por haber estado llorando, pero sonreía. Esa adolescente lo había hecho sonreír a pesar de las devastadoras noticias de su padre.

Noticias que su nieto había recibido con más entereza que otros muchachos en su situación.

Su sonrisa se hizo más ladina al recordar los ojos soñadores del chico y los labios hinchados de ambos, síntoma de que no habían estado sólo hablando en la calle. Habían entrado en casa cogidos de la mano y sonriendo como dos tontos y, tras saludarlo y arrasar la nevera en busca de algo para merendar,

se habían encerrado en el dormitorio.

Con la puerta abierta, por supuesto.

Aunque lo cierto era que cada día que pasaba la entornaban un poco más, hasta dejarla casi cerrada excepto por una rendija. De ahí que el anciano hubiera adquirido la costumbre de llamarlos en voz alta cuando se adentraba en el pasillo con intención de comprobar que todo estaba correcto en la habitación. Y

más de una vez se los había encontrado sofocados

y

nerviosos.

Lo

que

significaba

que

Joaquín

pronto

comenzaría a cerrar la puerta del todo, y que a no mucho tardar le pediría que le

pusiera un cerrojo para guardar su intimidad. Y él tendría que decidir si quería ser un abuelo moderno y liberal o un abuelo severo y un poco desfasado.

Suspiró abatido, no era una decisión fácil.

—¿Estoy bien, abuelo? —le preguntó de repente Kini entrando en el comedor

—. Gadea me ha soplado que Jime se va a poner un vestido superelegante y no quiero desentonar —dijo estirando nervioso la chaqueta del traje para, acto seguido, hacer lo mismo con los puños.

Y luego, mientras comprobaba que la corbata que le había prestado Calix

estaba perfectamente anudada, se frotó los zapatos, bruñidos hasta brillar, contra las perneras del pantalón.

Y Salvador sintió que su corazón rebosaba de orgullo por el muchacho que era y por el hombre en que se estaba convirtiendo.

—Estás perfecto, Joaquín —afirmó levantándose del sillón. Cogió una cajita que había dejado sobre la mesa, la abrió y sacó de ella un elegante alfiler de corbata y un distinguido reloj de bolsillo con una refinada cadena dorada—. Los llevé cuando me casé con tu abuela; de hecho, el reloj me lo regaló ella. Un

poco anticuados tal vez, pero creo que te sentarán bien con el traje y la corbata, si los quieres. Si no, no pasa nada, lo entiendo. Estas antiguallas no se llevan entre los jóvenes de tu edad —dijo tendiéndoselos con una emoción que no consiguió disimular.

Kini lo miró pasmado antes de abalanzarse sobre él y darle un abrazo de oso. Y nunca mejor dicho, porque el muchacho, de tanto correr y hacer deporte, tenía firmes músculos a pesar de su delgadez.

—Gracias, abuelo. Muchas gracias.

De verdad, es... Gracias —Ocultó la

cara contra el hombro de su abuelo, avergonzado por su repentina emoción

—. No sé qué habría hecho sin ti —

murmuró en un susurro casi inaudible.

—Salir adelante y convertirte en un gran hombre, eso no lo dudes nunca. Yo sólo te di un empujoncito —afirmó Salvador con incomodidad, pues no estaba acostumbrado a tal despliegue de emociones, ni de su nieto ni suyas.

—No. —Kini dio un paso atrás y miró a su abuelo a los ojos—. Me obligaste a creer en mí mismo y me hiciste reaccionar. Joder, abuelo, te quiero un montón —exclamó volviendo

a abrazarlo.

—Bueno, bueno, no nos pongamos sentimentales. Y tampoco digas tacos —

se acordó de añadir luchando porque las lágrimas no se le escaparan de los ojos

—. Yo también te quiero mucho —le susurró al oído—. Y ahora, ¿qué te parece si vamos a deslumbrar a esa novia tuya?...

El muchacho se apartó avergonzado y asintió con un gesto.

—¿Me los pones? —dijo señalando el alfiler y el reloj que el anciano todavía tenía en la mano.

—Claro.

Le sujetó la corbata con el alfiler y luego le fijó la cadenilla del reloj al ojal superior de la chaqueta y guardó el reloj en el bolsillo del pecho, de tal manera que la cadenita colgara un poco por fuera del bolsillo.

—Vaya... Parezco un dandi. —Kini se giró hacia un lado y hacia otro, observándose encantado en el espejo del recibidor—. Jimena lo va a flipar —

murmuró antes de abrir la puerta y salir presuroso de casa.

Salvador ahogó una risotada y fue tras él.

22

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 20.39 horas

—¡Seguro que es Kini! —gritó Jimena al oír el timbre. Echó a correr a pesar de los tacones que llevaba—. Abro yo.

—A nadie se le ocurriría impedírtelo

—señaló Rodrigo apartándose antes de que lo embistiera en su carrera por llegar a la puerta.

—Ja. Ja. Ja. Qué gracioso. Es que me

parto de la risa —dijo sarcástica antes de detenerse frente a la puerta y abrirla sin preguntar quién era ni comprobarlo por la mirilla.

Y allí estaba Kini. Tan guapo que le daban ganas de abrazarlo. ¿Y por qué no?

Se lanzó sobre él y le dio un cariñoso abrazo seguido de un inocente beso con el que le rozó la comisura de los labios antes de apartarse.

—¡Guau! ¡Estás guapísimo! ¿Y esta cadena? —inquirió tomándola intrigada.

Tiró de ella sacando el reloj y abrió unos ojos como platos—. ¡Qué reloj tan

chulo! ¡Es una vacilada!

—Es de mi abuelo —señaló Kini orgulloso—. Y el alfiler de la corbata también.

—Ahora son tuyos, te los he regalado

—intervino Salvador.

—Pues son la caña —sentenció Jimena dando un paso atrás para recrearse en su novio. Estaba guapísimo, con un traje azul cobalto y camisa blanca hecha a medida, regalo de Calix y Uriel por Navidad. No había duda de que su cuerpo atlético rellenaba el traje de manera impecable. Le iba a costar contenerse para no volver a lanzarse

sobre él y darle otro beso, esta vez nada inocente.

—Tú sí que estás preciosa, Jime —

dijo embelesado Kini, dedicando una mirada apreciativa a las torneadas piernas que el corto y ajustado vestido dejaba al descubierto. Era de terciopelo azul, sin mangas y con escote palabra de honor; drapeado en la falda y con una abertura asimétrica que le hacía unas piernas increíblemente largas, y no es que no las tuviera de por sí, pero es que se las hacía aún más largas.

—¿De

verdad?

—replicó

ella

coqueta girando sobre sus tacones de

aguja de siete centímetros para que pudiera verla en su totalidad.

Y Kini sólo pudo suspirar enajenado.

Jamás la había visto tan hermosa, y mira que eso era difícil, porque incluso en pijama le parecía preciosa. Pero con ese vestido, el pelo liso y esa maravillosa sonrisa que le iluminaba los ojos parecía un ser de otro mundo.

—Yo también creo que estáis muy guapos los dos —apuntó Kayla con sinceridad acercándose a ellos.

—¡Tú sí que estás preciosa! —

exclamó Kini abrazando a la hija de Avril a la vez que le estampaba sendos

besos en las mejillas que la hicieron sonrojar.

—Oye..., si no os importa, podríais venir al cuarto de estar a ayudarme un poco. Diego está a punto de volverme loca —los llamó Gadea enfurruñada. Y

justo un segundo después se oyó un tremendo estropicio a su espalda—.

¡No! ¡Acaba de destrozar mi puzle 3D

d e l *Halcón*

Milenario!

—gimió

desconsolada, y Kayla se apresuró a ir con ella para ayudarla a montarlo de nuevo.

—Daos prisa en recoger, chicos, dentro de quince minutos sirvo la cena

—los avisó Gala yendo a la cocina.

Jimena le dio la mano a Kini y lo guio por el pasillo, pero en lugar de meterse en el cuarto de estar, tiró de él hacia su dormitorio.

—Seguro que la chaqueta te da calor.

Déjala en mi habitación en una percha

—dijo por si alguien los estaba mirando o escuchando.

—Sí, mejor. Es nueva y no me gustaría mancharla en la cena —le siguió Kini el juego.

Entró en el dormitorio seguido de Jimena, quien se apresuró a cerrar la puerta nada más traspasarla.

—Si tu madre nos ve con la puerta cerrada, se va a cabrear —le advirtió Kini mirando la puerta desconfiado.

—Está demasiado ocupada con la cena para darse cuenta de nada, y tú estás muy guapo —dijo ella con voz susurrante, acercándose a él para, acto seguido, deslizar las manos sobre la pechera de la americana y ascender con ellas hasta su cuello, el cual rodeó a la vez que se ponía de puntillas.

Kini no tardó ni un segundo en bajar la cabeza para besarla con más ganas que prudencia.

21.03 horas Calix se apartó de un salto esquivando a tiempo el torpedo en forma de diminuto camión de bomberos que acababa de lanzarle Diego.

—Ay, perdón, se nos ha escapado —

se disculpó Kayla, soltando en la mesa la bandeja de marisco que llevaba para atrapar al bebé

antes de que lanzara el mando de la tele. Y la cuestión era que el puñetero niño, a pesar de su corta edad, tenía una puntería buenísima.

—Tenéis que vigilarlo mejor o acabará con la casa... —les advirtió

Calix cuadrando la mesa, o, mejor dicho, la puerta que hacía de mesa, para intentar que cupieran todos.

—Ya, el problema es que si ayudamos con la cena no podemos cuidar de Diego —protestó Gadea dejando en la mesa una veintena de platos de dos vajillas distintas, pues eran demasiados comensales para una sola.

—¿Dónde está tu hermana? —

inquirió en ese momento Gala, que salía de la cocina con las copas para el vino, seguida por Eva, que llevaba los cestos con el pan en una mano y la salsera con

la mahonesa en la otra. Iskra les iba a la zaga con la fuente de ibéricos.

—Estará haciendo manitas con su novio —señaló Uriel malicioso mientras abría la botella de vino que Rodrigo acababa de pasarle.

Gala se volvió despacio hasta quedar enfrentada al pasillo y observó con los ojos entornados la puerta de la habitación de su hija mayor, que, en contra de las órdenes que ésta tenía, estaba cerrada.

—No te enfades, Gala, son jóvenes y tienen necesidad de experimentar con sus cuerpos

—señaló

Paco

con

afabilidad.

—Anda, Paco, ven a ayudarme a servir el consomé —le indicó Adán empujándolo hacia la cocina antes de que Gala lo castrara por sus acertadas palabras.

La morena tomó aire muy despacio y luego fijó la vista en Calix. Y éste se sintió palidecer. Joder. ¿Por qué lo miraba así? Miró desesperado a Iskra, temiendo que se hubiera ido de la lengua, pero se pegó una bofetada mental al instante. Si su mujer prometía no decir nada, no lo decía. Y punto.

—Calix —lo llamó Gala. Y él se

esforzó en esbozar una aguerrida sonrisa

—. Por favor, ve a buscar a Jimena y dile que salga del cuarto ahora mismo y nos ayude con la cena —y ese «ahora mismo» era una amenaza en toda regla

—. No quiero ir a buscarla y acabar haciendo una carnicería el último día del año...

—Claro —aceptó él, apresurándose a obedecer.

Se adentró en el pasillo y, cuando llegó a la puerta cerrada, en lugar de llamar con los nudillos, decidió meterles un buen susto, a ver si así espabilaban.

Se cercioró de que no había nadie cerca —tampoco quería descubrirlos delante de otros testigos — y abrió la puerta de golpe y sin avisar.

Y

durante

un

segundo

pudo

vislumbrar a la parejita tumbada en la cama, la mano de Jimena dentro de los pantalones de Kini y la de Kini colándose bajo el pronunciado escote del vestido de Jimena. Luego los jóvenes reaccionaron y se pusieron en pie de un salto, Jimena subiéndose el escote y Kini dándole convenientemente la espalda a la puerta, y de paso a Calix, mientras se subía la bragueta. Sin

embargo, luego no se giró para encararlo, simplemente torció el cuello para no dar media vuelta y exponer su delantera a la mirada del segoviano.

—¡Joder, Calix! Qué susto nos has dado —exclamó Jimena roja como un tomate, llevándose la mano al corazón

—. ¿Por qué coño no has llamado?

—Tu madre, que, por cierto, no es idiota y se imagina lo que estabais haciendo tras la puerta cerrada, me ha mandado a buscarte para que ayudes a poner la mesa. Yo que tú no protestaría demasiado si quieres salir esta noche...

—le advirtió Calix.

—Mira que es pesada —gruñó la adolescente.

—¿Pesada? Tu madre acaba de perdonarte la vida. Y a Kini los huevos.

¿Dónde

coño

habéis

dejado

la

prudencia? —los acusó Calix, y Kini enrojació casi tanto como Jimena—.

¿No se os ha ocurrido pensar que la casa está llena de gente y cualquiera puede entrar?

—Estoy en mi cuarto y hago lo que me da la gana —se defendió Jimena.

—Estás en la casa de tu madre y más te vale no buscarle las cosquillas —

señaló Calix arqueando una ceja.

—Déjalo, Jime; Calix tiene razón, nos hemos pasado tres pueblos —musitó el muchacho avergonzado—. Ve a ayudar a tu madre, yo salgo dentro de un rato —dijo todavía dándole la espalda, como si no se atreviera a volverse y enfrentarlo.

Sólo que Calix lo conocía bien y sabía que a Kini no le faltaba valor.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha formado una tienda de campaña en los pantalones? —

inquirió socarrón, y la repentina rigidez de Kini le confirmó la suposición—. La verdad es que los pantalones de vestir no disimulan tan bien como los vaqueros

cuando

estás...

animado

—dijo

compasivo—. Imagino que llevas un bóxer holgado, ¿verdad?

Kini lo miró con los ojos abiertos como platos a la vez que asentía.

—La próxima vez que lleves

pantalones de vestir y vayas a dejar que Jimena te meta mano, ponte unos calzoncillos ajustados, así no se te levantará tanto y disimularás mejor.

Mientras tanto, ponte la chaqueta y abróchatela —le aconsejó, consiguiendo que tanto él como Jimena se sonrojaran más todavía, si es que eso era posible

—. Me he dejado las botellas de sidra

en casa, acompañadme y así sólo tendré que hacer un viaje —dijo saliendo del dormitorio.

Los chavales lo siguieron y, tras explicarle a Gala el motivo de su repentina partida, salieron del piso y fueron al de Calix, quien, en lugar de entrar en la cocina a por las botellas que, supuestamente, se había dejado en la nevera, se dirigió al comedor.

—Sentaos.

—¿Por qué? —Jimena se cruzó de brazos enfadada al intuir que Calix los había llevado allí para echarles la bronca sin testigos. Y no pensaba

permitírselo. Joder, ya era mayorcita y, además, se suponía que él era su amigo,

¡no su padre!

—Sólo siéntate, Jime, y mantén la boca cerrada durante cinco minutos,

¿vale? Luego nos iremos y será como si nunca

hubiéramos

tenido

esta

conversación —afirmó Calix con tanta severidad que, tal vez por primera vez en su vida, la silenció.

Los muchachos se sentaron y lo miraron compungidos a la espera de la bronca que les iba a caer.

Calix tomó aire muy despacio, los miró entornando los ojos, como si

dudara de lo que estaba a punto de hacer, y de repente resopló y se sacó del bolsillo unas llaves.

Las dejó sobre la mesa con un golpe seco.

—Esta conversación no saldrá jamás de aquí. Yo no os he dicho nunca esto y vosotros

jamás

lo

habéis

oído,

¿entendido? En el momento en que salgáis por la puerta no volveremos a mencionarlo en la vida.
¿Ha quedado claro?

Los jóvenes asintieron con la cabeza, sin entender qué narices le pasaba ni a qué venía tanto secretismo o por qué

estaba tan serio.

—Ésta es la llave de un estudio cerca de

Cascorro

—dijo,

para,

a

continuación, darles la dirección exacta

—. Es pequeño, pero coqueto. Tiene cocina, baño y el dormitorio integrado en el comedor. Está limpio, no hay bichos ni goteras ni moho, y se lo he alquilado al propietario para esta noche.

De hecho, le he hecho creer que Iskra y yo vamos a pasar la noche en él. Pero lo he alquilado para vosotros. —Y, por sus caras, supo que acababa de dejarlos total y absolutamente pasmados—.

Con esto no digo que tengáis que ir, en

absoluto. Podéis hacer lo que os dé la gana, pero... sé lo que estáis planeando y no quiero que acabéis en una pensión de mala muerte, así que os doy otra opción y la libertad de usarla o no.

Hagáis lo que hagáis, no quiero saberlo.

Así que no me lo contéis. ¿Entendido?

—Los chicos asintieron al unísono, demasiado perplejos para hablar—. Sea cual sea la decisión que toméis, tenéis que dejar las llaves en el buzón del estudio antes de las diez de la mañana para que las recoja el casero.

—Mamá me ha dicho que tengo que estar en casa a las cinco —dijo Jimena

con un susurro pasmado. Calix no podía estar diciendo lo que estaba diciendo.

—Bien. No se os ocurra llevar a nadie con vosotros y mucho menos armar alboroto. El dueño cree que me lo ha alquilado a mí, y, como no vive allí, no se dará cuenta del cambio a no ser que hagáis algo que moleste a los vecinos y lo llamen. ¿Queda claro?

Ellos volvieron a asentir.

—¿Alguna duda?

Negaron con la cabeza.

—¿Jimena? —inquirió el segoviano.

Ella negó de nuevo. Así que desvió la mirada hacia Kini—. ¿Seguro? ¿Ninguna duda?

—No. Quiero decir, sí. Es decir, no tengo ninguna duda —se aturulló Kini.

Calix esperó un instante para darles tiempo a que lo pensaran mejor y, al ver que no lo hacían, asintió con un gesto y se dirigió a la cocina a coger las botellas de sidra que había olvidado a propósito, dejando a los jóvenes solos con las llaves. Sin embargo, no llegó a traspasar el umbral de la puerta antes de soltar un somero «joder» y volver a su lado.

—¿Tenéis condones? —les preguntó tan incómodo como ellos.

—Sí —respondió Kini por los dos.

—Genial. ¿Sabes usarlos?

—No somos idiotas, se ponen en..., vamos, que son una funda para... —

farfulló Jimena.

—Eso lo sabe todo el mundo, yo me refiero a si sabes ponértelos. —Miró a Kini—. ¿Los has usado alguna vez? —

El chico negó con la cabeza—. Pues tienen truco, y más vale que sepas cómo ponértelos o pasarás un mal rato.

Salió del comedor y, cuando regresó, llevaba una caja de preservativos en la mano. Sacó uno y le tendió la caja a Kini.

—Quédatela,

yo

no

voy

a

necesitarlos en nueve meses —dijo sonriendo al recordar que iba a ser papá. Luego abrió el preservativo y sopló en la punta para que ésta se hinchara y se evidenciara el reborde. Se lo mostró a Kini y a Jimena—. El reborde tiene que quedar en el exterior,

¿vale?, es muy importante porque, si queda en el interior, no vais a poder desenrollarlo y, si os empeñáis, puedes hacerte daño. Dame dos dedos —le pidió a Kini, juntándoselos en forma de esbelto pene cuando los alzó con timidez

—. Agarras el preservativo por la punta,

apretando para sacarle el aire, lo pones sobre el capullo y comienzas a desenrollarlo, sin prisa, hasta que llegues a la base. Y ya está. Cuando acabes le haces un nudo y compruebas que no se haya roto. —Los miró con intensidad

y

ellos

asintieron

comprendiendo que, si ése fuera el caso, podría haber riesgo de embarazo—.

Luego lo tiras a la basura, nunca al váter. ¿Ha quedado claro o vuelvo a explicároslo?

—Ha quedado claro —musitó Jimena con los ojos abiertos de par en par.

Joder, nunca se le habría ocurrido

pensar que un preservativo tenía

«posturas», y por la cara pasmada de Kini, a él tampoco.

—Pues ya está todo entonces —dijo Calix yendo a la cocina, aunque de nuevo se volvió para mirarlos—. El sexo no es una carrera de velocidad, sino de fondo; no gana quien llega antes, sino quien se toma su tiempo en disfrutarlo. Y, digan lo que digan vuestros amigos, tampoco hay una edad mínima para hacerlo ni se es más niño o más tonto o más parado por no hacerlo.

Todo lleva su ritmo y su tiempo, y apresurarse a hacer algo para lo que no

se está preparado nunca da buen resultado. Y con esto quiero decir que si decidís ir al estudio no tenéis por qué llegar hasta el final. ¿Vale? Que tengáis la opción de hacerlo no implica que debáis hacerlo. Me entendéis, ¿verdad?

—Sí —musitó Jimena acercándose a él para darle un sentido beso en la mejilla—. Gracias, Calix.

Y el segoviano sonrió aliviado, consciente de que había hecho lo correcto y seguro de que esos dos tenían el cerebro suficiente para no dar un paso que no quisieran dar. Aunque, tal y como los había visto en la plaza esa tarde, y

en la habitación de Jimena esa noche, dudaba mucho que no estuvieran preparados.

Se dirigió a la cocina a por la sidra y Kini lo siguió para ayudarlo en tanto que Jimena se entretenía en coger las llaves que había dejado sobre la mesa, aunque como no tenía dónde guardárselas, se las dio a Kini.

Luego salieron de casa para celebrar la Nochevieja con la familia que habían formado con sus amigos y vecinos.

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 23.56 horas

—¡Habéis contado las uvas?! Por favor, mirad que no os falte ninguna en las copas. Hacedme caso, *porfa*... —

suplicó Gadea a los allí presentes por enésima vez, sin obtener más atención que en las tropecientas anteriores.

Estaba desesperada porque Kayla, Kini, Jimena y ella habían sido los

encargados de tan importante tarea. Pero Kayla había tenido que estar pendiente de que Diego no se comiera las uvas que quedaban a su alcance, y Jimena y Kini se habían pasado todo el rato mirándose atontados y robándose besos cuando nadie prestaba atención, y habían metido las uvas en las copas sin mirarlas y, mucho se temía, sin contarlas.

Resultado: que no estaba nada convencida de que cada copa tuviera doce uvas. ¡Y si no las tenían no tendrían suerte durante ese año!

—¡Hacedme caso, joder! —gritó indignada al ver que todos la ignoraban.

Y ese estallido, y sobre todo el impropio usado, tan extraño en labios de Gadea, consiguió que todas las conversaciones cesaran y los adultos por fin la miraran.

—¿Me ha parecido oír que has dicho

«joder»? No, seguro que me he equivocado. Tú no te ensuciarías la boca con esa palabra tan desagradable.

—Rodrigo la miró enarcando una ceja.

La niña se puso roja como un tomate, pero no por eso dejó de exigir lo necesario.

—Contad las uvas. Puede que no vayan doce en cada copa —les advirtió

muy seria—. Vamos, ¡hacedlo ya! —

exclamó con la misma voz de mando que en ocasiones usaba su madre.

—Dios santo, eres igual que la tirana de tu madre —resopló Uriel malicioso.

—¿Voy a por las tijeras para que le cortes los huevos? —le preguntó Avril a Gala.

—¡Eh! Se supone que eres mi novia, no puedes traicionarme así —protestó Uriel.

—No es necesario, el día que quiera castrarlo me daré la satisfacción de arrancarle las pelotas con mis propias manos —señaló Gala bajando la mirada

a su copa para contar sus uvas.

—Tu mujer es una sádica —le señaló Uriel a Rodrigo, contando también las suyas.

—Te conviene mostrarte educado con ella si quieres tener la posibilidad de engendrar descendencia —replicó indiferente el albino, sacando la uva de más que había en su copa y que Avril se apresuró a coger, pues en la de ella sólo había once.

—Me preocupa más la repercusión sexual que la falta de atributos pueda tener en mí que la descendencia que no quiero

tener...

—señaló

Uriel

adoptando el mismo tono flemático que Rodrigo.

Cogió la copa para el champán que Eva le tendía y se acercó hasta su reina.

Ésta se sacó los anillos de oro de los dedos y echó uno en la copa de él, otro en la de Kayla y el último en la suya.

—Da buena suerte —dijo por toda explicación.

Y Uriel no pudo menos que sonreír y robarle un beso. Luego se situó entre ella y Kayla, pasó un brazo por los hombros de la mujer y de la adolescente y las estrechó contra sí, robándoles un nuevo beso a cada una. Un beso breve y

lleno de cariño en las comisuras de los labios. Un beso que le supo a gloria y le llenó el corazón de algo cálido muy parecido a la felicidad. Hacía siglos que no se sentía tan completo como ese último año, con ellas a su lado. Tal vez desde que era un niño, cuando todavía creía en Papá Noel y los Reyes Magos.

—¡Ya llegan los cuartos! —exclamó Vicenta sobresaltándolo.

Todos los allí reunidos se callaron reverentes y la anciana subió el volumen de

la

tele

hasta

que

alcanzó

proporciones épicas.

—Ahora no hay que comerlas, son

sólo los cuartos. Hay que esperar a que caiga el carillón del todo y luego es cuando se comen — señaló Dolores, repitiendo lo mismo que había dicho durante toda su vida en ese minuto del año. Y ésta era una vida muy larga.

—¿Ya? —inquirió Kayla mirando la tele preocupada por si se perdía la primera campanada.

—No... Yo te aviso —dijo Uriel besando la sien de la niña—. ¡Ahora!

Y todos a una comenzaron a comerse las uvas. O, al menos, lo intentaron, pues rápidamente perdieron el ritmo marcado por las campanadas. Algunos se

adelantaron, otros se atrasaron, un par de ellos se atragantaron y Jimena, que, como odiaba las uvas, despedía el año con doce Lacasitos, acabó la última, pues le gustaba saborearlos antes de tragárselos.

Adán, que había sido el primero en terminárselas con un récord de dos uvas por delante del reloj de la Puerta del Sol, se apresuró a coger una botella de champán y abrirla con bastante pericia y poca puntería, pues el tapón salió volando y se estrelló contra la lámpara de araña en lugar de contra el techo, que era lo que había pretendido.

—Menos mal que te dedicas a los delitos informáticos y no a pegar tiros.

Tu puntería brilla por su ausencia —

comentó Bruno observando preocupado la lámpara, que se balanceaba en el techo.

—Ahí tienes otra botella, ábrela, a ver si a ti se te da mejor —lo retó Adán llenando las copas de los que estaban más cerca con el vino espumoso.

—Y a ser posible no apuntes hacia ningún ser vivo —le pidió Cruz—.

Mejor aún, sal a la terraza y ábrela allí.

—Qué poco confías en mí, cariño.

—Tengo sobrados motivos para ello

—señaló el galerista.

—Definitivamente, la abriré yo —

decidió Eva quitándosela de las manos

—. Nunca dejes hacer a un hombre lo que puedas hacer tú, porque lo harás mil veces mejor.

—¡Amén! —dijo Gala, alzando su copa a la vez que Eva hacía saltar el corcho, que golpeó exactamente donde ella

pretendía.

La

espuma

salió

despedida de la boca de la botella y todos se apresuraron a poner las copas bajo el chisporroteante líquido.

Se llenaron las copas que faltaban por llenar, las de los niños incluidos, y

todos brindaron por un año lleno de felicidad. Bebieron, volvieron a brindar y luego se besaron unos a otros con distintos grados de apasionamiento e intimidad.

Kini, animado por la fiesta y por las copas de sidra que había bebido con la cena y por la de champán con que acababa de brindar, se envalentonó al ver que Uriel y Avril se besaban apasionados, y decidió hacer lo propio con Jimena. Al fin y al cabo, ellos también eran novios. Por descontado que no pensaba usar la lengua ni nada por el estilo, pero sí iba a besarla en los

labios, dejándolos convenientemente cerrados, por supuesto. No era plan de cabrear a Gala, con la fama de rompelotas que tenía.

Así que fue besando con rapidez a quienes se pusieron en su camino y, al llegar junto a Jimena, la tomó de la cintura al más puro estilo de galán hollywoodiense. La acercó a él y bajó la cabeza para darle un tierno beso que no pensaba hacer durar demasiado. Pero el asunto se le fue de las manos, las bocas, en lugar de quedarse cerradas, se abrieron, las lenguas se encontraron y la ternura devino en pasión, mandando toda

contención al traste.

Hasta que oyó alto y claro un fiero carraspeo.

Se apartó aturullado de su novia y giró despacio la cabeza. Y allí estaba Rodrigo, a sólo un paso de él, mirándolo con una ceja arqueada. Y, joder, el albino podía ser muy expresivo con sus gestos cuando la ocasión lo requería.

Sintió que enrojecía y abrió la boca para disculparse, y en ese momento Jimena estalló en una risa nerviosa que no tardó en contagiársele. La abrazó permitiéndole esconder su cara roja como un tomate contra la pechera de su

traje, pues mientras se besaban, a ambos se les había pasado por la cabeza que al cabo de pocos minutos irían... a la discoteca.

—¿Os pasa algo? —inquirió Gala mirándolos perspicaz. No era normal que su hija no saltara a la

defensiva tras ser pillada en actitud inconveniente.

Mucho menos que se echara a reír con la risita nerviosa de una novia a punto de pisar el tálamo nupcial.

—No, qué va. En absoluto —replicó Jimena apartándose de Kini para, acto seguido, tomarle de la mano y dedicarle una mirada cómplice que él no tardó en responder.

Una mirada que hablaba de secretos compartidos y sueños a punto de cumplirse. Y, sin poder evitarlo, sus labios se curvaron en una sonrisa tan culpable como entusiasmada que pronto se tornó en las risitas nerviosas que se les escapaban mientras corrían para salir a la terraza y encender las bengalas.

24

1 de enero de 2021

Plaza de la Paja, Madrid

00.31 horas

—¿Crees que debería decirles a su madre y a su abuelo que esos dos no van a la discoteca? —le preguntó Uriel a Calix, señalando malicioso a los chavales que había en la plaza. Más exactamente a Jimena y a Kini, quienes, cómo no, estaban haciéndose arrumacos.

Calix, apoyado en la barandilla de la

terrace, siguió su mirada para, acto seguido, soltar un malhumorado bufido.

Estaba claro que la parejita feliz era de todo menos furtiva. O eso, o eran unos inconscientes y unos ingenuos al pensar que sólo por ser tan tarde no habría nadie observándolos. Porque no era así.

De hecho, ahí estaban Uriel y él, vigilando que nada se fuera de madre en la plaza con los petardos y los adolescentes. Aunque, en realidad, había sido Vicenta quien se había prestado voluntaria para vigilar a Gadea y a sus amigas mientras estuvieran en la calle.

Pero Uriel, en un inesperado ataque de amabilidad sin límites, se había ofrecido

—y a Calix con él— de voluntario para relevar a Vicenta de sus labores de vigilancia. Y, aunque Uriel había disfrazado su oferta como una atención a la avanzada edad de la anciana y los peligros que correría su salud por permanecer a la intemperie con el frío que hacía, Calix sabía de sobra que si estaban allí congelándose las pelotas era por la profunda aversión de Uriel a estar rodeado de

familias

felices

y

amantísimas.

Soltó un sentido resoplido y bajó la mirada a la plaza, donde en ese

momento se reunía una caterva de críos de distintas edades para jugar con las bengalas. Y mientras los pequeños jugaban, los mayores se preparaban para salir de fiesta. Al menos, casi todos, porque Kini y Jimena se mantenían aparte del grupo. Con las manos entrelazadas y una sonrisita tonta de oreja a oreja, estaban muy ocupados haciéndose

arrumacos

mientras

esperaban a que sus amigos se pusieran en marcha para, así, irse todos juntos de la plaza sin levantar sospechas.

—¿Ahora eres adivino? —le espetó Calix a Uriel al ver que los adolescentes

echaban a andar. Y no todos iban en la misma dirección. Pues, mientras Anuja y los demás ascendían la costanilla de San Andrés, Kini y Jimena la bajaban.

Sacudió la cabeza ante tan flagrante metedura de pata. Kini y Jimena debían de estar muy nerviosos o muy impacientes, o tal vez ambas cosas, porque no eran lo que se dice tontos, sino todo lo contrario, y era extraño que no se dieran cuenta de que partir en la dirección opuesta a la tomada por sus amigos era una prueba irrefutable de que estaban tramando algo.

—No te cabrees porque haya

descubierto a tus protegidos —se burló Uriel, quien había seguido interesado los avances de la parejita durante toda la noche. Y, desde luego, tantas miradas cómplices, tantas risitas tontas y tantos besos robados sólo podían significar una cosa: estaban planeando algo—.

Sólo estoy cumpliendo con la labor de vigilancia que se me ha encomendado.

Además, no es que ellos estén siendo lo que se dice discretos.

—Tal vez vayan a buscar a otros amigos —comentó Calix conteniendo su exasperación, y también su diversión, al ver que Kini le echaba el brazo por el

hombro a Jimena y le robaba un beso.

Pero no un beso breve y modoso. No. Un beso con lengua y apretón de culo por parte de él a ella. Y de ella a él. Desde luego, muy cautelosos no eran.

—No me jodas, Calix, hasta tú sabes que esos dos no van a buscar a nadie. Lo que hacen es alejarse de sus amigos, ergo, no van con ellos a la disco, ergo, van a algún lugar donde estén solos para darse el lote. O, si son un poco espabilados, que yo diría que sí lo son, para echar un polvo. Cincuenta pavos a que Jimena deja seco a Kini.

Calix

se

volvió

hacia

Uriel

dirigiéndole una mirada asesina.

Y

éste

decidió

que

lo

más

conveniente

para

su

salud

era

permanecer calladito.

25

Plaza de Cascorro, Madrid

00.57 horas

—Está

chulo

—comentó

Jimena

entrando nerviosa en el estudio que Calix había alquilado.

—Sí que lo está... Muy chulo —

coincidió turbado Kini entrando tras ella.

Cerró la puerta mientras recorría con la mirada el reducido espacio. Se fijó en los suelos relucientes, las paredes en

colores cálidos y los pocos pero bien elegidos muebles. El sofá, ubicado frente a un aparador sobre el que había un televisor de pantalla plana, estaba separado de la cama por una recia estantería que hacía las veces de pared.

Y la cama no era lo que se dice pequeña. Además, hacía calor allí; de hecho, era una temperatura sumamente agradable. Tanto que casi le daban ganas de desnudarse.

Enrojeció como un tomate al darse cuenta de lo que acababa de pensar.

—Desde luego, no tiene nada que ver con la pensión —comentó por llenar el silencio.

—Menos mal, ¿no? —replicó Jimena con una sonrisa alterada. Ahora que estaban allí no se sentía tan decidida y valiente como había esperado. Más bien sentía timidez—. Tengo sed, ¿crees que habrá algo en la nevera? —inquirió acercándose presurosa a la pared en la que estaba integrada la cocina. Abrió el frigorífico y no pudo evitar soltar un jadeo asombrado.

—¿Qué ocurre? —Kini se dirigió hacia ella.

—Calix nos ha dejado algunas cosas...

Y Kini no pudo menos que sonreír al ver las Coca-Colas, que eran la bebida preferida de Jimena, y los Aquarius de limón, que eran la suya. También había una caja de bombones y, sobre la encimera, unas bolsas de patatas fritas de Vicente Vidal, la marca favorita de ambos.

Desde luego que eso era obra de Calix, los conocía bien y sabía sus gustos.

—Calix

es

la

caña

—musitó

agradecido.

—Sí que lo es. En fin..., voy a quitarme los zapatos y ponerme un poco

cómoda, ¿vale? —murmuró Jimena, yendo hacia lo que esperaba fuera el baño.

—Vale, yo voy a hacer lo mismo —

aceptó Kini, aunque ella se había ido tan deprisa que dudaba que lo hubiera oído.

Se quitó la corbata y la chaqueta y se dirigió a la cama. Se sentó en ella para quitarse los zapatos, pero se levantó antes de descalzarse al pensar que si Jimena salía del baño y lo veía en la cama y sin zapatos pensaría que estaba esperando a que ella se tumbara a su lado. Y, joder, eso estaría genial, pero antes quería tomárselo con calma y

pensar un poco en cómo iba a afrontar el tema. Necesitaba tiempo para hacerlo bien, y las prisas nunca eran buenas consejeras. Así que, para evitar malentendidos, estiró el edredón para que no se notara que se había atrevido a sentarse allí y fue al sofá.

Se quitó los zapatos y se sentó.

¿Quién iba a pensar que unos puñeteros zapatos de vestir serían tan incómodos?

Desde luego, prefería sus deportivas de siempre. No sabía cómo era posible que a Calix, Rodrigo y Uriel les gustaran tanto. Se desabrochó los botones de la camisa liberando el cuello y siguió

bajando hasta medio torso, pero luego se lo

planteó

mejor

y

volvió

a

abrochárselos. No quería que Jimena pensara que estaba impaciente por hacer el amor. Porque en realidad no sabía si lo estaba. O sea, sí. Estaba como loco por hacerlo desde que empezaron a hablar de perder la virginidad. Pero una cosa era imaginarlo —de mil maneras distintas— y otra muy distinta llevarlo a cabo sin meter la pata y sin quedar en ridículo.

Aunque no todas las partes de su cuerpo opinaban lo mismo que él ni estaban tan dispuestas a tomarse su

tiempo, pensó disgustado al sentir que el pantalón se le ajustaba de repente en la entrepierna.

Tiró de la bragueta para darse un poco de espacio y tomó aire mientras trataba

de

pensar

en

algo

que

consiguiera templar sus abrasadores pensamientos.

Se le ocurrió que recitar las fórmulas matemáticas que había aprendido ese trimestre le serviría para bajar la indeseada inflamación.

A eso se dedicó un par de minutos, hasta que sintió que le faltaba el aire. Se tiró del cuello de la camisa, que llevaba

abrochado hasta arriba. Tal vez fuera ése el motivo por el que tenía la tráquea cerrada. Se desabrochó un par de botones. Pero sólo los del cuello, nada de enseñar pechamen.

Se sentó recto, cruzó una pierna sobre la otra y extendió los brazos sobre el respaldo del sofá en una postura casual que de casual no tenía nada. De hecho, era bastante forzada y un tanto incómoda, porque el respaldo era muy alto. Así que bajó los brazos y descruzó las piernas. Y, para cerciorarse de que todo había vuelto a su lugar, bajó la mirada a su entrepierna. ¡Joder! ¡No

había bajado nada de nada! Debería haberle hecho caso a Calix y haberse escapado un segundo a su casa para ponerse un bóxer ajustado. Pero no lo había hecho, así que de nada le servía quejarse. Observó malhumorado el bulto. Seguro que Jimena lo consideraba amenazador. Volvió a cruzar las piernas y estuvo tentado de ponerse la chaqueta.

Pero eso sería muy sospechoso. Así que optó por encender la tele y quedarse quietecito.

Y en ese momento Jimena salió del baño y Kini deseó haberse echado una manta sobre el regazo, porque ella lo

primero que hizo fue dirigir una rápida mirada a su bragueta. Y, joder, su excitación era muy, pero que muy evidente.

No cabía duda de que la anticipación hacía estragos con su libido.

Ella tragó saliva, o al menos eso le pareció a Kini, y se dirigió con pasos no muy firmes al sofá. Y Kini no supo si sentirse

aliviado

o

decepcionado.

Porque en las películas, cuando la chica decía que iba a ponerse cómoda, lo que hacía era salir del baño con unas braguitas de encaje, un sujetador a juego y un liguero de lo más sexy. Sin

embargo, Jimena había salido del baño con su vestido intacto, sin zapatos ni medias. Aunque, claro, ella no había dicho nada de que fuera a ponerse cómoda con la intención de seducirlo.

Y tampoco es que hiciera falta, la verdad. Estaba total y completamente seducido.

Ella se sentó en el sofá, a su lado, con las piernas recogidas bajo el trasero, y se acomodó contra su costado.

Y Kini decidió que, en lugar de sentirse

decepcionado,

se

sentía

aliviado, porque vestida y en esa postura, eran de nuevo los novios que se

sentaban a ver la tele sin más ambición que pasar un buen rato juntos. Y eso era justo

lo

que

necesitaba

para

tranquilizarse.

Porque,

la

verdad,

prefería con mucho estar así con ella, relajado, que acojonado por si hacía algo mal o la presionaba sin darse cuenta o se portaba como un zoquete.

Le pasó un brazo por los hombros y le dedicó una rígida sonrisa que ella le devolvió en el acto con idéntica rigidez.

Jimena tomó aire lentamente y se obligó a relajarse, o al menos a fingirlo, porque lo cierto era que le había costado decidirse a salir del baño. No

sabía qué esperaba Kini de ella. Ni siquiera sabía qué esperaba ella de sí misma. Se había quitado el vestido en el baño para luego volver a ponérselo, pues no quería parecer una chica fácil.

Pero tampoco quería parecer distante, así que se había quitado las medias y los zapatos esperando que eso le diera un aire más natural y relajado, aunque no se sintiera así. Y luego había pasado diez minutos

mirándose

al

espejo

y

comprobando que no hubiera ningún pelo en sus piernas, ningún resto de comida en su boca y que el rímel no se le hubiera corrido. Por supuesto,

también se había peinado, aunque no lo necesitaba. Lo que fuera con tal de perder el tiempo y no salir tan pronto.

Porque, ahora que por fin tenía una cama a su disposición, no sabía si quería meterse en ella y acabar cuanto antes con el tema o si prefería dejarlo para un poco más tarde, o para un mucho más tarde, o incluso para un nunca jamás.

La verdad es que jamás se había sentido tan nerviosa en toda su vida. Y

tan estúpida. Y tan impaciente y a la vez tan reticente. Joder. No sabía lo que quería y eso no era algo a lo que

estuviera acostumbrada.

—Tranquila —le susurró Kini al oído, leyendo con claridad su estado de ánimo—. No tenemos por qué hacer nada, podemos quedarnos aquí sentados viendo la tele.

—Pero tú estás... —señaló Jimena mirándolo pesarosa.

—¿Cuándo no lo estoy? —se burló él revolviéndole el pelo que acababa de peinarse, por lo que le dio un codazo que él respondió con un pellizco en el trasero, con el que se ganó una palmada en la tripa, a la que él respondió con un mordisquito en la nariz, haciéndola reír.

Y esa escaramuza tan común entre ellos tuvo la facultad de devolverles la tranquilidad.

—¿Qué ves? —le preguntó Jimena removiéndose hasta acomodarse contra su costado. Apoyó la cabeza en el torso masculino y Kini le pasó de nuevo el brazo sobre los hombros, de manera que

la mano le quedara colgando sobre su escote, el cual comenzó a acariciar perezoso con las yemas de los dedos.

—Ni idea... He puesto la tele y lo que ha salido —contestó él antes de agachar la cabeza y frotar la mejilla contra su sedosa melena.

—Oh... ¿Te apetece ver Antena 3?

Creo que están echando un karaoke... —

inquirió Jimena acurrucándose más contra él.

Le gustaba que la acariciara así, con roces suaves y pausados que no tenían nada de excitantes pero sí todo de cariñosos, como si necesitara tocarla para ser feliz. Y la verdad es que él le había dicho mil veces que así era.

—Claro. Pero no pienso cantar —

bromeó Kini cambiando de canal.

—Ni yo tampoco.

—Me alegro. No me gustaría tener que regresar a casa bajo una lluvia torrencial...

—Capullo —le dio un suave codazo en el costado—. No canto tan mal.

— *Nop*, sólo desafinas un poco..., pero un poco de nada —señaló él, ganándose un fiero pellizco en el muslo, muy cerca de la entrepierna—. ¡Eh!

Cuidado con lo que haces..., estás rozando terreno peligroso.

—¿Ah, sí? —Metió la mano entre sus piernas y le dio un nuevo pellizco.

Y él se defendió atrapándole la muñeca y cerniéndose sobre ella para pellizcarla a su vez. Pero en vez de eso acabó besándola. Y ella a él. Y el beso

se tornó tórrido. Y las manos volaron sobre los cuerpos y los gemidos escaparon de los labios hasta que tuvieron que apartarse jadeantes, pues el aire que les llegaba a los pulmones no era suficiente.

Y entonces ella lo miró.

—No quiero ver la tele —le dijo con voz ronca.

—Yo tampoco —coincidió él.

Jimena se levantó y Kini no tardó en seguirla, quedando enfrentados entre el sofá y el televisor. Y

entonces ella hizo algo del todo inesperado.

Se llevó las manos a la espalda, se

bajó la cremallera del ajustado vestido y tiró de él hasta que acabó en el suelo, mostrándose ante Kini con el conjunto de bragas y sujetador de encaje que había comprado para la ocasión.

Y Kini sólo pudo soltar el aire en un resuello pasmado. La había visto muchas veces en bikini, y ese conjunto era más o menos un bikini. Pero a la vez no lo era. Y ella estaba más preciosa y seductora que nunca. Tanto que tuvo que apretar los puños para no lanzarse hacia ella y tocarla con sus manazas ásperas y llenas de cortes.

—Quiero verte —dijo Jimena, y no

era una petición, sino una orden que Kini obedeció presuroso.

Se quitó la camisa por la cabeza, se desabrochó el cinturón y, tras dudar un instante,

se

bajó

los

pantalones,

deshaciéndose de ellos con dos patadas.

Luego la miró tembloroso con las manos cruzadas sobre el vientre, consciente de que su erección era de todo menos disimulada.

Y a ella debió de agradecerle lo que vio, porque se mordió los labios mientras

sus

ojos

lo

miraban

depredadores.

—Eva siempre dice que un hombre

que se mete en la cama con calcetines es un hortera... —musitó esbozando una maliciosa sonrisa.

Kini la miró sin entender, por lo que Jimena sonrió abiertamente y señaló los calcetines negros que todavía llevaba.

—Joder, se me han olvidado —

masculló el muchacho quitándoselos.

Cuando volvió a erguirse, ella había desaparecido.

—¿Vienes? —le llegó su voz desde el otro lado de la estantería que separaba el salón de la cama.

Y él fue.

Y se tumbó junto a ella y comenzaron

a besarse sin que sus cuerpos se tocaran, sólo disfrutando de los labios y del sabor de sus besos. Y poco a poco las manos se fueron haciendo más osadas y los cuerpos se erizaron en respuesta a las atrevidas caricias.

—Jime...

—susurró

Kini

apartándose para mirarla muy serio—.

No tenemos por qué llegar al final.

—¿No quieres hacerlo?

—Claro que sí. Pero quiero que quieras tú.

—Eso parece un trabalenguas —

bromeó ella volviendo a besarlo—.

Vamos a seguir besándonos y ya

veremos hasta dónde llegamos.

Y él estuvo de acuerdo en que ése era un magnífico plan.

26

Habitación de la Reina del Infierno, sótano del club El Lirio Negro, Madrid

3.57 horas

Avril se apresuró a meter la llave en la cerradura y abrir la puerta mientras, a su espalda, Uriel intentaba por todos los medios que una adormilada Kayla no se rindiera por completo al sueño y acabara resbalando hasta el suelo para echar una cabezadita.

—Vamos, cariño, ya casi hemos llegado. Unos minutos más y te metes en la cama —animó Uriel a la adolescente, consciente de que se había quedado dormida en el coche y apenas si estaba despierta. Entraron en el largo pasillo que atravesaba los dominios de la reina y se dirigieron a la única habitación que había en ellos.

—¿Por qué no me llevas en brazos como a una princesa? —protestó la niña arrastrando los pies.

—Porque soy un enclenque —replicó Uriel burlón, haciendo que ella lo mirara con los ojos entornados.

—¿Qué

es *enclenque*? —musitó

entrando en el enorme dormitorio, que más parecía un salón, y yendo directa a la cama de matrimonio en la que dormían Uriel y su madre, pues la suya estaba guardada en el mueble.

—Un debilucho —la informó Avril, abriendo la cama que habían comprado para ella y que, cuando Kayla no dormía allí, se convertía en un discreto aparador.

—No pienso lavarme los dientes —

la informó la niña mientras esperaba inestable a que su madre acabara.

Y Uriel no pudo apartar la mirada de

esa escena tan familiar, maravillosa y conmovedora. No entendía por qué, pero verlas hablar de esas cosas tan rutinarias lo conmovía hasta el punto de hacerlo pensar que en lugar de estómago tenía un enjambre de abejas excitadas.

Le gustaba cuando discutían sobre lavarse o no los dientes, cuando debatían si debían cenar esto o lo otro y cuando negociaban si ir a un museo o a un parque. Aunque lo que más le removía las entrañas era cuando Kayla se quedaba a dormir y organizaba una fiesta de pijamas con su madre en la que lo incluían a él. Joder, era en esos

momentos cuando se sentía terriblemente afortunado. Y también terriblemente asustado.

Porque la felicidad nunca le había dado la mano, y ahora parecía que lo estaba cubriendo de pies a cabeza. Y no sabía cómo hacer para no sucumbir ante ella.

—Vale, pero la ropa te la tienes que cambiar —aceptó Avril la propuesta de Kayla.

Acabó de montar la cama y Uriel salió del dormitorio para darles intimidad.

Cuando

regresó

veinte

minutos

después, la niña estaba plácidamente dormida y la madre se había metido bajo las sábanas de la enorme cama que compartían. Así que cogió el pantalón de pijama que usaba una sola vez a la semana, el día que Kayla se quedaba a dormir, y se dirigió al baño para ponérselo. Cuando salió, una sonrisa sarcástica curvaba sus labios. Él, que siempre dormía en pelotas, se había dejado embaucar por una adolescente de diecisiete años para comprarse un llamativo

pijama

de

felpa

con

estampado de ciervos de colores.

Se acercó a Kayla e, inclinándose

sobre ella, le dio un tierno beso en la frente. Ella se removió y sonrió en sueños. Y Uriel sintió que su corazón estallaba de felicidad. Los viernes, y las noches de fiesta como ésta, eran las únicas noches que no hacía el amor con Avril, por respeto a la niña, que dormía con ellos en la misma habitación. Y, a pesar de eso, o tal vez sería mejor decir que, debido a eso, sentía que era justo esas noches cuando más completo se sentía. Lo cual era una estupidez. Porque no le gustaban los niños. Nunca le habían gustado. Y no quería que eso cambiara. Aunque había adorado a su

hijo, a pesar de que nunca había nacido.

Y aunque ya adoraba al hijo de Calix, a pesar de que acababa de enterarse de su existencia.

¿Cómo se sentiría su amigo al haber creado un pequeño ser que era parte de él y de la mujer que amaba? Tenía que ser una experiencia maravillosa. Él se había sentido exultante con su hijo y ni siquiera quería a la madre. Por lo que imaginaba

que,

queriéndola,

la

experiencia sería... mágica.

Se quedó un rato mirando cautivado a la niña, mientras que, sin que él lo supiera, Avril lo miraba a él, leyendo en

su sonrisa embelesada y su mirada soñadora todo lo que Uriel no se atrevía a reconocer.

Porque, ajeno a la mirada cariñosa de su amante, Uriel cavilaba sobre las coincidencias y las

diferencias entre Kayla y Avril. La adolescente tenía el pelo castaño claro como su madre, a pesar de que su padre era moreno.

También tenía los ojos color aguamarina de su madre en lugar del turquesa intenso de su padre, y no era mucho más alta que Avril.

¿Cómo sería un hijo que tuviera la esencia de Avril mezclada con la suya?

¿Moreno como él o castaño como ella?

¿Con los ojos negros o tan claros que parecerían transparentes? ¿Alcanzaría el metro noventa o no llegaría al metro sesenta?

Aunque tampoco era que quisiera saberlo. De hecho, no le importaba un pimiento.

Se dirigió a la cama con una extraña sensación en el corazón, como si lo tuviera lleno de algo intangible que, en lugar de volverlo más pesado, lo hiciera más ligero.

Se metió bajo las sábanas y atrapó el cuerpo de su reina, pegándolo al suyo.

El trasero de ella contra su pubis, sus piernas entrelazadas, su espalda contra su torso, y su cabeza sobre su brazo. Le gustaba dormir así, sintiéndola en cada centímetro de su piel. Y a veces ni siquiera eso era suficiente, de ahí que hicieran el amor a diario, porque no podía evitar meterse bajo su piel cada vez que ella lo aceptaba, que era casi siempre. Y cuando ella no le dejaba..., en fin, entonces era cuando más se divertían.

Hundió la nariz en los sedosos mechones castaños de su reina y la frotó contra ellos, inhalando su aroma único

mientras deslizaba una mano bajo la vieja camiseta que ella le había robado y que usaba para dormir. Coló los dedos bajo las braguitas, haciendo que Avril volviera

la

cabeza

para

mirarlo

intrigada.

Uriel nunca había intentado hacerle el amor cuando Kayla estaba con ellos en la habitación. Respetaba demasiado a su hija para hacer algo así. Y, de hecho, a pesar de que le deslizaba los dedos por el pubis en un roce suave y constante, esa caricia no era íntima, sino...

soñadora, si es que una caricia podía serlo.

Y entonces Avril se dio cuenta de que no le estaba acariciando el pubis, sino la cicatriz de la

cesárea gracias a la que había nacido Kayla.

—¿Después de una cesárea se pueden tener más hijos? —inquirió Uriel de repente, sorprendiéndola. Aunque no le dio oportunidad de contestar—. Es decir, sí, sé que se pueden tener más hijos, pero... lo que quiero saber es...

¿puede ser peligroso?

—No tiene por qué —replicó Avril deslizado su mano sobre la de Uriel para acompañarlo en sus caricias.

—¿Estás segura? ¿No sería un

embarazo de riesgo ni nada por el estilo?

—En principio, no, pero si te quedas más tranquilo podemos preguntárselo al ginecólogo.

—No, qué tontería, no hace falta preguntar nada —replicó Uriel turbado

—. Era sólo curiosidad. Joder, estoy muerto de sueño; esto de tener que socializar con tanta gente, además de ser un puto coñazo, cansa un huevo —dijo abriendo la boca en un enorme bostezo

—. Buenas noches... —susurró antes de darle un suave beso en la nuca.

—Buenas noches —susurró Avril.

Pero pasó mucho rato antes de que se durmieran, y cuando por fin lo hicieron, Uriel todavía tenía la mano sobre la cicatriz que no había dejado de acariciar.

27

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid 4.16 horas

De la pantalla del televisor desapareció Ricky Martin y su melena leonada y, tras un fundido a cuadros, apareció un jovencísimo Freddie Mercury ataviado con cazadora y pantalones de cuero negro, cantando una de sus canciones más marchosas y, tal vez, la que más buen rollo transmitía. Tanto que, ni corta

ni perezosa, Eva abrió la boca y gritó a coro con Queen, porque a eso no se lo podía llamar cantar:

— *Don't stop me now...*

Y,

acto

seguido,

tres

voces

discordantes, a saber: Gala, Iskra y Cruz, le hicieron los coros en una versión libre e inventada:

—¡¡¡No-me-pa-res!!! ¡Que lo estoy pasando de puta madre, de puta madre!

—Señor, si haces que se callen, prometo ir a misa todos los domingos —

gimió Adán mirando al cielo, o, mejor dicho, al techo, a la vez que se tapaba los oídos con las manos.

—¿Algún problema? —inquirió Eva dándole un amenazador apretón en el paquete que le hizo reconsiderar su petición. Lo cierto era que tampoco cantaban tan mal.

—En

absoluto

—replicó

Adán

apartándole la mano a su mujer. No se la soltó, por lo que, cuando su bien máspreciado estuvo de nuevo a salvo, y la mano agresora a buen recaudo atrapada en la de él, se atrevió a completar la frase—: Sólo rezaba para que os quedaseis sin voz.

Y esa impertinencia consiguió que su mujer lo mirara furibunda.

—No te cabrees, sólo lo digo porque vais a despertar al Ogro —prosiguió el policía señalando con la mirada a Salvador, el cual, tras aguantar casi toda la noche en vela, había sucumbido al sueño y roncaba apaciblemente en el sillón orejero.

Gala miró conmovida al anciano. Era muy tarde y debería estar en casa durmiendo, igual que habían hecho hacía ya rato Dolores, Vicenta y los niños.

Pero, en lugar de eso, se había quedado allí, charlando con ellos y soportando sus desafinados coros y el karaoke que ponían en la tele. Aunque en realidad lo

que hacía era esperar, igual que ella. De hecho, todos los que estaban allí, Calix e Iskra, Bruno y Cruz, Adán y Eva y, por supuesto, Rodrigo, esperaban. Puede que cantaran e hicieran bromas, pero lo que en realidad estaban haciendo era esperar.

Esperar a Jimena y a Kini.

Gala imaginaba que cuando su hija y su novio salieran unas cuantas veces más por la noche se acostumbraría y no le daría tanto miedo ni pensaría tanto en las mil cosas horribles, espeluznantes e incluso mortales que podían pasarles.

Pero ésa era la primera vez que salían

hasta tan tarde y tenía el corazón en un puño. Y a Salvador le pasaba lo mismo.

Razón por la cual se había negado a irse. El anciano estaba seguro de que su nieto acompañaría a Jimena a casa antes de ir a la suya, y además no quería esperar solo.

Y los demás..., en fin, eran una familia aunque no los unieran lazos de sangre, y las familias no dejaban solos a sus miembros para que lo pasaran mal.

—¿Os apetecen unas porras recién hechas? —preguntó Iskra de repente.

—¿Tienes hambre? —Calix la miró con los ojos abiertos como platos. Él

aún tenía la cena macerándose en el estómago, era imposible que le entrara ni una miga más.

—No sé... Me apetecen un montón

—dijo la joven encogiéndose de hombros.

—Deberías ir a buscar una churrería abierta, Calix —señaló Gala con tono severo y casi dictatorial.

—¿A estas horas? Ni de coña.

Cómete un polvorón —le dijo el segoviano a su mujer. Que tuviera hambre con todo lo que habían cenado era algo que escapaba a su comprensión.

—Bueno —musitó ella con gesto

abatido.

—Espero que el resultado de tu negativa no sea muy evidente —comentó Eva mirando con fijeza a Calix.

—¿Perdona?

—inquirió

éste

confundido.

—Y más una porra... Será muy desagradable para el bebé si es visible

—convino Cruz con Eva, ignorando al segoviano.

—¿Qué va a ser desagradable? —los increpó

Calix

preocupado

al

comprender que hablaban de su bebé.

—Porque si fuera una fresa o un bombón, sería más disimulado. Pero una

porra..., con la forma que tienen..., en fin. Yo desde luego bajaría a por las porras —afirmó Gala—, en estos casos siempre es mejor no tentar a la suerte.

—Pero ¿se puede saber de qué coño estáis hablando? —exigió saber Calix, impacientándose. Esa broma, si es que lo era, no le hacía ni pizca de gracia.

—De antojos. Tu mujer tiene un antojo —le explicó Cruz con afabilidad, dándole cariñosas palmaditas en el muslo.

—¿Qué? —gimió Calix mirando

espantado a Iskra.

—Oh, no. No lo ten... —Se calló al

sentir el codazo de Eva. La miró y ésta le guiñó un ojo.

—Por supuesto que lo tienes, es algo de lo más habitual durante un embarazo

—señaló la mujer del policía con convicción, haciendo que éste enarcara una ceja. Así que ésas tenían...

—De hecho, siento unas ganas irreprimibles de comerme una porra —

anunció Iskra—. Creo que me moriré si no me la como. La necesito tanto que me están dando sudores. Yo creo que es el bebé reclamándola... —Miró a su marido con ojitos tiernos.

—No te creo. No os creo a ninguna.

Queréis liaros para que baje a comprar con este frío. —Calix paseó la mirada por todas las mujeres allí presentes, Cruz incluido.

—Yo tampoco las creería, tienen tendencia a ser poco sinceras en según qué temas —dijo Rodrigo poniéndose de su lado—, aunque siempre cabe la posibilidad de que sea un antojo real y el bebé nazca con la marca de una porra en la piel.

—Y las porras, a veces, parecen penes

enormes

—intervino

Adán

poniendo cara de susto, que, todo sea dicho, le salió bastante auténtica.

—Imagínate que le sale en la frente...

—gimió Iskra llevándose las manos a sus opulentos pechos—. No quiero ni pensarlo, pobrecito mío, y sólo porque su padre es un desalmado y no quiere darse un paseo y comprarme una porra.

—Dos —se apuntó Eva.

—Tres —se añadió Gala.

—Yo, en cambio, me comería unos churritos —dijo el Ogro abriendo un ojo. Por lo visto, no estaba tan dormido como parecía.

—Yo también me apunto a los churros —terció Adán.

Cruz y Bruno asintieron mostrando su conformidad.

—Si mal no recuerdo, la Churrería Santa Ana abre a las cinco normalmente.

Tal vez al ser Año Nuevo abra un poco antes —comentó Rodrigo como si tal cosa—. Podrías traer chocolate caliente, tres docenas de churros, porque seguro que los muchachos vienen con hambre, y cuatro porras. A mí también me apetece una —explicó ante la mirada pasmada de Calix.

—¿En serio pretendéis que baje a la calle con el frío que hace a buscar churros? —gimió el segoviano con voz estrangulada.

Y, en respuesta, ocho pares de ojos lo miraron como si fuera el malo malísimo de la película y estuviera a punto de fastidiarles el final feliz.

—¡Ésta os la guardo! —exclamó levantándose de un salto del sillón.

Fue a por la chaqueta y luego se dirigió a la puerta de la calle. Un segundo antes de salir, lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos, asomándose al comedor.

—¿Quieres una porra de las de siempre o prefieres de las que están cubiertas de chocolate? —le preguntó a su mujer, sabedor de que a esta le

privaba el dulce.

E Iskra, en respuesta, se levantó del sofá, caminó hasta él y le dio un beso de tornillo.

Plaza de la Cebada, Madrid

4.49 horas

Por lo visto, medio Madrid había tenido el mismo antojo que Iskra, ¡y a la misma hora!, pensó Calix enfurruñado cuando por fin salió de la churrería. Enfiló la calle Santa Ana cargado con una enorme y grasienta bolsa de papel llena de porras y churros y un barrilete de

chocolate. Le había tocado hacer una cola de casi veinte minutos, pero la espera había merecido la pena. Los churros estaban deliciosos, decidió dando un enorme bocado al que sujetaba en la misma mano que el barrilete de chocolate.

Acababa de dejar atrás la calle Toledo para entrar en la plaza de la Cebada cuando vio algo que lo hizo detenerse abruptamente.

Kini y Jimena estaban a punto de entrar en esa misma plaza desde las Maldonadas. Caminaban tan pegados el uno al otro que dudaba que cupiera un

soplo de aire entre ellos. El brazo derecho de Kini sobre los hombros de Jimena y la mano cayendo perezosa sobre el escote de la muchacha. Una mano que ella agarraba con la suya mientras que con la izquierda rodeaba la cintura masculina. Parecían tranquilos, relajados y muy enamorados. Se detenían cada pocos pasos para besarse y, cuando no se estaban besando, se sonreían hechizados, como si acabaran de vivir un milagro.

Calix dudó un segundo si llamarlos para advertirles de su presencia o continuar su camino y dejarlos solos

para que disfrutaran acaramelados de los minutos que les faltaban hasta llegar a casa.

Pero, por lo visto, el roce con Uriel había hecho que se le pegara su proverbial mala leche y sus ganas de fastidiar,

porque,

sin

pensarlo

demasiado, enfiló hacia ellos a grandes zancadas. Iba a ser interesante ver su reacción.

—¡Kini, Jime! —los llamó.

Y ellos lo miraron sobresaltados, percatándose al fin de su presencia.

Sonrieron nerviosos, se sonrojaron vivamente y bajaron la cabeza con expresiva timidez, reacios a mirarlo.

Y Calix supo exactamente dónde habían estado, qué habían hecho y hasta dónde habían llegado...

Por lo que se cuidó mucho de preguntarles qué tal habían pasado la noche.

En lugar de eso, les ofreció churros.

Y ellos, tal vez porque estaban hambrientos o quizá porque tener la boca llena los eximía de hablar, devoraron una docena de churros antes de llegar a casa.

Epílogo

31 de diciembre de 2023

Bajo exterior derecha, plaza de la Paja, 3, Madrid

18.27 horas

—Joaquín, son casi las seis y media...

Kini se giró sobresaltado y miró a su abuelo, que estaba asomado en el umbral de su dormitorio.

—¿Ya son las seis y media? —jadeó masajeándose la frente, pues comenzaba a sentir la cabeza bastante cargada. Y no era que le extrañara, al fin y al cabo,

llevaba estudiando desde bien temprano por la mañana, con una parada técnica de veinte minutos para comer a la que lo había obligado su abuelo—. ¿Cómo no me has avisado a las cinco y media como te dije?

—Lo hice. Y tú levantaste la cabeza, asentiste y me hiciste un gesto con la mano para que me fuera y no siguiera molestándote

—replicó

Salvador,

cruzándose de brazos sobre su oronda barriga.

—¿Sí?

—Sí.

—Vaya, lo siento. Es que la mierda

de la bioquímica me tiene comida la moral. Es jodidamente complicada —

masculló Kini frustrado.

—Voy a hacer como que no he oído esa frase, porque ni yo tengo ganas de amonestarte por todos los tacos que acabas de soltar, ni tú me vas a hacer caso —señaló Salvador arqueando una ceja.

Y su nieto, en lugar de mostrarse arrepentido, se encogió de hombros para, acto seguido, levantarse de la silla, alzar los brazos hacia el techo y estirarse en toda su estatura. Y ésta no era baladí. Porque había seguido

creciendo sin parar. Y ahora que casi tenía veintiún años superaba el metro noventa en varios centímetros. Eso sí, seguía estando igual de delgado y fibroso.

—Me duelen todos los huesos —

masculló rotando el cuello para luego echar una ojeada llena de frustración a los papeles esparcidos sobre la mesa.

Miró la hora en el móvil y volvió a mirar los puñeteros apuntes.

—La vida no es sólo estudiar, Joaquín. También hay que disfrutarla —

le

dijo

el

Ogro

intuyendo

sus

intenciones.

—Será sólo un minuto —comentó Kini mirando con los ojos entornados las fórmulas escritas en los dichosos folios.

—Nunca es sólo un minuto —rebatía Salvador.

Se conocía sus «sólo un minuto más»

al dedillo. Y sabía de sobra que ese minuto era más que factible que se convirtiera en una hora o en dos. A no ser que alguien, y no precisamente él, lo sacara de su empecinamiento y lo hiciera descansar un poco. Algo que, desde luego, era mucho más productivo que estudiar con la cabeza abotargada.

—Es

Nochevieja,

deberías

prepararte para la cena.

—No tardo nada en ducharme y vestirme —señaló Kini encogiéndose de hombros, aunque empezó a recoger los apuntes. Llevaba sin ver a Jimena desde la

noche

anterior,

bien

podría

aprovechar lo que quedaba de tarde para verla antes de la cena—. Voy a decirle a Jime que baje un rato. Lo mismo le apetece jugar a la Wii —musitó. Un latigazo de deseo le azotó el vientre.

Sacó el móvil y le mandó un whatsapp a su novia.

Salvador asintió con un gesto y se

retiró a la cocina, donde estaba preparando sus famosos caracoles a la madrileña, que tanto éxito tenían año tras año.

Oyó a su nieto meterse en la ducha y salir cinco minutos después. Desde luego era rápido el condenado, aunque conociendo a Jimena no le extrañaba que corriera tanto. Dudaba que su novia tardara más de diez minutos en llamar a la puerta.

18.41 horas

Kini salió del baño sintiéndose mucho

más despierto y alerta tras la rápida ducha. Entró en su dormitorio cerrando la puerta tras él y agarró los vaqueros y la camiseta que había dejado sobre la cama. Ya se pondría el traje cuando diera la hora de cenar, era absurdo estar incómodo antes.

Estaba subiéndose los pantalones cuando oyó el timbre y un instante después la voz de su novia alternándose con la grave y enronquecida de su abuelo.

Y en ese momento se le ocurrió una idea.

Se quitó los vaqueros y la ropa

interior y volvió a enrollarse la toalla alrededor de las caderas.

Dos segundos después, Jimena llamó a su cuarto y él abrió la puerta manteniéndose oculto tras ésta.

—¿Qué tal con los... —Jimena cruzó el umbral y se interrumpió a mitad de la frase al ver que sólo lo cubría una toalla. Recorrió con mirada voraz el esbelto cuerpo masculino, deteniéndose sedienta en los marcados abdominales y las piernas velludas y potentes, para acabar fijando la mirada en la nada discreta erección que ocultaba la toalla

— apuntes del nuevo tema? —acabó la

frase cerrando la puerta tras de sí.

—Bien, creo que por fin he captado el concepto —replicó Kini acercándose depredador. La tomó entre sus brazos y le dio un beso que hizo que la muchacha encogiera los dedos de los pies dentro de sus botas negras de motera.

—¿Te apetece jugar a la Wii? —

indagó Jimena a la vez que le arrancaba la toalla de las caderas y lo acariciaba.

—La verdad es que me apetece un montón —replicó Kini con voz ronca.

Le envolvió la cintura y estiró la mano derecha para girar el cerrojo que atrancaba la puerta de su dormitorio.

Un cerrojo que había aparecido de repente dos años atrás.

Se lo había encontrado montado en la puerta un caluroso lunes de junio. Un lunes que, por cierto, había seguido a un fin de semana en el que había llegado a casa muy tarde todos los días, y con el pelo alborotado, los labios hinchados y lo que podría considerarse como una prueba irrefutable de su «delito»: la ropa con manchas verdosas de haberse revolcado en la hierba.

No era el primer fin de semana de ese verano que regresaba así.

Tal vez por eso había aparecido el

cerrojo.

Fue algo parecido a un truco de magia. Del todo inesperado, un poco espeluznante y muy abrumador. Ese lunes, al salir de casa para ir a clase no había ningún cerrojo y, sin embargo, al regresar estaba allí. En el borde superior de la puerta. Un pestillo sencillo que se cerraba y se abría sin llave, sólo con empujarlo con los dedos, eso sí, desde el interior de la habitación, y que protegería su intimidad.

Se

quedó

tan

asombrado

al

descubrirlo que estuvo más de un minuto mirándolo atontado. Luego, sin pensar

demasiado en lo que iba a decir, fue a hablar con su abuelo. Así que entró en el salón y Salvador, que estaba leyendo un libro, alzó la vista y lo miró con una ceja arqueada. Y Kini pensó que era una obviedad, además de una estupidez, decirle que había aparecido un cerrojo en su cuarto.

Porque, vaya, su abuelo tenía que saberlo de sobra, al fin y al cabo, la única persona que podía haberlo comprado y colocado era él.

Así que se retiró sin decir nada, porque, o sea, el motivo de tan inesperado artefacto en su puerta era fácil de intuir. Su abuelo seguramente

sospecharía, de manera muy acertada, que las manchas de césped en la ropa se debían a revolcones ocasionales en la hierba del parque a altas horas de la noche. Revolcones en los que no llegaban

hasta

el

final

porque,

obviamente, no era cuestión de hacerlo en la vía pública, por muchas ganas que tuvieran.

Pero eso no significaba que su abuelo hubiera puesto el cerrojo para que...

hicieran uso de él. Bien podría haberlo puesto para..., en fin, para cualquier otra cosa que en ese momento no se le ocurrió. Y tampoco era plan de

preguntárselo. Así que llamó a Jimena y le notificó la sorprendente aparición de dicho artefacto en la puerta de su dormitorio.

Y ella, siguiendo idéntica línea de pensamiento que la elucubrada por Kini, decidió, muerta de vergüenza por ser pillada *in fraganti*, no volver a bajar a su casa nunca más.

Un nunca más que duró una

larguísima semana en la que Kini se acostó todas las noches mirando receloso el cerrojo. ¿De verdad su abuelo le estaba dando permiso para...?

Imposible. Seguro que había algo que se

le escapaba. Otro uso diferente. Fuera cual fuese.

Pero no se les ocurrió cuál podía ser.

Y con estas cuitas pasaron dos semanas con la puerta decentemente abierta cuando estaban en la habitación.

Y a la tercera semana decidieron probar a cerrarla para ver si su abuelo llamaba o se enfadaba o algo por el estilo.

Pero no llamó. Ni se enfadó. Ni les puso cara rara. Ni nada por el estilo.

Aun así, decidieron permanecer sentados en la cama, uno a cada extremo,

por

si

acaso,

mientras

charlaban con la mirada fija en la

puerta, no fuera a ser que su abuelo lo pensara mejor y entrara de repente en la habitación —algo bien difícil, con el cerrojo echado— y les pusiera la cara colorada.

O, en todo caso, más colorada de lo que ya la tenían sólo de pensar lo que Salvador podría pensar que hacían tras la puerta cerrada.

Porque su abuelo no era tonto.

Ni ellos idiotas.

O, mejor dicho, Jimena no lo era. Al contrario. Era muy espabilada.

Él tal vez sí fuera un poco idiota por perder el tiempo a lo tonto y no

aprovechar la coyuntura.

Así que un buen día Jimena se aburrió de sentarse en el otro extremo de la cama y se sentó junto a Kini. Y, no contenta con eso, le dio un beso. De tornillo. Y él, que resultó que tampoco era idiota, respondió. Y acabaron enredados en la cama, pero sin hacer nada más comprometido que unas cuantas caricias subidas de tono, no fuera a ser que alguien llamara.

Pero, de nuevo, nadie llamó.

Y se envalentonaron.

Y, por fin, tres meses después de que el cerrojo apareciera como por arte de

magia en la puerta, le dieron el uso para el que estaba destinado.

No habían vuelto a llegar a casa con manchas de hierba en la ropa.

Ahora siempre cerraban la puerta cuando estaban en el dormitorio. No porque estuvieran haciendo algo que no pudiera tener testigos, sino porque cerrarla sólo cuando sí iban a hacerlo era demasiado evidente.

—¿Y a qué quieres jugar? —Jimena sonrió maliciosa y le pasó las manos por la nuca.

—¿Qué te parece algún juego de lucha? —replicó él antes de atraparle el

labio inferior y succionárselo—. Estoy muy estresado y me vendría bien un buen combate...

—Para eso no te hace falta ningún juego, estoy segura de que yo puedo ayudarte a relajarte —musitó ella mordisqueándole la barbilla.

—Eso

estaría

genial.

—Le

desabrochó los vaqueros y ella, en respuesta, lo empujó hasta que tocó el colchón con las corvas.

Kini dejó que le diera un último empujón que lo tiró sobre la cama.

Jimena sonrió ladina, sacó el móvil del bolsillo y lo conectó por Bluetooth a

los altavoces que había sobre el escritorio. La música comenzó a sonar a un volumen moderado que no atronaba pero cubría los posibles ruidos que pudieran hacer.

Sonrió descarada y se subió a horcajadas sobre las piernas de su novio para después resbalar con la boca por su esbelto y duro cuerpo.

Kini dio un respingo a la vez que arqueaba la espalda.

Primero exterior izquierda, plaza de la Paja, 3, Madrid

20.27 horas

—¡Ya voy! —exclamó Gadea soltando el libro que estaba leyendo para ir a abrir la puerta.

Y nada más hacerlo se vio avasallada por

una

tropa

eufórica

que

no

sobrepasaba el metro veinte de altura, y que en ocasiones ni siquiera llegaba a los noventa centímetros.

—¡Vamos a jugar! —exclamó Diego sin pararse siquiera a decirle hola. Le agarró la mano y la llevó a tirones por el pasillo. Porque, a pesar de que ya tenía cinco años, el hijo de Adán y Eva aún

no se había calmado ni un poquito. Más bien al contrario. Y Gadea era su segunda amiga favorita para jugar, porque su mejor amigo del mundo mundial y de todo el universo era el hijo de siete años de Cruz y Bruno.

—¿Podemos jugar a *Mario Kart*? —

pidió respetuoso y algo tímido Unai, un niño serio y con mirada franca y en ocasiones recelosa que cada vez sonreía más a menudo y con más confianza, algo que a Cruz y a Bruno les había costado muchos meses conseguir.

—¡No! ¡No! ¡No, no, no, no! —gritó Natalia, la hija de dos años y medio de

Adán y Eva, quien por lo visto sólo sabía decir esa palabra. O, al menos, eso parecía.

—¡Sí! Y si no te gusta te vas con la yaya —dijo su hermano con gesto fiero señalando a una de las dos ancianas que los acompañaba, la que no tenía el pelo azul.

—Pobrecita mía... No le digas esas cosas tan crueles a tu hermana, Diego —

lo regañó Dolores, la flamante bisabuela de los dos hermanos.

—¡No! ¡No, no, no! *Iego* malo —

hipó la cría mirando a su bisabuela como si fuera su salvadora a la vez que

alzaba los brazos abriendo y cerrando las manos para que la tomara en brazos

—. *Aya* aúpa nena.

Y a Dolores, para qué negarlo, se le iluminaron los ojitos al ver cuánto la quería su bisnieta, por lo que, sin pensar que la niña pesaba demasiado para sus artríticos huesos, la cogió en brazos.

—¡Pelota! —exclamó Diego echando a correr para dejarla atrás e ir a jugar al cuarto de estar—. ¡Vamos, Unai, antes de que esa petarda venga a por nosotros!

—llamó a su mejor amigo. Y éste no dudó un instante en seguirlo.

Natalia estalló en amargas lágrimas y

atronador llanto al ver que su hermano la abandonaba para irse con otro niño, dejándola sola y desamparada.

En ese momento Rodrigo salió de la cocina y, viendo que a Dolores le costaba sostener a la niña entre sus brazos, se la quitó y se la upó en la cadera. La niña se calló en el acto y lo miró a la expectativa. El albino era un señor muy serio que a veces la lanzaba muy alto, hasta casi tocar el

cielo, y luego la recogía. Y eso le daba cosquillas en la tripa y la hacía reír.

Aunque una vez vomitó.

Rodrigo,

por

supuesto,

no

la

defraudó. Se alejó unos pasos buscando espacio y la lanzó por los aires. Y

Natalia estalló en carcajadas. Gracias a Dios, ese día tenía la tripita bien y no hubo *tsunami* de vómitos.

—¿Dónde están Eva y Adán? —

inquirió Gala entrando en el salón, donde Vicenta y Dolores, demasiado mayores ya para trabajar en la cocina, se habían acomodado.

—En casa, Eva aún tenía que arreglarse. Van a tardar un poco —la informó Dolores.

—Excusas —resopló Vicenta—. Lo que ocurre es que quieren jugar a

policías y ladrones, y por eso han largado a la bisabuela y a los críos. Para tener la casa para ellos solos y hacer marranadas —señaló maliciosa.

—No digas tonterías —la regañó Dolores.

—Ya veremos cuando bajen si están bien peinados y arreglados y no tienen la boca hinchada.

Gadea se perdió la respuesta de Dolores porque el timbre volvió a sonar y fue a abrir. En esta ocasión eran Iskra y Calix con su hija Diana, quien no tardó un segundo en colgarse de la pernera de los pantalones vaqueros de Gadea para

que la tomara en brazos. Algo que ésta hizo encantada, porque la niña era tan luminosa y encantadora como su madre.

Algo que quedó demostrado cuando se apresuró a besar con ganas, y no pocas babas, toda la cara de la adolescente.

Dos minutos después eran Kini, Jimena y el Ogro quienes llamaban al timbre. Y diez minutos más tarde, Uriel, Avril y Kayla, quien por cierto los miró a todos con los ojos muy abiertos y la boca muy cerrada, como si le costara contenerse para no abrirla.

Se saludaron unos a otros repartiendo besos y buenos deseos a diestro y

sinistro, y luego, como no podía ser de otra manera, comenzaron a charlar mientras ponían la mesa.

—¿Qué tal la universidad, Kini? —le preguntó Uriel acercándosele con una nerviosísima Kayla yendo tras él—. Me ha chivado un pajarito que eres un cerebritito...

Kini sonrió incómodo.

—Ojalá. De cerebritito nada. Me está costando un huevo sacarme la carrera.

—Esa boca —lo regañó Kayla

saltando de un pie a otro alterada.

—Eh, *huevos* no es una palabrota —

defendió Uriel a Kini—. De hecho, los

huevos son una de mis comidas favoritas.

Y Kayla, en vez de protestar y rebatir como era su costumbre, lo dejó pasar, pues estaba muy ocupada mirando nerviosa a su madre, quien se apresuró a negar con un gesto.

—¡Claro que eres un cerebritito! —

retomó Jimena la conversación—. No sólo no ha suspendido nada, sino que además no baja del seis en ninguna asignatura.

—Tampoco subo del siete con nueve

—rezongó Kini, a quien lo frustraba no ser capaz de sacar un puñetero ocho en

ninguna de las materias.

—No te creas que todo el mundo que va a la universidad aprueba todas como tú —intervino Salvador orgulloso—. Y

eso tiene un premio...

—¿Vas a irte al final? —inquirió Calix, intuyendo por dónde iban los tiros.

—Eso

parece

—contestó

Kini

entusiasmado mientras Kayla, cada vez más nerviosa, saltaba de un pie a otro como si tuviera hormigas en los zapatos.

—¿Adónde te vas? —preguntó Uriel mientras le daba la mano a Kayla y se la apretaba con cariño, instándola a tener

paciencia.

—A Australia.

—Va

a

seguir

un

curso

de

entomología forestal este verano —

intervino orgulloso Salvador.

—En realidad no voy a hacer el curso

exactamente

—explicó

Kini

porque, tal y como lo decía su abuelo, parecía que él fuese un estudiante fuera de serie y que por eso lo dejaban asistir al curso, y no era así. En absoluto—.

Porque dura tres meses y es para licenciados en Biotecnología, y yo no voy a poder hacerlo entero, y desde luego no tengo la licenciatura ni de

coña, aún me faltan unos cuantos años para eso...

—Entonces ¿cómo es que te permiten asistir? —quiso saber Avril intrigada.

Se situó junto a su hija para tratar de contener su inquietud.

—La novia de mi padre trabaja en la universidad que lo va a impartir —

confesó ruborizado— y ha movido algunos hilos para que pueda asistir de oyente al curso, pero sin obtener el título, por supuesto, sólo un certificado de asistencia. Aunque eso me da igual, lo que me importa es poder asistir a ese curso, es la hostia.

—Esa boca... —lo regañó Salvador.

—Eso es estupendo —se congratuló a la vez Uriel.

Sabía por Calix que Kini había hecho, más o menos, las paces con su padre, no así con su madre, con la que llevaba más de tres años sin hablar, pues ésta había desaparecido por completo de su vida. Y no es que padre e hijo tuvieran una relación muy cercana, pero su nueva madrastra se había empeñado en volver a unirlos. Así que había comenzado a telefonar a Kini una vez por semana para lograr que ambos hablaran durante algunos minutos,

que con el paso de los meses se fueron haciendo más largos hasta convertirse en la media hora que ahora hablaban todos los

viernes.

Igualmente

había

conseguido que el muchacho fuera a visitarlos

diez

días

durante

las

vacaciones de verano del año anterior, también con la excusa de un curso de entomología.

—¿Cuánto tiempo vas a estar esta vez? —inquirió Calix.

—Un mes o dos... Depende de si voy solo o acompañado —musitó Kini mirando a Gala con ojos de corderito bueno.

—Ah, no. No me mires así. Aún lo estoy pensando —replicó ella intuyendo el motivo de dicha mirada.

La madrastra de Kini, seguramente a instancias de éste, había invitado a Jimena a acompañarlo a Australia.

La parejita feliz ya había conseguido convencer al padre de Jimena para que lo dejara ir los dos meses, y ahora estaban acechándola a ella. Y aunque Gala ya había decidido que la dejaría ir, no se lo había dicho aún. Tampoco era cuestión de dar su brazo a torcer con demasiada facilidad, que

luego se acostumbraban y no había quien los parara.

Llamaron de nuevo al timbre, y en esta ocasión eran Adán y Eva. Y, sí, tenían los labios hinchados y los ojos brillantes por la pasión.

—¿Qué te dije? —le preguntó Vicenta ladina a Dolores.

Y ésta, en respuesta, taladró con la mirada a su nieto y a su mujer, lo que hizo que Adán se hiciera el despistado y Eva la mirara ufana.

—¿Ya puedo? —exclamó Kayla,

ignorando el cruce de miradas entre la anciana y el matrimonio.

Había esperado un siglo hasta que

por fin estuvieran todos. ¡Y ya no podía más!

Uriel y Avril se miraron y luego asintieron con la cabeza, dándole permiso.

—¡Mamá está embarazada! ¡Voy a tener un hermanito! —gritó entusiasmada abrazándose a Gadea, quien se había convertido en su mejor amiga.

Ésta no dudó en devolverle el abrazo y felicitarla efusivamente, a pesar del silencio sepulcral que se había hecho en el salón, donde todos los adultos miraban alternativamente a Uriel y a Avril, tan sorprendidos que no sabían ni

qué decir.

Hasta que de repente Calix saltó sobre su amigo y lo abrazó con fuerza y tan emocionado que le costó contener las lágrimas.

—Joder, ya era hora, tío, pensaba que nunca me ibas a hacer padrino.

Porque voy a ser el padrino, ¿verdad?

No me irás a dejar sin mi título honorífico... —bromeó conmovido al comprender que Uriel había conseguido dejar atrás el último de sus demonios.

—Tengo que pensarlo... —replicó él haciéndose de rogar, lo que le costó una colleja.

Así que se apresuró a devolverle a Calix la atención, haciendo amago de tocarle las pelotas, literalmente. Calix lo esquivó con agilidad y le rodeó el cuello con un brazo mientras con la mano libre le revolvía el pelo. Uriel se defendió pellizcándole el trasero. Y

Calix no dudó en corresponder a su ataque con otro, pero de cosquillas, lo que hizo que Uriel...

Nota de la autora Y ahora ya sí que sí doy por finalizada la serie «No lo llames».

Tal vez debería haberla dejado cerrada con la historia de Uriel, *No lo llames sexo... ¿O sí?*, pero me resistí a ello porque... ¿cómo iba a dejar a Kini y a Jimena sin su historia de amor después de todo lo que han luchado por ella?

Tenía que hacerlo. No podía dejarlos *a medias*. Jimena nunca me lo habría perdonado, y ya sabéis el carácter que

tiene. ¡No podía arriesgarme a que me martirizara en sueños! Así que, aquí está el final de su historia. O, mejor dicho, el principio de su historia, porque en realidad son tan jóvenes que su amor no ha hecho más que empezar.

Y, no, eso no quiere decir que vaya a escribir más sobre ellos. Ni sobre ningún otro vecino de la plaza de la Paja.

Declaro la serie total y absolutamente cerrada con este libro.

Han sido cinco historias muy diferentes entre sí, pero con un denominador común: el poder sanador

de la amistad y el amor.

Creo firmemente que hay, por así decirlo, dos tipos de familia. La familia en la que naces. Y la familia que creas con aquellas personas especiales que vas conociendo a lo largo de tu vida y que poco a poco pasan a formar parte de un grupo no consanguíneo que acaba constituyendo los pilares de tu vida.

Porque los amigos son... mágicos.

Imprescindibles. Únicos. Y, ojo, no estoy hablando de la gente que conocemos y con la que nos llevamos bien.

No.

Estoy hablando de aquellas personas a las que, aunque no veas, te preocupas y quieres. De aquellas que sabes que, si faltan antes de que tú faltes, te van a dejar un agujero tremendo en el corazón.

Personas dispuestas a creerte aunque lo tengas todo en contra, aunque nadie más te crea, como hicieron Rodrigo y Jimena con Calix.

Personas dispuestas a posponer sus sueños para dar tiempo a quien aman, como hizo Eva con Adán.

Personas dispuestas a enfrentarse a sus miedos más profundos y atreverse a decir una verdad que los aterra, como

hizo Bruno por Cruz, o como Uriel ha hecho con Calix, Iskra y Adán.

Personas dispuestas a dejar a un lado su descanso y dedicarlo a encontrar a quien te está atormentando, aunque tú te niegues a ayudarlo o a ponérselo fácil, como hizo Adán con Uriel.

Personas

fuertes

y

decididas,

dispuestas a ser los pilares sobre los que se cimenta la fuerza de aquellos a los que aman, como Iskra y Avril son para Calix y Uriel.

Personas dispuestas a echar una segunda mirada a aquel a quien siempre habían

considerado

un

estirado

insoportable, dispuestas también a contener su genio y a pararse a escuchar cuando lo único que quieres es atacar, como Gala hizo con Rodrigo.

Personas que luchan contra viento y marea por conseguir su sueño y por demostrar a quienes aman que están ahí, que no se van a ir, como Kini ha hecho con Jimena.

Personas que, en definitiva, no dudan ni un segundo en estar a tu lado.

Siempre. Sin preguntar. Sin hacerse los remolones. Sin dar un paso atrás.

Eso es una familia. Y los personajes de la serie «No lo llames» son una

familia.

Sin más, me despido de vosotras, y de la serie.

Espero que hayáis disfrutado un montón con estas cinco historias, que os hayáis reído, llorado e incluso frustrado.

Títulos que componen la serie

«No lo llames»

1. *No lo llames amor*

2. *No lo llames pasión*

3. *No lo llames deseo*

4. *No lo llames sexo... ¿O sí?*

5. *Llámalo tú y yo*

Biografía

Nací en Madrid la noche de Halloween de 1972 y resido en Alcorcón con mi marido y mis hijas, con quienes convivo democráticamente (yo sugiero u ordeno y ellos hacen lo que les viene en gana).

Nos acompañan en esta locura que es la vida dos tortugas, dos periquitos y tres gatos. Trabajo como secretaria/chica para todo en la empresa familiar, disfruto de mi tiempo libre con mi familia y amigas y lo que más me gusta en el mundo es leer y escribir novela romántica.

Encontrarás más información sobre mí, mi obra y mis proyectos en:

[<https://noeliaamarillo.wordpress.com/>](https://noeliaamarillo.wordpress.com/).

Referencias a las canciones *Don't*

Stop

Me

Now,

Raincloud

Productions Ltd., under exclusive license to Universal International Music BV, interpretada por Queen.

(N. de la e.)

Llámalo tú y yo Noelia Amarillo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91

702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Noelia Amarillo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21794-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima

lectura!

NOVELA ROMÁNTICA



**¡Síguenos en redes
sociales!**

Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Portadilla](#)
- [1. 31 de diciembre de 2020](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24. 1 de enero de 2021](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [Epílogo](#)
- [31 de diciembre de 2023](#)
- [Nota de la autora](#)
- [Títulos que componen la serie «No lo llames»](#)
- [Biografía](#)
- [Referencias a las canciones](#)
- [Créditos](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)